Reinhart Koselleck

Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia

Introducción de Elías Palti

Paidós I.C.E. / U.A.B.



Pensamiento contemporáneo 66

Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia

PENSAMIENTO CONTEMPORÁNEO
Colección dirigida por Manuel Cruz

18. T. W. Adorno, *Actualidad de la filosofía*
19. T. Negri, *Fin de siglo*
20. D. Davidson, *Mente, mundo y acción*
21. E. Husserl, *Invitación a la fenomenología*
22. L. Wittgenstein, *Lecciones y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa*
23. R. Carnap, *Autobiografía intelectual*
24. N. Bobbio, *Igualdad y libertad*
25. G. E. Moore, *Ensayos éticos*
26. E. Levinas, *El tiempo y el otro*
27. W. Benjamin, *La metafísica de la juventud*
28. E. Junger y M. Heidegger, *Acerca del nihilismo*
29. R. Dworkin, *Ética privada e igualitarismo político*
30. C. Taylor, *La ética de la autenticidad*
31. H. Putnam, *Las mil caras del realismo*
32. M. Blanchot, *El paso (no) más allá*
33. P. Winch, *Comprender una sociedad primitiva*
34. A. Koyré, *Pensar la ciencia*
35. J. Derrida, *El lenguaje y las instituciones filosóficas*
36. S. Weil, *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*
37. P. F. Strawson, *Libertad y resentimiento*
38. H. Arendt, *De la historia a la acción*
39. G. Vattimo, *Más allá de la interpretación*
40. W. Benjamin, *Personajes alemanes*
41. G. Bataille, *Lo que entiendo por soberanía*
42. M. Foucault, *De lenguaje y literatura*
43. R. Koselleck y H. G. Gadamer, *Historia y hermenéutica*
44. C. Geertz, *Los usos de la diversidad*
45. J. Habermas y J. Rawls, *Debate sobre el liberalismo político*
46. J. P. Sartre, *Verdad y existencia*
47. A. Heller, *Una revisión de la teoría de las necesidades*
48. A. K. Sen, *Bienestar, justicia y mercado*
49. H. Arendt, *¿Qué es la política?*
50. K. R. Popper, *El cuerpo y la mente*
51. P. F. Strawson, *Análisis y metafísica*
52. K. Jaspers, *El problema de la culpa*
53. P. K. Feyerabend, *Ambigüedad y armonía*
54. D. Gauthier, *Egoísmo, moralidad y sociedad liberal*
55. R. Rorty, *Pragmatismo y política*
56. P. Ricoeur, *Historia y narratividad*
57. B. Russell, *Análisis filosófico*
58. H. Blumenberg, *Las realidades en que vivimos*
59. N. Rescher, *Razón y valores en la era científico-tecnológica*
60. M. Horkheimer, *Teoría tradicional y teoría crítica*
61. H. Putnam, *Sentido, sinsentido y los sentidos*
62. T. W. Adorno, *Sobre la música*
63. M. Oakeshott, *El Estado europeo moderno*
64. M. Walzer, *Guerra, política y moral*
65. W. V. Quine, *Acerca del conocimiento científico y otros dogmas*
66. R. Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*

Reinhart Koselleck

Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia

Introducción
de Elías Palti

Ediciones Paidós
I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona
Barcelona - Buenos Aires - México

Los textos del presente volumen se han extraído de *Zeitschichten*.
Publicado en alemán, en 2000, por Suhrkamp Verlag, Francfort

Traducción de Daniel Innerarity

Cubierta de Mario Eskenazi

La edición del presente volumen ha contado con la ayuda del Goethe Institut e Inter-Nationes, Bonn

ISBN: 84-493-1139-X
Depósito legal: B-41.855-2001

Impreso en Novagràfik, S.L.
Vivaldi, 5 - 08110 Montcada i Reixac

Impreso en España - Printed in Spain

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

El nombre de Reinhart Koselleck (Görlitz, 1923) se encuentra hoy estrechamente asociado a la escuela de «historia de los conceptos» (*Begriffsgeschichte*) que él inició a finales de la década de los sesenta junto con sus antiguos maestros, Otto Brunner y Werner Conze, y cristaliza con la confección de tres grandes diccionarios: *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-zocialen Sprache in Deutschland* [Conceptos básicos de historia. Un diccionario sobre los principios del lenguaje político-social en Alemania] (Stuttgart, 1972-1997), *Historisches Wörterbuch der Philosophie* [Diccionario de filosofía de principios históricos] (Basilea, 1971-) y *Handbuch politisch-sozialer Grundbegriffe in Frankreich, 1680-1820* [Manual de conceptos político-sociales en Francia, 1680-1820] (Munich, 1985-).[1] A partir del análisis de las alteraciones ocurridas en el uso y significado de los conceptos, esta escuela se propuso alumbrar transformaciones históricas más vastas de larga duración, y especialmente, el sentido de la mutación cultural que se produjo entre 1750 y 1850 (período que Koselleck denomina *Sattelzeit* y marca, para él, la emergencia de la modernidad).

Como señala dicho autor, por debajo de tan monumental obra subyace una teoría de la historia o *Historik*, a la que define como una «doctrina de las condiciones de posibilidad de historias (*Ges-*

1. En esta misma colección se ha publicado «Histórica y hermenéutica» (en Koselleck y Gadamer, *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1997, págs. 65-94). El volumen incluye una excelente introducción de José Luis Villacañas y Faustino Oncina, seguida de una bibliografía actualizada de y sobre Koselleck y la escuela de «historia de los conceptos».

chichten)».[2] Ésta determina dónde buscar las posibles continuidades y rupturas en la historia conceptual; permite, en fin, discriminar los diversos niveles de temporalidades relativas de la realidad social y sus interrelaciones. La misma, por lo tanto, no surge de la propia historia conceptual, sino que constituye su premisa, su *a priori*, y su eficacia reposa exclusivamente en la persuasión y consistencia de sus mismos postulados. Dicha perspectiva llevaría a Koselleck a convertirse en el principal teórico de la *Begriffsgeschichte*. En el manifiesto que publica en 1967 estableció las pautas fundamentales que habrían de presidir la confección de los diccionarios antes mencionados.[3] A éste siguieron luego una larga serie de artículos, cuyo núcleo fue reunido y publicado en 1979 en *Futuro pasado*,[4] en los que define cuál es el objeto y el sentido de la historia de conceptos. Los que aquí se presentan son textos teóricos más recientes de este autor, en los que plasma la formulación más sistemática hasta hoy de su *Historik*. En ellos retoma su proyecto original de una «crítica de la razón histórica», reformulándolo parcialmente. Las páginas que siguen intentan ofrecer al lector el marco conceptual en el que cabe inscribir dichos textos, trazar el horizonte más general de ideas y problemáticas sobre el que pivota su obra historiográfica y permiten, en fin, comprender el sentido y objeto de sus reelaboraciones últimas.

2. Koselleck, «Histórica y hermenéutica», en Koselleck y Gadamer, ibíd., pág. 70.

3. Koselleck, «Richtlinien für das Lexikon politisch-sozialer Begriffe der Neuzeit», *Archiv für Begriffsgeschichte* 11 (1967), págs. 81-99. Koselleck define allí su proyecto a partir de una serie de preguntas: «¿Hasta qué punto era comúu el uso del término? ¿Su sentido era objeto de disputa? ¿Cuál era el espectro social de su uso? ¿En qué contextos aparece? ¿Con qué otros térmiuos aparece ligado, ya sea como su complemento o su opuesto? ¿Quién usa el término, para qué propósitos, a quién se dirige? ¿Por cuánto tiempo estuvo en uso? ¿Cuál es el valor del término dentro de la estructura del leuguaje político y social de la época? ¿Con qué otros términos se superpone? ¿Converge con el tiempo con otros términos?».

4. Koselleck, *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Francfort, Suhrkamp, 1979 (trad. cast.: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993).

Conceptos, neokantismo y experiencia

El proyecto de «analizar las condiciones de posibilidad de las historias» guarda aún los ecos de las ideas dominantes en el ámbito académico alemán en los años de su formación, fuertemente impregnadas de neokantismo. El término, de hecho, remite a Wilhelm Dilthey, quien a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX se propuso completar la tarea iniciada por Kant mediante una «crítica de la razón histórica». En el lugar de la pregunta sobre cómo son posibles los juicios sintéticos *a priori* encontraremos ahora la de «cómo es posible un saber universalmente válido del mundo histórico a base de esto dado».[5] Dicha reformulación del concepto kantiano supone una serie de desplazamientos fundamentales, los que derivan de la naturaleza particular de su objeto. La «revolución copernicana» en las ciencias del espíritu se traduciría en lograr justificar cómo es posible fijar en conceptos estáticos y recurrentes lo que es por esencia movilidad y cambio permanente («Los conceptos de las ciencias del espíritu —aseguraba Dilthey— resultan representaciones de algo en marcha, fijaciones en el pensamiento de aquello que es, por sí mismo, transcurso o dirección de movimiento»).[6]

El primer paso, para Dilthey, será rastrear el modo por el que el dato puro, en principio presimbólico, se introduce en el plano de los conceptos. Según señala, éste, a diferencia de lo que ocurre en las ciencias naturales, no refiere a ningún objeto externo al sujeto, sino a objetos ideales, inmanentes a la esfera de la cultura. La identidad *ontológica* (y no sólo *epistemológica*) del sujeto y el objeto del conocimiento, que define la estructura del mundo histórico, provee, pues, una base para un tipo de conocimiento distinto y superior al propio de las ciencias naturales (sólo porque «el mismo que investiga la historia es el mismo que la hace son posibles los juicios sintéticos universales de la historia», afirma).[7] Mientras que en el caso del conocimiento científico-natural, el objeto no le es inmediatamente dado al sujeto, le resulta trascendente, por lo

5. Dilthey, *El mundo histórico*, México, F.C.E., 1978, pág. 176.

6. Ibíd., pág. 181.

7. Ibíd., pág. 305.

que tiene que reconstruirlo conceptualmente, esto es, abstractamente (lo que necesariamente conduce a una «cosa en sí» insondable), el orientarse hacia la «vivencia» indica, por el contrario, un «estar adentro» (*Innesein*), una pura inmanencia.

Lo radical aquí, pues, es situarse en el plano del fenómeno primitivo, la «vivencia» (*Erlebnis*), en el que el objeto y el sujeto resultan aún indisociables. Este dato inmediato es, para Dilthey, una conexión estructural en la que se combinan conocer, sentir y querer; en él convergen la aptitud intelectual, la aptitud sensible y la aptitud volitiva. En el fenómeno kantiano, en cambio, se ha abstraído ya una determinada orientación hacia el objeto, una determinada aptitud del sujeto, es decir, un cierto modo de relación entre ambos que no constituye el dato primario sobre el que se funda la vida histórica.

Según vemos, el terreno en el que se instala el proyecto de Dilthey no es realmente el del sujeto trascendental kantiano (la condición de posibilidad del objeto de conocimiento), sino, más bien, uno anterior a él (que es, en última instancia, el del *ego* husserliano): aquel ámbito fenomenológico trascendental que precede a la escisión entre sujeto y objeto y permite tanto a uno como a otro constituirse como tales. Sin embargo, hay un punto en que el concepto de Dilthey se separa del de Husserl. Para el primero, sólo en la historia el sentido se nos presenta inmediatamente a la conciencia. No ocurre así cuando se quiebra esta identidad ontológica del sujeto y el objeto de conocimiento, es decir, cuando éste se dirige hacia el mundo objetual. Dilthey ve en Husserl un resabio metafísico que convierte, hegelianamente, a la naturaleza en una suerte de alienación del espíritu.

Esta distinción entre dos formas opuestas de conocimiento no sólo delimita esferas respectivas de saber, sino que forma, al mismo tiempo, la base en que se sostiene su proyecto de una «crítica de la razón histórica» (aunque también, como veremos luego, tenía implícitas consecuencias teóricas potencialmente devastadoras de dicho proyecto). Ella le permite a Dilthey romper con las tradiciones idealisras que dominaron a lo largo del siglo que lo precedió. La presencia ineliminable de una Naturaleza externa al sujeto impide a la historia constituirse como un *sistema*, en el sentido hegeliano. Del trato del ser con el mundo como un objeto que lo trasciende y lo condiciona «desde afuera» (lo que «nos lle-

na del sentimiento de la fragilidad», de la «finitud de todo lo que es vida»),[8] resulta el carácter esencialmente «abierto», siempre cambiante, de la historia. El tipo de historicidad que surge de la interconexión de las vivencias desplegadas en el tiempo no seguirá ya ningún diseño ni se dirige a la realización de ningún fin definible *a priori*. No se trata, en fin, de un transcurso lógicamente integrado, sino vitalmente (inmanentemente) articulado.

> Todo ello se halla sostenido en un haz por la fuerza interna y el límite interno que resulta de la determinación de la existencia singular y de la consiguiente persistencia de la conexión adquirida. En todo, por lo tanto, actúa en su curso el mismo ser. En todo encontramos la misma limitación de posibilidad y, sin embargo, la libertad de elección entre ellas [...] Denomino desarrollo a esta conexión en el curso de la vida, determinada desde dentro, y que condiciona la entrega incesante a los cambios. Este concepto es del todo diferente al de las fantasías especulativas de una marcha hacia etapas siempre superiores.[9]

El concepto de «sujeto» asociado a esta idea de «desarrollo» es un ser del devenir, el soporte último de la temporalidad. Esto permite distinguir entre «apertura» y «arbitrariedad». Según este concepto, si bien una nueva formación histórica no se sigue necesariamente de la anterior, siempre se apoya y despliega a partir de ésta. Para Dilthey, en la historia, no puede alguien fijarse como un fin aquello que no ha experimentado primero como un valor. Por otra parte, tampoco puede establecer como valor aquello que no forma ya parte de su universo axiológico. Se va forjando así una «continuidad de la conexión a través de los cambios», lo que define la temporalidad del ser («La vida —dice— mantiene una relación inmediata con la llenazón del tiempo»). La conexión estructural resultante no puede considerarse ya como un conjunto de «hechos» o «cosas», «elementos» o «estados» supuestamente recurrentes, ni tampoco ninguna «identidad lógica», sino la circunstancia de una «mismidad» de orientaciones entre épocas e individuos diversos entre sí. La solidaridad entre pasado, presente y futuro no implica, en fin, una sustancialidad del devenir.

8. Ibíd., pág. 175.
9. Ibíd., pág. 170.

Ahora bien, el carácter creativo de la historia supone ganancias, pero también pérdidas. Mucho antes que Husserl (quien sólo en *La crisis de las ciencias europeas** tematizaría el tópico), Dilthey señaló la posibilidad del «olvido», de quiebras en la memoria colectiva, es decir, de que los contenidos ideales de la conciencia no se encontrasen siempre disponibles a los sujetos. Sin embargo, para Dilthey, éstos podrían aún reconstruirse a partir de los vestigios materiales de una cultura. Y aquí encontramos el segundo aspecto que distingue el concepto de Dilthey del de Husserl: su idea del carácter objetivo de los sentidos, en tanto que cristalizados en objetos culturales. De esta idea nace la tradición hermenéutica contemporánea. Ésta se orienta a reconstruir los significados sedimentados en sus propias objetivaciones empíricas, remontarse a partir de sus manifestaciones culturales a la conexión anímica de base, las experiencias vivenciales que les dieron origen.

El proyecto de una «historia de los conceptos» de Koselleck retoma el proyecto diltheyano,[10] aunque tamizado ya por el «giro lingüístico» que produce uno de sus maestros, Hans-George Gadamer. Como afirma éste en uno de los ensayos que integran *Verdad y método* (su obra fundamental), «La historia del concepto como filosofía» (1970), el lenguaje «es la primera interpretación global del mundo [...] el mundo es siempre un mundo interpretado en el lenguaje».[11] Este mismo postulado subtiende a la distinción que establece Koselleck entre historia de «ideas» o «palabras» e historia de «conceptos». Entre ideas e historia habría sólo un vínculo externo. Las ideas, tal como se las entiende tradicionalmente, son «eternas» por definición; su eventual aparición o desaparición marca sólo una circunstancia externa a las mismas. Así, el análisis histórico de las mismas (en la tradición de la *Ideengeschichte*) sólo verifica su presencia o no en un contexto particular, pero no nos dice nada acerca de su significado y de las alteraciones que en él se producen (el contenido semántico de una expresión dada podría establecerse independientemente de su contexto de enunciación). Cuando un término o idea se carga de connotaciones particulares diversas se convierte en lo que Koselleck llama un «concepto» («Una palabra —dice— se convierte en un concepto si la totalidad de un contexto de experiencia y significado sociopolítico, en el que se usa y para el que se usa esa palabra, pasa a formar parte globalmente de esa única palabra»).[12] De este modo, el concepto se libera parcialmente de la palabra; de hecho, éste bien puede expresarse en términos o ideas diversas entre sí.[13] Un concepto, en definitiva, en la medida en que condensa una experiencia histórica, articula redes semánticas (la palabra «Estado», por ejemplo, en tanto concepto, integra y comprende un conjunto de nociones diversas, como las de dominio, territorio, legislación, judicatura, administración, impuestos, etc.), lo que le confiere un carácter inevitablemente plurívoco.

Tal plurivocidad sincrónica tiene así fundamentos diacrónicos (ella es un emergente de la red de significados tejida a lo largo de su misma historia) e indica una inevitable asincronía semántica. En definitiva, en un concepto se encuentran siempre sedimentados sentidos correspondientes a épocas y circunstancias de enunciación diversas, los que se ponen en juego en cada uno de sus usos efectivos (esto es, vuelve sincrónico lo diacrónico). De allí deriva la característica fundamental que distingue a un concepto: lo que lo define es, precisamente, su capacidad de trascender su contexto originario y proyectarse en el tiempo («Los conceptos sociales y políticos —asegura— contienen una concreta preten-

* Husserl, *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Barcelona, Altaya, 2000.

10. La descripción precedente del mismo, cabe aclarar, resulta inevitablemente parcial y deficiente. Un análisis algo más preciso del mismo escapa, sin embargo, al alcance de este trabajo. (Para una aproximación general del pensamiento histórico de Dilthey, véanse Eugenio Imaz, *El pensamiento de Dilthey*, México, F.C.E., 1972, y Rudolf A. Makkreel, *Dilthey. Philosopher of the Human Studies*, Princeton, Princeton University Press, 1975.)

11. Gadamer, *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme, 2000, II, pág. 83. (Para un análisis de las repercusiones del «giro lingüístico» en el ámbito anglosajón, véase Palti, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Qnilmes, 1998.)

12. Koselleck, *Futuro pasado*, pág. 117.

13. La empresa de trazar la historia de los conceptos la define entonces en función de dos métodos básicos: *semasiología* (analizar los diversos sentidos dados a un mismo término) y *onomasiología* (buscar todos los términos o nombres dados a un mismo concepto en un período determinado).

sión de generalidad»; «Una vez acuñado, un concepto contiene en sí mismo la posibilidad puramente lingüística de ser usado en forma generalizadora»).[14] Y allí radica también su interés histórico; tal capacidad de los conceptos de transponerse a sus contextos específicos de enunciación, de generar asincronías semánticas, confiere a la historia de conceptos su rendimiento específico.

> Al liberar a los conceptos [...] de su contexto situacional y al seguir sus significados a través del curso del tiempo para coordinarlos, los análisis históricos particulares de un concepto se acumulan en una historia del concepto. Únicamente en este plano se eleva el método histórico-filológico a historia conceptual, únicamente en este plano la historia conceptual pierde su carácter subsidiario de la historia social.[15]

Si la historia conceptual se recorta de la historia social, adquiere un carácter propio, es porque sólo ella puede proveer claves para reconstruir procesos de largo plazo. Los conceptos, en definitiva, en la medida en que sirven para articular significativamente las diversas experiencias sociales, que forman redes discursivas que cruzan las épocas y trascienden las esferas de sociabilidad inmediata, sirven de índice de las variaciones estructurales. Pero, por otro lado, si éstos actúan, retrospectivamente, como índice efectivo de las mismas, es porque son, al mismo tiempo, un factor para su constitución. Con cada concepto, dice, «se establecen determinados horizontes, pero también se establecen límites para la experiencia posible y para la teoría concebible».[16] De hecho, los conceptos proveen a los actores sociales las herramientas para comprender el sentido de su accionar, elevan la experiencia cruda (*Erfahrung*), la pura percepción de hechos y acontecimientos, en experiencia vivida (*Erlebnis*).[17] Y de este modo, conectan

14. Koselleck, *Futuro pasado*, págs. 112 y 123.

15. Ibíd., pág. 113.

16. Ibíd., pág. 128.

17. «Toda *historie* —dice— se constituye por la comunicación oral y escrita de generaciones coexistentes, que se trasmiten mutuamente las experiencias respectivas» (Koselleck, «Sozialgeschichte und Begriffsgeschichte», en W.

también entre sí las diversas vivencias en unidades de sentido, actúan de soporte para sus conexiones estructurales. En definitiva, los «conceptos» ocupan en Koselleck el lugar de las «formas» en George Simmel;[18] son, en palabras de Arnold Gehlen (maestro de Habermas y uno de los principales promotores de la «antropología filosófica» que se difunde en Alemania en los años treinta y cuarenta), «instituciones» (sistemas de conducta y estructuras de pensamiento heredadas)[19] que median entre el estímulo y la acción[20] (nociones todas que, en última instancia, no son sino elaboraciones diversas de la idea de Dilthey de «sistemas de organi-

Schieder y V. Sellin (comps.), *Sozialgeschichte in Deutschland*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1986, I, pág. 97).

18. Las «formas» estudiadas por Simmel (la ley, el arte, la historia, etc.) tenían para él un doble estatuto, epistemológico y ontológico a la vez. Cada una de ellas constituía un modo de representación del mundo (o de autocomprensión del hombre). Pero, simultáneamente, en la medida en que hacen posible la experiencia, conforman la estructura básica de nuestra vida histórica. Según Simmel, éstas permiten así también la comprensión de épocas y culturas pasadas (por entonces, Simmel había descartado ya el concepto de empatía), si no en su especificidad, al menos en lo que hace a cada nna de ellas una parte en el desarrollo de las estructuras básicas de nnestra vida histórica (véase Georg Simmel, *Die Probleme der Geschichtsphilosophie*, 1905).

19. En *Urmensch und Spärkultur* (Bonn, Athenäum, 1956), Gehlen introduce el término tomando su sentido de su raíz etimológica, es decir, como «costnmbre» (*institutio*) o conductas e ideas habituales, adoptadas acríticamente.

20. Se nota aquí la influencia de otro de los colaboradores en el *Archiv für Begriffschichte*, Hans Blumenberg, antor de un influyente texto titulado «Paradigmen zu einer Metaphorologie» [Paradigma hacia una metaforología], *Archiv für Begriffsgeschichte*, 6, 1960, págs. 7-142. En «An Anthropological Approach to Rhetoric», Blumenberg aseguraba que «los predicados son "instituciones"; una cosa concreta es comprendida sólo cuando se la analiza en las relaciones por las cuales ésta se encuadra dentro de tales instituciones. Cuando una cosa es absorbida en juicios, desaparece como una cosa concreta» (Blumenberg, «An Anthropological Approach to Rhetoric», en Baynes, Bohnan y McCarthy (comps.), *After Philosophy. End or Transformation?*, Cambridge, Mass., The MIT Press, 1987, pág. 469). Sobre las ideas de este autor, véase Palti, «Hans Blumenberg (1920-1996). An Unended Quest», *Journal of the History of Ideas*, CVIII.3, 1997, págs. 503-524 (trad. cast.: *Aporías. Tiempo, modernidad, historia, sujeto, nación, ley*, Buenos Aires, Alianza, 2001).

zación»).[21] En ellos se encarna la «contemporaneidad de lo no contemporáneo» (*Gleichzeitigkeit der Ungleichzeitigen*), la interpenetración de presente, pasado y futuro, que es la que define la historicidad de nuestra existencia, la temporalidad del ser.

Hasta aquí la teoría historiográfica de Koselleck sólo despliega la idea de Gadamer de la centralidad del lenguaje en la articulación de la experiencia histórica y la convierte en la base de un proyecto historiográfico («El lenguaje —dice— deviene el factor principal sin el cual ningún recuerdo ni ninguna transposición científica de este recuerdo son posibles»).[22] Pronto, sin embargo, se aleja de su maestro señalando, de todos modos, la irreductibilidad de la segunda (la experiencia histórica) al primero (el lenguaje). La historia conceptual, para Koselleck, si bien supera y trasciende a la historia social en cuanto articula redes significativas de largo plazo, es al mismo tiempo deficitaria respecto de ésta, puesto que nunca la agota. Los hechos sociales, la trama extralingüística, rebasan el lenguaje en la medida en que la realización de una acción excede siempre su mera enunciación o representación simbólica. Ello explica por qué un concepto, en tanto que cristalización de experiencias históricas, puede eventualmente alterarse, frustrar las expectativas vivenciales en él sedimentadas, ganando así nuevos significados.

Cabría, pues, hablar de un doble exceso o rebasamiento en la relación entre la historia conceptual y la historia social, entre el nivel del lenguaje y el nivel extralingüístico; en fin, entre estructuras y acontecimientos. La pregunta que surge, sin embargo, es cómo es posible que un concepto se revele contra sus mismos presupuestos (ningún concepto, dice, «puede ser tan nuevo que no esté virtualmente constituido en la lengua dada y no tome su sentido de un contexto lingüístico heredado del pasado»);[23] en definitiva,

21. Los «sistemas de organización» (las épocas, las naciones, etc.) eran, para Dilthey, aquellos que articulaban la vida histórica, configuraban unidades transindividuales de sentido (véase W. Dilthey, *El mundo histórico*, págs. 279-320, e *Introducción a las ciencias del espíritu*, México, F.C.E., 1944, págs. 64-102). De allí tomó también Max Weber su idea de los macrosujetos empíricos, como el capitalismo.

22. Koselleck, «Sozialgeschichte und Begriffsgeschichte», I, pág. 97.

23. Ibíd., pág. 102.

cómo es posible el *cambio* en la historia conceptual. Esta pregunta conduce, a su vez, a cuestiones que escapan al ámbito estrictamente historiográfico; ella, de hecho, contiene ya implícita una cierta teoría general de la temporalidad histórica, una hipótesis respecto de los modos de interrelación de las temporalidades relativas correspondientes a los diversos niveles de la realidad social. La *Historik*, asegura, apunta «a la bilateralidad propia de toda historia», entendiendo por tal tanto los nexos entre acontecimientos (*Ereigniszusammenhänge*) como su representación.[24] El concepto que ocupa centralmente la atención de Koselleck, el de «Era Moderna» (*Neuzeit*, cuya emergencia, que desplaza a la designación del período contemporáneo como *neue Zeit* —tiempo nuevo—, es ya indicativa del surgimiento de una conciencia de la ruptura epocal entonces producida), condensa mejor que ningún otro esta interrelación entre experiencia y representación, entre *erga* y *logoi* —y también sus inevitables desajustes recíprocos.

Tiempo y modernidad

Como señalamos, el objeto más específico en torno al cual giró la confección de los diccionarios de historia de los conceptos era arrojar nueva luz sobre las mutaciones culturales que se producen entre 1750 y 1850, período que Koselleck denomina *Sattelzeit*. Las mismas, según afirma, contienen las claves fundamentales para comprender el origen y sentido de la modernidad. Ésta supone, para Koselleck, una forma inédita de experimentar el decurso del tiempo (que encuentra su expresión conceptual en las filosofías de la historia del idealismo); marca, en fin, una quiebra fundamental respecto a los modos premodernos de figuración histórica.

24. Según vimos, ambas instancias, para Koselleck, no serían ajenas entre sí: los acontecimientos que forman la *experiencia* histórica determinan los modos particulares de representarse la misma, pero, inversamente, los conceptos por los que éstos se nos presentan en la conciencia (y que permiten que tales acontecimientos puedan ser experimentados como tales por los sujetos) no son ajenos a sus resultados.

Según señala en la voz «*Geschichte*» (historia) que escribe para el primero de los diccionarios (y luego elabora en la serie de textos reunidos en *Futuro pasado*), las narrativas premodernas, articuladas dentro de los marcos del modelo ciceroniano de la *historia magistra vitae*, se fundaban en dos premisas. En primer lugar, tal ideal pedagógico de la historia suponía necesariamente la iterabilidad de la misma (es decir, que las mismas situaciones básicas se repiten), puesto que sólo así podrían inferirse leyes generales aplicables a toda época histórica. De ésta deriva, a su vez, su segunda característica. El supuesto de la iterabilidad de los acontecimientos hacía imposible la concepción de la idea de una «historia», en singular. Lo que existirían, en el contexto de esta perspectiva, son «historias», en plural; es decir, situaciones, hechos y fenómenos específicos, que son los que eventualmente se repiten en otros tiempos, lugares y circunstancias, conservando, en lo esencial, su misma estructura y sentido.

La era de las exploraciones (que abre el horizonte de los europeos a la diversidad de las culturas existentes en el planeta) y el progreso tecnológico desencadenan la crisis del concepto pedagógico de la historia. Ambos fenómenos combinados proporcionan el sustrato histórico para la gestación de la idea moderna del «progreso». El tiempo poseería entonces una direccionalidad, lo que haría imposible la iterabilidad de la historia. El futuro ya no resultaría legible en las experiencias del pasado. Se instalaba, en fin, una fisura entre «espacio de experiencia» y «horizonte de expectativas». Pero el hecho fundamental que precipitó la quiebra definitiva del concepto de la *historia magistra vitae* fue el estallido de la Revolución de 1789. Ésta determinó la emergencia de una nueva perspectiva histórica en la medida en que afirmó lo que Koselleck definió como la idea de constructibilidad de la historia. El acontecimiento revolucionario generó una nueva conciencia respecto del carácter agencial subjetivo de la historia. La temporalidad devenía, de este modo, una dimensión inmanente, algo que los sujetos desencadenan con su mismo accionar. El concepto moderno de la historia nace, pues, de la combinación de las ideas de progreso de la Ilustración con la del carácter construido de la misma determinado por el acontecimiento revolucionario. Éste se define a partir de cuatro características fundamentales.

En primer lugar, aparece la idea de Historia como colectivo singular, como un «sistema» que engloba y unifica a las *historias* particulares. Como muestra Koselleck, la singularización de la *Historia* fue contemporánea a la de otros conceptos histórico-políticos, como los de *Libertad* (que tomó el lugar de las *libertades*), *Justicia* (que reemplaza en el vocabulario de la época a los *derechos*), *Revolución* (que desplazó la idea de *revoluciones*), etc. La *Historia* (con mayúsculas) se convierte entonces en un concepto reflexivo, en sujeto y objeto de sí misma (un *en sí y para sí*).

En segundo lugar, en la medida en que el tiempo histórico se vuelve irreversible y creativo, es decir, que cobra la cualidad de generar experiencia, hace que ésta, aplicada retrospectivamente, nos permita ver el pasado siempre de un modo distinto y renovado. Surge entonces la idea de la relatividad en la historia. El mismo «progreso» hace que los valores y principios con los que juzgamos el pasado se modifiquen necesariamente con el tiempo.

En tercer lugar, la temporalización de la historia permitió ubicar en un orden secuencial la diversidad cultural que la expansión ultramarina había revelado, situar diacrónicamente aquello que aparece sincrónicamente. La noción de «progreso» ofrecía el parámetro para establecer un «antes» y un «después», atribuir a cada fenómeno el momento propio al que correspondería en la lógica del desarrollo inmanente de la *Historia*. Nace, en fin, la idea de la coexistencia de infinidad de temporalidades relativas, la *contemporaneidad de lo no contemporáneo* (*Gleichzeitigkeit der Ungleichzeitigen*).

Finalmente, la quiebra del antiguo modelo de la *historia magistra vitae* obliga al pensamiento histórico a replegarse sobre sí mismo. En la medida en que la temporalización de las estructuras históricas impide las generalizaciones y extrapolaciones entre épocas diversas, la idea de *ley histórica* sólo puede referir ahora a las mismas formas vacías de la temporalidad, a las condiciones transhistóricas del cambio. «Sólo las estructuras temporales, es decir, las estructuras inmanentes de las conexiones entre los acontecimientos pueden articular el espacio de experiencia histórico de forma inmanente al objeto.»[25] Es aquí donde Koselleck intro-

25. Koselleck, *Futuro pasado*, págs. 128-129.

duce lo que llama las metacategorías fundamentales que definen las formas propiamente históricas de la temporalidad: «espacio de experiencia» y «horizonte de expectativas».[26] Éstas indican los diversos modos posibles en que se pueden vincular el presente, el pasado y el futuro. El distanciamiento progresivo entre «espacio de experiencia» y «horizonte de expectativas» determina la «aceleración» (*Beschleunigung*) del tiempo histórico, que es la marca característica de la modernidad.

Koselleck provee en estos escritos una muestra de la potencialidad de la historia de los conceptos para iluminar fenómenos y procesos históricos de larga duración. La clave última para ello la aporta, como vimos, su definición de la emergencia de la *Historia* (la historia en sí y para sí) como la categoría fundamental y la base a partir de la cual podrán configurarse todas las filosofías modernas de la historia. En definitiva, la modernidad nace, para Koselleck, junto con una forma particular de experimentar la temporalidad, con la experiencia vivida del cambio histórico, es decir, de que los acontecimientos suelen frustrar las expectativas. Historia social e historia conceptual («los nexos entre acontecimientos —*Ereigniszusammenhänge*— y su representación») aparecen aquí indiscerniblemente asociadas. Sin embargo, esto aún no resuelve la cuestión de cómo esto es posible, cómo la ocurrencia de fenómenos imprevistos puede eventualmente obligarnos a revisar los marcos categoriales que nos permiten tornar tales fenómenos inteligibles.

Según vimos, Koselleck atribuye el cambio histórico, en una zona típicamente neokantiana, al carácter agencial del sujeto (lo cual es, para él, el presupuesto para toda ética posible). Como afirma:

> Los hombres son responsables de sus historias en las que se han enredado, tanto si son culpables de las consecuencias de sus acciones como si no lo son. Los hombres deben responder de la inconmensurabilidad entre intención y resultado, siendo lo que le confiere un sentido enigmáticamente verdadero a la expresión hacer la historia

26. El término «horizonte de expectativas» fue introducido por Jauss en *Intersuchungen zur mittelalterlichen Tierdichtung* (1959) con el objeto de relacionar la historia literaria con la investigación sociológica, aunque puede encontrarse ya en Mannheim, *Man and Society*, Londres, 1949.

> [...] En la historia sucede siempre más o menos de lo que está contenido en los datos previos. Sobre este más o este menos se encuentran los hombres.[27]

El presupuesto aquí implícito (que es, en definitiva, aquel sobre el que pivotean todas las filosofías neokantianas de la historia) es el de la presencia de un ser subyacente a las estructuras, formas o sistemas de organización, que preexiste a los mismos y sirve de soporte a la temporalidad. Hay, sin embargo, una diferencia fundamental entre este concepto del ser del sujeto y el propio de la Ilustración. La quiebra del pensamiento evolucionista producido a finales del siglo XIX había transformado los conceptos de la temporalidad y, con ellos, los modos de comprensión de la subjetividad. Éste ya no es un ser inalterable. El *ego* fenomenológico-neokantiano ya no es, como en Kant y la Ilustración, el garante último del orden en el mundo, sino, por el contrario, la fuente del cambio, el que introduce la contingencia en la historia (ese «más o menos» que, según Koselleck, separa las consecuencias de sus antecedentes). Se produce aquí una inversión categorial respecto de la Ilustración. El mundo de las estructuras o formas sociales es inalterable por naturaleza; éstas únicamente tienden a su propia reproducción. Sólo la acción intencional quiebra la repetibilidad de la historia y da sentido a la expresión «hacer la historia».

Este nuevo concepto de la subjetividad provee la matriz de pensamiento desde la cual Koselleck lee retrospectivamente el sentido y origen de la «modernidad». De todos modos, el punto que interesa aquí es que, en el marco de las filosofías neokantianas de la historia, sólo la existencia de seres preexistentes a sus propias condiciones históricas de posibilidad explicaría cómo éstos pueden eventualmente proponerse metas que no formen ya parte de su universo axiológico dado. Y esto plantea dos problemas a Koselleck; uno de orden histórico y otro de índole epistemológica. El primero nos conduce al primero de sus escritos, *Kritik und Krise*; el segundo, a los ensayos más recientes incluidos en esta antología.

27. Koselleck, *Futuro pasado*, págs. 265-266.

La modernidad y los límites de la razón

Kritik und Krise, la tesis doctoral de Koselleck completada en 1954 y publicada en 1959[28] (sin duda, su obra fundamental y un clásico en la historiografía contemporánea de ideas), ofrece el marco para comprender la génesis y el sentido último de su proyecto de una historia de los conceptos y, especialmente, la centralidad que tiene en él el período formativo de la modernidad o *Sattelzeit*. Encontramos aquí la segunda de las vertientes (además de la hermenéutica gadameriana mencionada al comienzo) por las que Koselleck tamizó el proyecto diltheyano: cierta tradición schmitteana-heideggeriana que, aún después del final de la segunda guerra (y antes de su «redescubrimiento» en el resto de Europa), siguió siendo sumamente influyente en el ámbito universitario alemán. Dicha tesis, que elaboró en estrecha colaboración con Carl Schmitt (quien no pudo dirigirlo por haber sido separado de la universidad debido a su pasada filiación nazi), revela cómo su «crítica de la razón histórica» hunde sus raíces en una crítica de la razón, en general, y, en particular, de la «modernidad».

El objeto de la misma era, específicamente, analizar el tipo de dialéctica que se establece entre el proceso de surgimiento de las filosofías modernas de la historia (en las que, como vimos, se plasma conceptualmente la idea moderna de «progreso») y la crisis del sistema absolutista que acompaña la progresiva afirmación del mundo burgués. Koselleck define esta dialéctica en términos de una secuencia interrelacionada de fenómenos: «El absolutismo —dice— condiciona la génesis de la Ilustración. La Ilustración condiciona la génesis de la Revolución. Entre estos dos principios se mueve, *grosso modo*, el presente trabajo».[29]

Para Koselleck, las premisas de la crítica ilustrada que llevaría a la crisis y disolución del Estado absolutista se encuentran, paradójicamente, en la propia estructura del absolutismo. Como es sabido, las *guerras de religión* del siglo XVII que se encuentran

28. Koselleck, *Kritik und Krise. Studie zur Pathogenese der bürgerlichen Welt*, Friburgo, Karl Alber, 1959 (trad. cast.: *Crítica y crisis en el mundo burgués*, Madrid, Rialp, 1965).

29. Ibíd., pág. 17 de la trad. cast.

en su origen llevaron a la institución de la instancia soberana como un terreno neutral, desprovisto de toda ideología particular, y al consecuente desdoblamiento entre las esferas de lo público y lo privado.[30] Todas las consideraciones morales sustantivas quedarían entonces relegadas al ámbito del foro interno del individuo. Y esto tendrá implicaciones históricas y conceptuales de largo alcance.

Sin embargo, éstas sólo se harían manifiestas cuando el Estado absolutista lograse finalmente eliminar la causa que le dio origen y de la que tomó su justificación (las *guerras de religión*). Entonces el dualismo ilustrado revelaría su verdadero sentido: la separación de la moral respecto de la política encarnada en el Estado vaciaría progresivamente a este último de toda legitimidad. Éste deja de aparecer como el garante para convertirse en el enemigo de la libertad. La crítica ilustrada entra así en la vía por la que habría de convertirse en contracrítica. Pero para ello era necesario que se encarnase en *fuerzas indirectas* que materializasen tal poder espiritual. Esto ocurre finalmente cuando el mundo burgués comienza a articular un ámbito político propio (la sociedad civil), al que instituye como «poder moral» opuesto al «poder político» del Estado. De este modo la crítica adquiere un carácter eminentemente político, pero sólo en la misma medida en que se desconoce como tal. Ésta sucumbe entonces a su propia apariencia de neutralidad y se vuelve hipócrita: la invocación de la Verdad (única y universal) convierte a aquélla en un soberano que impera tan inexorablemente como la redime de toda responsabilidad decisoria, la descarga de culpabilidad. La máscara de generalidad sirve así a la exacerbación de las polarizaciones implícitas en los marcos dualistas de la crítica ilustrada, la que ahora se ofrece como única solución a las contradicciones que ella misma había producido. De este modo, legitima la guerra civil. «El delirio específico de la razón filosófica —asegura Koselleck— es precisamente esperar que

30. En esta tesis Koselleck, de hecho, anticipa nn concepto qne luego sería desarrollado por Habermas, aunque ofrece nna perspectiva del mismo opuesta a la de éste (y, en mi opinión, mucho más compleja y sugerente). Sus versiones respectivas del sngimiento del pensamiento ilustrado señalau así nn contrapunto interesante.

su búsqueda progresista de objetividad y neutralidad pueda ser trasplantada sin el menor reparo al mundo hostil de la política».[31]

La filosofía de la historia es la que en último término proyecta ese Estado ideal en un tiempo utópico que, como tal, resulta siempre inalcanzable y siempre presente. La crítica se vuelve así por segunda vez hipócrita. La espontaneidad lógica del acontecer coincidiría con su política indirecta. La eliminación del Estado, eludida como decisión política (éste «desaparecerá por sí solo»), encuentra con ello un doble reaseguro filosófico (en la Razón y en la Historia). La resolución de la crisis entre moralidad y política se vuelve entonces inminente. El tribunal de la opinión, tras haber declarado su condena del Estado, encomienda a la Historia la ejecución de la sentencia (la que no tardaría en realizarse).

Las filosofías de la historia de la modernidad son, en definitiva, la forma última de la negación de la política, la forma típicamente «moderna» de hacerlo. En este caso, la oclusión de la dimensión política de la acción intencional se liga, paradójicamente, a la creencia moderna en la absoluta autodeterminación del sujeto. La percepción de la disponibilidad de la historia, que es el presupuesto de la ética, una vez que se inscribe en un designio racional, libera al sujeto de su responsabilidad decisoria. Y una paradoja análoga se da en el campo de la representación histórica. La premisa para el conocimiento histórico ya no es la repetibilidad, que permite la predicción racional, sino la propia manipulabilidad de los hechos que impide su iterabilidad. «¿Cómo es posible una historia *a priori*?», se preguntaba Kant, y respondía: «Cuando el propio adivino hace y organiza los acontecimientos que pronosticó de antemano».[32]

En su crítica de la modernidad, Koselleck retoma la tesis de Karl Löwith (quien, en *Meaning in History,** 1949, elabora la teoría originalmente formulada por Carl Schmitt de que los conceptos

31. Koselleck, *Crítica y crisis*, pág. 206.

32. Kant, *Der Streit der Fakultäten* (trad. cast.: *El conflicto de las facultades*, Buenos Aires, Losada, 1963), en *Werke*, VI, Darmstadt, 1964, pág. 351; citado por Koselleck, *Futuro pasado*, págs. 257-258.

* Löwith, *Meaning in History*, Chicago, University of Chicago Press, 1949 (trad. cast.: *El sentido de la historia*, Madrid, Agnilar, 1973).

políticos fundamentales son meras secularizaciones de motivos cristianos) que denuncia el mito de la modernidad como autofundación soberana de la razón, lo que lleva a negar sus propias precondiciones de emergencia. Sin embargo, aún entonces insiste en la ruptura epocal que significó el arribo de la modernidad. En este punto sigue más bien a Hans Blumenberg, quien, en *Die Legitimität der Neuzeit. Erneuerte Ausgabe,** discute la tesis de la secularización alegando que entre la modernidad y las épocas precedentes no existe continuidad alguna al nivel de los contenidos ideales. Las articulaciones entre los diversos períodos se sitúan, para él, exclusivamente en el plano de las *estructuras formales* de la historia.[33]

Así, a fin de salvar la idea de contingencia en la historia, el concepto histórico de Koselleck habría de moverse simultáneamente en dos direcciones opuestas (lo que vuelve al mismo algo confuso). Al determinismo de las tradiciones y nociones heredadas, opone el carácter creativo de la acción subjetiva. Pero inversamente, a la

* Blumenberg, *Die Legitimität der Neuzeit. Erneuerte Ausgabe* (1966), Francfort, Suhrkamp, 1999.

33. A fin de explicar la emergencia de la modernidad, Blumenberg desarrolla un modelo de «posiciones» y «reocupaciones». Entre una época y otra no habría continuidad entre contenidos ideales. Sin embargo, una vez establecida, la modernidad no podría eludir el lleuar aquellas posiciones dejadas vacantes por la quiebra de las antiguas escatologías, esto es, abordar la pregunta por el sentido de la historia. Las filosofías de la historia del Idealismo serían el resultado de esta *sobreexpansión* de la idea del progreso de la Ilustración, una vez que ésta se ve obligada a responder a preguntas que originariamente no formaban parte de su horizonte de interrogacióu. Toda la historia moderna oscilaría entre los polos marcados por Kant y Hegel (los que, para Blumenberg, se encontrarían fuertemente connotados éticamente); véase Palti, «Hans Blumenberg (1920-1996). An Unended Quest», págs. 503-524 (trad. cit.). Como vimos, para Koselleck no resulta tau fácil desglosar las nociones ilustradas de progreso de las filosofías de la historia del idealismo (de allí la peculiar cronología qne establece, que reúne a ambas bajo un mismo horizonte temporal, *Sattelzeit*, el que, según apuntamos, transcurre entre 1750 y 1850, con lo que atraviesa ambos períodos de la historia intelectual), que para Blumenberg representan, respecrivamente, el costado «legítimo» de la modernidad de su *sobreexpansión* («ilegítima») subsecuente. Existe una dialéctica que vincula unas a otras. No obstante, también para él las posibles continuidades históricas entre épocas diversas cabe rastrearlas sólo en el plano de las estructnras vacías de la temporalidad.

ilusión de una autodeterminación radical del sujeto, que conduce a otra forma de determinismo (el determinismo subjetivo), opone la existencia de estructuras objetivas de largo plazo que limitan el arco de actitudes y orientaciones históricamente disponibles a un sujeto dado.

De acuerdo con lo visto hasta aquí, la contingencia en la historia se encontraría doblemente amenazada: por detrás, por la presión de las acciones precedentes, y por delante, por la constructibilidad del futuro. Ambas tienden a la determinabilidad y la previsibilidad de la historia: una, eliminando el cambio; la otra, radicalizado éste haciendo del futuro una mera proyección de designios presentes. En principio, Koselleck confrontaría ambas tendencias mutuamente a fin de hacer concebible una forma de temporalidad centrada en la idea de contingencia. Pero esto hace surgir una nueva pregunta, sin alcanzar aún tampoco a responder a la anterior. A la anteriormente planteada respecto de cómo es posible que el sujeto de la acción intencional pueda postularse valores que trasciendan su horizonte normativo dado, se le adiciona otra relativa a cómo es posible que, estando éste al menos parcialmente en posesión de sus propias condiciones de existencia, que es la condición de posibilidad de la constructibilidad de la historia (y si tenemos en cuenta que lo que se le opone a la misma son estructuras de larga duración que sólo tienden hacia su propia reproducción, es decir, que no existe, por fuera del sujeto, otra fuerza dinámica en la historia), cómo es posible, decía, que el futuro escape, sin embargo, a su control. En ambos casos, se trata siempre del problema de pensar ese hiato que separa expectativas y realizaciones, que introduce en el estado consecuente un más (o un menos) que no se encontraba en su antecedente.

Koselleck ofrece dos respuestas a dicho interrogante. La primera remite a la existencia de pluralidad de actores en la historia, lo que hace que la resultante nunca coincida exactamente con las expectativas particulares de ninguno de ellos. Esta respuesta, sin embargo, supone un concepto «débil» de la contingencia histórica. La idea de una radical imprevisibilidad del futuro no refiere a resultados que frustran expectativas de actores individuales. Ésta remite al terreno de las condiciones de posibilidad de la historia, de la subjetividad trascendental. Confundir ambos niveles de interrogación llevaría a recluir la contingencia al ámbito meramente empírico, resultante de las limitaciones fácticas de la inteligibilidad humana: para el «pequeño demonio» de Laplace (capaz de poseer un conocimiento completo de las condiciones contextuales en que se despliega el accionar del sujeto), el pasado y el futuro se le presentaría aún enteramente ante su vista.

La respuesta «fuerte» retoma, en cambio, un motivo heideggeriano, que se encuentra anticipado en Dilthey. Como vimos, Dilthey señaló ya la posibilidad del «olvido», de quiebras en la memoria colectiva, es decir, de que los contenidos ideales de la conciencia no se encontrasen siempre disponibles a los sujetos. Este «olvido» del sentido, tanto para Koselleck, como para Heidegger, es una condición esencial a nuestra existencia, inherente a la historia humana. En él esto se liga a la propia constructibilidad de la misma. Según señala, toda ganancia de experiencia supone al mismo tiempo una pérdida: la mutación de los conceptos (como la que se produce con la llegada de la modernidad) hace que las experiencias precedentes ya no se encuentren disponibles para nosotros. Éstas entonces se nos han objetivado y vuelto extrañas, por lo que sólo podemos reconstruirlas a partir de los vestigios materiales que han dejado. Tal orientación hacia las cristalizaciones objetivas de los sentidos subjetivamente articulados era, como vimos, lo que separaba a Dilthey de Husserl (y da origen también a la tradición hermenéutica contemporánea). Pero también, como anticipamos, lo que terminaría por demoler su proyecto histórico-filosófico: desde el momento en que introducía un elemento de trascendencia, de una instancia de sentido que no se encuentra inmediatamente dada a la conciencia intencional (es decir, que debe reconstruirse racional y, por lo tanto, abstractamente), se quebraba la distinción, sobre la que pivotaba todo su concepto histórico-filosófico, entre los modos respectivos de aproximación propios de las «ciencias naturales» y las «ciencias del espíritu». Eso que para Dilthey era una fisura que corroía su proyecto teórico, se convierte, por el contrario, en la premisa de la que parte el concepto histórico de Koselleck. Y esto lo devuelve a cierta ortodoxia kantiana (y, con ello, a todas las aporías de la «cosa-en-sí»).

Llegamos aquí a los trabajos más recientes de Koselleck. En ellos, como dijimos, intenta plasmar una teoría general de las for-

mas de la experiencia histórica. Éstas ya no se relacionan con ninguna época singular, sino con condiciones *a priori* de la inteligibilidad histórica; remiten, por lo tanto, al plano de las determinaciones antropológicas y, en última instancia, biológicas. Como afirma en «Cambio de experiencia y cambio de método. Un apunte histórico-antropológico» (1988), que se reproduce a continuación, «Lo que hay que detectar son las condiciones antropológicas de posibilidad de las experiencias [...]».[34] Este enfoque antropológico-filosófico le permite definir tres metodologías históricas fundamentales, encarnadas respectivamente en Heródoto, Polibio y Tucídides, y que se repiten en los más diversos contextos históricos y conceptuales. Cada una de ellas nace de las diversas formas humanas posibles de relacionarse con las estructuras de la temporalidad, las cuales hunden sus raíces en condiciones radicadas a un nivel biológico de la especie y expresan, a su vez, tres modos diferenciales de adquisición (y pérdida) de conocimiento («El ensayo —dice— apunta más bien a las comunidades formales que pueden estar en la base tanto de todas las experiencias y de su enriquecimiento como de todos los métodos y sus diferenciaciones»).[35]

En este punto, Koselleck retoma la categorización tripartita elaborada por Braudel entre corto, medio y largo plazo, buscando sus fundamentos antropológicos últimos. «Estos espacios de tiempo específicos de una generación —asegura— se siguen del hecho biológico de que toda vida individual está marcada por la diferencia temporal entre los padres y los hijos».[36] El corto plazo expresa un modo inmediato de experimentar la sucesión de los acontecimientos, propia de los contemporáneos, en su singularidad e irrepetibilidad. El medio plazo se liga a la experiencia *generacional* que permite descubrir patrones y recurrencias entre fenómenos diversos determinadas por condiciones estructurales más o menos estables en el tiempo. Sólo aquí, cuando referimos los acontecimientos a secuencias evolutivas de más largo alcance, podemos hablar de un proceso de aprendizaje o ganancia de ex-

34. Véase pág. 49 de este volumen.
35. Véase pág. 49 de este volumen.
36. Véase pág. 51 de este volumen.

periencia. El largo plazo, finalmente, remite a las formas *intergeneracionales* de adquisición de conocimiento, pero también de pérdida del mismo, que permite observar cómo las propias condiciones estructurales, a su vez, se modifican. Estos procesos históricos de largo alcance escapan ya al ámbito de la experiencia inmediata y sólo pueden descubrirse mediante un esfuerzo de abstracción intelectual.

Koselleck define estos tres métodos como la «historia que se registra», que coincide, como dijimos, con la experiencia inmediata de los propios actores y constituye la forma básica y originaria de la conciencia histórica. La «historia que se desarrolla», que permite conjugar experiencias dispares a un nivel superior de agregación y descubrir reglas de sucesión diacrónica. Y, finalmente, la «historia que se reescribe», que hace posible descubrir no sólo la yuxtaposición, sino la imbricación de factores heterogéneos que dan lugar a mutaciones epocales en las formas de la experiencia. Este último método de escritura histórica, cuyo modelo se encuentra en la obra de Tucídides, no sólo agrupa, sino que rearticula la experiencia originaria revelando así la distancia inevitable que separa los discursos de las acciones, el «hiato» fundamental que existe «entre todos los acontecimientos que constituyen una historia y lo que acerca de ello se dice cuando se articula esta historia».[37]

En síntesis, Koselleck diseña aquí el esquema fundamental de su concepto de una *Theorie der Geschichte* o *Historik* tratando de integrar ambos niveles que, según afirma, la constituyen, esto es, intenta reconstruir los modos de enlace de los acontecimientos a partir de las formas de su representación e, inversamente, explicar las formas de la representación histórica a partir de los vínculos efectivos entre los acontecimientos cuyo soporte último se encontraría en determinaciones antropológicas objetivas.[38] La *Historik* se convierte así en una metahistoria. Mediante esta integración, Koselleck cristaliza su proyecto de crítica de las proyecciones utó-

37. Véase pág. 73 de este volumen.
38. «Se intentará más bien —mediante diferenciaciones antropológicas en el concepto de experiencia y en el concepto de método— posibilitar la articulación entre ambos, establecer correlaciones que se apoyan en la premisa de que

picas. La posibilidad de generalización en la historia no presupone ni revela ya para él ningún contenido normativo, sino que representa sólo los moldes dentro de los cuales valores, normas y actitudes pueden eventualmente articularse. En definitiva, con este «giro antropológico», que lo devuelve a cierta ortodoxia kantiana, sólo llevaría a su conclusión la empresa diltheyana de una crítica de la razón histórica, es decir, el proyecto de definir las condiciones trascendentales de posibilidad del discurso histórico como tal, lo que supone cierta estabilidad formal transhistórica, salvando, al mismo tiempo, la noción de contingencia, la posibilidad de lo imprevisible, sin lo cual, para él, no habría propiamente historia.

El intento de conciliar ambas exigencias, en principio, contradictorias (inteligibilidad y contingencia en la historia) organiza el conjunto de escritos que aquí se presentan. En ellos Koselleck aplica su modelo interpretativo no sólo al análisis de la tradición historiográfica, sino también a un conjunto variado de fenómenos, que incluye las alteraciones históricas en las concepciones del espacio geográfico o en la estatuaria monumental a los caídos en guerra, buscando siempre trazar las condiciones metahistóricas más generales que se descubren al relacionar las transformaciones producidas en las formas de la experiencia histórica con los cambios observados en nuestros modos de representación de las realidades sociales. En lo que sigue el lector encontrará, pues, las derivas últimas de un proyecto historiográfico, de largo aliento, que, aunque como el mismo Koselleck reconoce, formula más preguntas que las que él mismo puede alcanzar a responder, logra al menos arrancar las cuestiones histórico-epistemológicas del plano puramente filosófico y combinar la reflexión histórica con la investigación empírica, buscando así alumbrar ambas recíprocamente.

ELÍAS JOSÉ PALTI
Universidad Nacional de Quilmes, CONICET, Argentina

historia e historiografía, la realidad y su procesamiento consciente están siempre coimplicados, se justifican recíprocamente, sin ser absolutamente derivable uno de otro» (véase pág. 48 de este volumen).

SOBRE LA ANTROPOLOGÍA DE LAS EXPERIENCIAS DEL TIEMPO HISTÓRICO

ESTRATOS DEL TIEMPO

Mi tema lleva por título «estratos del tiempo». He de advertir que, como historiador, no soy capaz de realizar afirmaciones fundamentadas física o biológicamente. Me muevo más bien en el ámbito de las metáforas: los «estratos del tiempo» remiten a formaciones geológicas que alcanzan distintas dimensiones y profundidades, y que se han modificado y diferenciado en el curso de la llamada historia geológica con distintas velocidades. Utilizamos, por tanto, una metáfora que únicamente tiene sentido a partir del siglo XVIII, una vez que la vieja *historia naturalis* fue temporalizada y, de este modo, historificada. Remitir a la historia humana, política y social, y a la estructura histórica permite separar analíticamente diferentes niveles temporales en los que se mueven las personas, se desarrollan los acontecimientos o se averiguan sus presupuestos de larga duración.

Los modos más habituales en que los historiadores tratan el tiempo se agrupan en torno a dos polos. En uno de ellos el tiempo es representado linealmente, algo así como un hilo temporal, ya sea teleológicamente o con un futuro abierto. En el otro, el tiempo es pensado como algo recurrente y circular. Este modelo, que tematiza el retorno de lo mismo, suele apelar a los griegos, frente a los cuales judíos y cristianos habrían desarrollado el modelo lineal. Momigliano ya puso de manifiesto que esta oposición está lastrada ideológicamente.[1] De ambos modelos se puede decir que son insuficientes pues toda secuencia histórica contiene tanto elementos lineales como elementos recurrentes. Pero lo más destacable es que

1. Arnaldo Momigliano, *Time in Ancient Historiography*, en *History and Theory*, 6, 1966, págs. 1-23. Más extensamente en A. M., *On Pagans, Jews and Christians*, Weslayen University Press, 1987.

la misma circularidad también puede pensarse teleológicamente, puesto que el final del movimiento es el fin previsto en el principio, por lo que el círculo resulta ser una línea que vuelve sobre sí misma.

El intento que voy a llevar a cabo de descifrar los resultados históricos mediante la oferta teórica de los estratos del tiempo se debe al interés por superar la oposición de lo lineal y lo circular. Y es que los tiempos históricos constan de varios estratos que remiten unos a otros y sin que se puedan separar del conjunto. Antes que nada, una referencia: ya Herder afirmó decididamente, contra la determinación apriorística del tiempo por parte de Kant, que todo ser vivo tiene su propio tiempo y lleva en sí mismo la medida del tiempo. Y una observación etimológica que es orientadora para la historia: en griego «historia» significa inicialmente lo que en alemán denominamos «experiencia». «Hacer una experiencia» quiere decir ir de aquí hacia allá para experimentar algo; se trata al mismo tiempo de un viaje de descubrimiento.* Pero únicamente a partir del informe sobre ese viaje y de la reflexión del informe surge la historia como ciencia. Cuando hablemos en adelante de estratos del tiempo, deberá pensarse también en los hallazgos de la experiencia, descifrados analíticamente en tres estratos.

I

El primer dato de experiencia cuando se pregunta por el tiempo en los procesos históricos es, por supuesto, la unicidad. Los acontecimientos son vividos en un primer momento como sorprendentes e irreversibles, de lo que cualquiera tiene experiencia en su propia biografía. Pero lo mismo vale para conjuntos de acciones cuyo desarrollo a lo largo de historias políticas o militares, o en sus implicaciones sociales y económicas, es experimentado sin más como sucesión de constelaciones únicas. Igualmente ocurre en cualquier ámbito que sea tematizado históricamente. La historia de la religión conoce el caso ejemplar de la transformación de Saulo en Pablo; la historia política conoce el cambio de

* Koselleck juega aquí con la similitud en alemán de las palabras experimentar (*erfahren*) y viajar (*fahren*). (*N. del t.*)

1789 o, más recientemente, el de 1989. Siempre se trata de cambios únicos que liberan los precedentes estancados. Lo mismo vale *eo ipso* para aquellas victorias o derrotas militares que han modificado esencialmente su constelación de partida. Lo mismo vale para las crisis económicas y para los descubrimientos de la técnica o la historia industrial, cuyas innovaciones únicas han producido consecuencias irreversibles. Por eso las sucesiones únicas vinculadas con acontecimientos pueden ser enumeradas linealmente y sobre dicha línea cabe registrar todas las innovaciones. El progreso es pensable y posible porque el tiempo, en la medida en que discurre como sucesión de acontecimientos únicos, también libera innovaciones que pueden interpretarse progresivamente.

II

Pero esta unicidad es sólo la mitad de la verdad, ya que toda la historia descansa al mismo tiempo sobre estructuras de repetición que no se agotan en la unicidad. Tomemos el ejemplo banal de un cartero que viene una mañana y nos trae la noticia de la muerte de un pariente cercano. Puede que uno esté afectado o que tal vez se alegre de ello. En cualquier caso es un suceso único el que se nos comunica por medio de dicha carta. Pero el hecho de que el cartero llegue por la mañana a una hora fija es un acontecimiento recurrente, posibilitado cada año por el presupuesto de la administración postal ordinaria. El cartero vuelve a aparecer regularmente cada mañana para llevar noticias únicas. Lo mismo vale para las redes de tráfico y los procedimientos de comunicación. También el hecho de que estemos congregados aquí (en el lugar del congreso), lleguemos al mismo tiempo o en el momento oportuno, se debe a los horarios de los ferrocarriles que garantizan procesos recurrentes sobre los raíles. Sin retorno de lo mismo —al menos de lo análogo en la planificación— y sin organización es imposible realizar acontecimientos únicos (como nuestra reunión). Aparentemente se trata de procesos evidentes, ordinarios, pero hay todavía más pruebas radicales en favor de la recurrencia como presupuesto de la unicidad.

Tomemos el caso de la relación entre el hablar y el lenguaje. Quien quiere expresar algo, para hacerse entender, lo primero

que hace es servirse del lenguaje sabido, cuyo conocimiento presupone en el oyente; sólo así es posible la comunicación. E incluso quien trata de decir algo nuevo debe hacer comprensible todo lo que quiere decir en el lenguaje dado. Para que un acto único de habla sea comprensible, todo el patrimonio lingüístico ha de permanecer a disposición como algo dado. Los actos únicos de habla se apoyan por tanto en la recurrencia del lenguaje, que es actualizado una y otra vez en el momento de hablar y que se modifica a sí mismo lentamente, también cuando irrumpe en el lenguaje algo completamente nuevo.

Lo mismo vale, por mencionar otro ejemplo, para la relación de las leyes con la justicia. Las leyes deben ser formuladas de modo tan general que puedan aplicarse repetidamente. Es posible que todos los casos particulares se distingan entre sí en su unicidad, mas para la aplicación de las leyes a los casos particulares ha de exigirse un mínimo de recurrencia de modo que se garantice la justicia. Esto significa que todas las teorías de la justicia descansan en la relativa duración de los textos legales y en su reaplicabilidad. Lo mismo vale en la teología y en la iglesia para los ritos y las normas, que solamente ofrecen garantías de verdad gracias a su repetición.

Hasta aquí los ejemplos. Fenómenos de recurrencia, que aseguran las condiciones de la posible unicidad, se encuentran en todos los ámbitos de la vida. Pero enseguida se hace notar una dificultad: cuando alguien pregunta si, y cómo, se modifican a su vez dichas estructuras de repetición. A la luz de esta cuestión también las esrructuras de la repetición adquieren el carácter de la unicidad: en la medida en que se muestran como modificables. Aquí aparece aquel fenómeno que hace de la historia algo tan interesante: no solamente los acontecimientos repentinos y únicos llevan a cabo modificaciones; también las estructuras de larga duración —que parecen estáticas pero que también cambian— posibilitan las modificaciones. La ganancia de una teoría de los estratos del tiempo consiste por tanto en poder medir distintas velocidades, aceleraciones o demoras, y hacer así visibles distintos modos de cambio que ponen de manifiesto una gran complejidad temporal.

Un caso que ha sido con frecuencia tematizado es el cambio de 1989. La República Democrática Alemana se incorporó con relativa rapidez a la vieja República Federal mediante procedimientos que fueron polémicos pero que, desde el punto de vista político, hicieron de la antigua RDA una parte política indisociable de la nueva República Federal. La historia constitucional —entendida como una historia de los acontecimientos cumplidos— no deja lugar a dudas. Pero esto no vale ciertamente si se pregunta por las condiciones económicas y la mentalidad de los antiguos ciudadanos de la República Democrática. El acto político, que en un año y con una asombrosa pericia diplomática resultó ser irreversible, fue incapaz de modificar inmediatamente las condiciones económicas y menos aún las actitudes mentales de los que viven en aquel territorio. Las dificultades de adaptación socioeconómica no pueden resolverse directamente mediante la política. Únicamente pueden remediarse por cambios de comportamiento o aclimataciones o por un acompasamiento de las poblaciones oriental y occidental, lo que evidentemente requiere un plazo de tiempo mayor que media generación. Cualquier investigación empírica exige aquí, al menos implícitamente, una teoría del tiempo que trabaje con varios estratos.

Hasta ahora hemos hablado de procesos únicos y de las estrncturas de repetición, sin las que no son posibles los procesos únicos. Los diferentes estratos del tiempo fueron referidos a la experiencia acumulada de individuos o de generaciones contemporáneas. Examinemos más detenidamente esta relación. La unicidad de una serie de acontecimientos se encuentra empíricamente allí donde se vivencia una sorpresa. Experimentar una sorpresa significa que algo sucede de distinta manera de como se había pensado. «Las cosas snceden de otra manera y, además, distinta de lo que se pensaba» (Wilhelm Busch). De repente se está ante un *novum*, es decir, ante un *minimum* temporal que se genera entre el antes y el después. El contiuuo que une la experiencia anterior y la expectativa de lo que vendrá se rompe y debe constituirse nuevamente. Es este mínimo temporal del antes y el después irreversibles el que introduce las sorpresas en nosotros. Por eso intentamos una y otra vez interpretarlas. El gremio de los historiadores no pregunta sólo por lo que ocurrió en su unicidad, sino también cómo pudo suceder. En esta medida busca los motivos, cuya fuerza probatoria reside en su repetibilidad. La unicidad sólo puede ser hecha plausible por motivos cuando éstos se repiten.

El conocimiento de estos motivos lo acreditamos con expresiones como: «Esto lo podía haber sabido antes», «Algo así resulta de algo así». En esto consiste la reacción *ex post*, que recurre a motivos a los que siempre podía invocarse. Desde una perspectiva rigurosamente historiográfica, hay también causas únicas que pueden ser explicativas en el plano temporal de la mera sucesión. Pero en todo caso, a la experiencia única de una sorpresa se añade un saber creciente acerca de las posibilidades de tales sorpresas únicas. A quien se hace mayor ya no se le puede sorprender tanto como a quien es joven. El progresivo envejecimiento se puede caracterizar como una disminución de la capacidad de sorprenderse. Cuanto más internalizado está el acopio de sorpresas posibles menor es la capacidad de sorpresa que caracteriza a quien es todavía joven. Se trata ciertamente de un aspecto biológico de la experiencia humana de la historia, que no desaparece completamente en la historia política o económica.

La arrogancia de la edad puede conducir a la ceguera, precisamente porque la resistencia frente a las sorpresas bloquea la experiencia posible. Mediante la repetición de experiencias acreditadas se desperdician las oportunidades de percibir algo nuevo. En esta medida los tiempos históricos se apoyan en finitudes biológicas. La experiencia acumulada y la capacidad de procesar las experiencias únicas constituyen un patrimonio finito, distendido entre el nacimiento y la muerte de un hombre, y que no puede extenderse ilimitadamente ni sobrecargarse en exceso. Un hombre solo no puede procesarlo todo. En esto consiste la determinación individual de cada generación, que se puede extender fácilmente a los que viven en el mismo tiempo, cuyas disposiciones sociales y experiencias políticas se parecen entre sí. De este modo se establecen las unidades generacionales, también aunque las unidades generacionales se modifiquen continuamente por las tasas de defunción y nacimientos. Todo lo que puede decirse acerca de la experiencia de la repetición y el procesamiento de la unicidad se refiere siempre a las generaciones que conviven, cuyo enriquecimiento recíproco es siempre comunicativamente posible.

III

La fundamentación biológica que acabo de apuntar y su consiguiente limitación de las experiencias históricas posibles nos remite a otro estrato del tiempo. Hay tiempos históricos que sobrepasan la experiencia de individuos y generaciones. En este caso se trata de depósitos de experiencia que estaban disponibles *antes* de las generaciones contemporáneas y que seguirán actuando muy probablemente *tras* las generaciones contemporáneas. La continua reproducción biológica es sólo un caso especialmente simple y clarificador que actúa más allá de todas las unidades generacionales. Se trata de aquel círculo recurrente entre la generación, el nacimiento y la muerte, en el que están incluidas todas las historias de amor y odio, todos los conflictos generacionales. Este círculo biológico se repite en determinados ritmos mientras existe el género humano, sin que haya cambiado nada esencial en esta perspectiva biológica desde aproximadamente dos millones de años.

Pero en la medida en que pasamos del plano biológico al cultural, vemos que disminuyen los procesos recursivos. Existen, no obstante, numerosas posibilidades de repetición que van más allá de una generación y alcanzan a la sucesión empírica de las generaciones, en la medida en que pueden entenderse oralmente entre sí. Estos fenómenos que rebasan lo cotidiano pueden denominarse «trascendentes». A ellos pertenecen las verdades religiosas o metafísicas que se apoyan en expresiones básicas, que son modificadas una y otra vez a lo largo de los siglos, y a las que el hombre puede apelar (aunque no todos las compartan). Conocemos la sucesión de comportamientos mágicos, diferentes actitudes religiosas o científicas que van más allá de las generaciones actualmente contemporáneas. Estas concepciones humanas del mundo se repiten en ritmos más lentos que el cambio que es directamente experimentable en el transcurso de unas generaciones. En esta medida, los presupuestos fundamentales de las explicaciones posibles —de larga duración, que se repiten y sólo cambian de manera latente— se podrían caracterizar como trascendentes respecto de todos los datos empíricos. Trascendentes no en el sentido del más allá, sino en el sentido de que rebasan los límites de las

generaciones presentes. Todas las unidades de la experiencia contienen un mínimo de necesidad de trascendencia: sin ella no habría ninguna explicación última —todo lo provisional que pueda ser esto último— y sin ella no podría convertirse ninguna experiencia en ciencia.

Lo que el lenguaje cotidiano suele definir como de largo, medio o corto plazo exige una compleja teoría de los tiempos históricos. La oferta de los diferentes estratos del tiempo permite tematizar distintas velocidades de cambio sin caer en la alternativa ficticia entre cursos temporales lineales o ficticios.[2]

2. Tras esta conferencia tuve conocimiento del libro de Friedrich Cramer, *Der Zeitbaum. Grundlegung einer allgemeinen Zeittheorie,* Francfort del Meno/Leipzig, 1993. Sus tesis coinciden en cuanto a su alcance con las ideas histórico-antropológicas aquí expuestas, pero tanto desde el punto de vista de la ciencia uatural como de la historia de la ciencia tienen una mayor amplitud y justificación empírica.

CAMBIO DE EXPERIENCIA Y CAMBIO DE MÉTODO. UN APUNTE HISTÓRICO-ANTROPOLÓGICO

Lo que es buscado, encontrado y expuesto como verdad histórica nunca depende sólo de las experiencias que hace un historiador y mucho menos de los métodos que emplea. Por supuesto que para crear una obra histórica se necesita tanto experiencia como método. Determinar su relación es, no obstante, algo difícil, pues, en primer lugar, se ha modificado en el curso de la historia y, en segundo lugar, no hay hasta ahora ni una historia antropológicamente fundamentada ni una historia omniabarcante de los métodos históricos.[1] El presente ensayo ha de ser entendido por tanto como una propuesta que plantea más preguntas que respuestas puede proporcionar.

1. Preliminar semántico

En uno de sus más bellos artículos nos ilustra Jacob Grimm acerca de la significación y el cambio de significación de «experimentar» y «experiencia». Subraya en primer lugar el contenido activo, abiertamente procesual, que inicialmente tenían estas palabras. Experiencia significaba principalmente reconocimiento, investigación, examen. De este modo el antiguo sentido de la pa-

1. Eduard Fueter, *Geschichte der neueren Historiographie,* Munich/Berlín, 1936, reimpresión en Nueva York, 1969, trata la evolución metodológica como parte de la historiografía sin separar exactamente la retórica y la metodología; Jerzy Topolski, *Methodology of History,* Dordrecht/Bostou, 1976 (trad. ingl. del original polaco, Varsovia, 1973) (trad. cast.: *Metodología de la historia*, Madrid, Cátedra, 1985), es un libro con empeño sistemático y perspectivas históricas que incluye premisas teóricas como elementos implícitos de una teoría del método.

labra se situaba en las cercanías del griego *historein* que —además de la narración secundaria— incluía «reconocer» e «investigar». Por lo que se refiere al objeto aludido y a su investigación, «experiencia» convergía con «historia» e incluso con el método histórico, en la medida en que se pensaba al mismo tiempo en el desarrollo de la investigación y el examen. De este modo, «el experimentado es un pensamiento que se dirige hacia donde debe investigar».[2] Tener experiencia significa «investigar». Pero Jacob Grimm registra también para la modernidad un desplazamiento —por no decir una especificación— del concepto de experiencia. Una significación más pasiva, receptiva, se abre paso: «De la significación originaria del experimentar se diferencia hoy casi siempre el mero percibir las cosas, sin que haya precedido un movimiento y una investigación».[3] Por eso también la experiencia, entendida como el resultado de la experimentación activa, podía ser desplazada por la noción neutralizada de experiencia.

Así pues, en el curso de la primera modernidad la experiencia fue desprovista de su dimensión activa encaminada a la investigación y desprovista del itinerario «metódico» de la indagación. Aunque Grimm únicamente cita fuentes literarias o teológicas, en el lenguaje coloquial se pone de manifiesto un estrechamiento que limita la «experiencia» a la percepción sensible, a la presencia. Lo «experimentado» es «lo real» y está en oposición a «lo meramente pensado».[4] Desde el punto de vista de la historia del lenguaje, se separan dos actividades que antes eran mencionadas con un solo término: la experiencia como experiencia de la realidad vivida y la actividad intelectual en el sentido de la investigación «histórica» premoderna. «Lo bueno y lo malo como nos ha correspondido» —también a esto hace referencia desde el siglo XVIII el concepto de experiencia, que ya no incluye el proceso de reconocimiento e investigación, los métodos como guías del conocimiento—. Grimm lamenta esta especificación, que en el ámbito de habla germánica prefigura el permanente desafío del historicismo: cómo se relacionan la «vida» y la historia como ciencia. Con las moderadas palabras del viejo Jacob Grimm: «Tiene que ser difícil no obstante distinguir en todo investigación y ciencia, percepción activa y pasiva».[5]

2. Jacob y Wilhelm Grimm, *Deutsches Wörterbuch,* Leipzig, 1862, reimpresión en Mnnich, 1984, tomo 3, pág. 789.

3. Ibíd., pág. 790.

4. Ibíd., pág. 790.

Y Grimm tenía razón. Buscaba salvar la unidad omniabarcante del viejo concepto de experiencia, puesto que la experiencia receptiva de la realidad y la investigación de esa realidad vivida se condicionan mutuamente, son inseparables. Se rebelaba contra la separación analítica de la percepción sensible, del ver y del oír, frente a la actividad consciente del reconocer y del investigar, que ya Heródoto había elevado al concepto de «historia» y para lo que el alemán ofrecía el de «experiencia», activa y pasiva al mismo tiempo.

Más asombroso es que Jacob Grimm despachara las definiciones de Kant como expresiones técnicas que equivalían a «empiria». Y es que Kant había articulado los conceptos ya diferenciados de percepción, experiencia y juicio de tal modo que la experiencia y el juicio no eran posibles sin la percepción sensible. Como el propio Grimm cita: «Si se adelanta un juicio antes de que la experiencia pueda surgir de la percepción, la intuición dada debe ser subsumida bajo un concepto».[6]

Pese a que sus definiciones tenían como punto de partida el conocimiento de la naturaleza, Kant devolvió al concepto de experiencia, desde el punto de vista puramente semántico, su vieja plenitud, a saber, la de ser tanto receptiva como activa, englobar conocimiento e investigación. Todo conocimiento comenzaría con la experiencia, decía Kant, pero la experiencia está referida por su parte a la formación del juicio, a los conceptos, para poder hacerse.[7]

5. Ibíd., pág. 794.

6. Ibíd., pág. 793.

7. «Desde el pnnto de vista empírico-práctico», llega inclnso Kant a definir las experiencias como juicios «qne tienen que ser continnamente acreditados por el ensayo y la confirmación» (Kant, *Werke,* en Wilhelm Weischedel (comp.), tomo 6, Darmstadt, 1964, pág. 424; *Antropología,* Madrid, Alianza, 1991, parte I, § 6). Para la semántica del concepto de experiencia en Kant sigue siendo útil Rudolf Eisler, *Kant-Lexikon,* Berlín, 1930, reimpresión en Hildesheim, 1964, págs. 123-131. Sobre la relación entre historia y experiencia en la primera modernidad véase Arno Seifert, *Cognitio Historica. Die Geschichte als Namengeberin der frühneuzeitlichen Empirie,* Berlín, 1976.

El doble sentido —desde el punto de vista de la teoría de la ciencia— del concepto kantiano de experiencia, que remite tanto a la realidad como a su conocimiento, encuentra una sorprendente analogía en el nuevo concepto de «historia» que se configuró al mismo tiempo. Desde aproximadamente 1780 el concepto de historia (*Geschichte*), que hasta entonces sólo aludía al acontecer, absorbe al correspondiente concepto de historia (*Historie*). Desde entonces, en el lenguaje ordinario hay un único concepto común tanto para la realidad experimentada como para su conocimiento científico: la *Geschichte*. Puesto en relación con la interpretación de Grimm acerca del viejo concepto de experiencia, podría decirse que el concepto moderno de experiencia ha asumido aquella unidad de la «experiencia», al significar tanto el conocimiento de la realidad a través de los sentidos como su investigación. En este sentido, el concepto moderno de «historia» ha incluido en sí la vieja «experiencia» —y con ello también la *historie* griega en tanto que reconocimiento e investigación.

Un resultado de estas indicaciones que nos proporciona la historia del lenguaje sería comprobar una asombrosa continuidad a través de todos los cambios y sustituciones conceptuales. La historia sigue siendo una «ciencia de la experiencia», ya se entienda con Heródoto como ciencia e investigación o traduzca la realidad dada en expresiones históricas mediante sutiles métodos. En ambos casos se trata de una historia que articula experiencia y conocimiento. No se puede tener ni hacer una cosa sin la otra.

Lo que en la vida está unido hasta el punto de no poder distinguirse necesita una separación analítica, aunque sólo sea para aclarar el ensamblaje de la experiencia y la investigación. La separación de esos dos ámbitos observada por Grimm no acontece por casualidad en un momento en el que la historia comienza a entenderse como ciencia autónoma en Alemania. Al menos desde entonces la experiencia de la realidad tenía que estar metodológicamente separada de su elaboración científicamente controlada. Pero el hallazgo semántico nos remite a un tiempo anterior a aquel umbral en el que surgió nuestro moderno concepto de ciencia histórica. Precisamente su vaguedad analítica —referirse tanto a la realidad como a su conocimiento— permite —con las preocupaciones metodológicas exigibles— aplicarlo a todas las historias anteriores y a sus modos de conocimiento, es decir, a las *res gestae* y a la *historiae*, que han de entenderse separadamente.

Las siguientes consideraciones parten de la hipótesis de que en todo cambio de experiencia y cambio de método hay unas comunidades antropológicas mínimas que posibilitan referir uno a otro sin suprimir la unidad de lo que llamamos historia.

2. Preliminar metodológico

Si aceptamos la separación semántica entre los *pragmata*, las *res gestae*, los acontecimientos, por una parte, y las historiografías o la ciencia histórica, por otra, entonces el influjo que lo uno ejerce sobre lo otro puede formularse comenzando por cualquiera de los dos. Se ofrecen dos posibilidades de analizar autónomamente, en una perspectiva temporal, el cambio de las experiencias o el de los métodos y entronizarlo así como factor primario de los cambios. Por lo general, el historiador está inclinado a conceder la primacía al cambio de experiencia y a definirse a sí mismo como un mero narrador o analítico que registra. Pero no cabe ninguna duda de que una experiencia de la historia metodológicamente encauzada se convierte en un factor independiente que actúa con grandes consecuencias. Sin la interpretación teológica del mundo de la Iglesia cristiana desde la perspectiva de la historia de la salvación no hubiera sido posible ni la disputa de las investiduras, con todas sus consecuencias políticas, ni las cruzadas, como tampoco el descubrimiento de los territorios de ultramar por parte de las expediciones cristianas o, por supuesto, la historia de las guerras civiles religiosas en los orígenes de la modernidad. La influencia directa de Maquiavelo en la historia puede haber sido infravalorada —aunque indirectamente esté presente en todas partes—, pero apenas se puede discutir que la concepción metodológica de la historia de Marx ha tenido unas consecuencias que sin Marx no son imaginables del mismo modo.

De acuerdo con esto cabría formular una historia inmanente de los métodos que se alimente principalmente de sus innovaciones y que, a pesar de todos los presupuestos que desembocan en cada novedad, no son completamente derivables de ellos. Una his-

toria semejante vive de sus grandes descubridores: de Heródoto como padre de la historiografía, de Tucídides como descubridor del mundo político, de san Agustín como fundador de una historia de la salvación gobernada por Dios, quizá de Niebuhr como el maestro de los métodos filológicos que permiten comprender un pasado que se ha vuelto extraño, de los escoceses hasta Max Weber pasando por Marx para explicar la historia a partir de sus condiciones sociales. Esta lista un tanto caprichosa podría completarse para caracterizar aquel progreso irreversible que sin duda existe y que es inmanente al método.

La segunda posibilidad consistiría en derivar el cambio de método del cambio de experiencia precedente. Es fácilmente verificable la hipótesis de que cambios comprobables en el ámbito social o político coinciden con innovaciones metodológicas. Experiencias concretas plantean preguntas nuevas y las preguntas nuevas provocan nuevos caminos de investigación. Una argumentación de este tipo puede pretender siempre plausibilidad. Pero igualmente ocurre que a partir de nuevos métodos se deducen nuevas experiencias, porque en última instancia se trata de una circularidad sociocientífica indiscutible.

Ambos principios científicos poseen una evidencia interna. En un caso se tematizaría el progreso del conocimiento que es metodológicamente asegurado y que se impulsa a sí mismo o que es impulsado por los grandes innovadores. En el otro caso se buscaría en primer lugar el cambio de la experiencia histórica, que también lo hay indudablemente y que ha conducido a la configuración de nuevos métodos. Ambos procedimientos trabajan con fundamentaciones últimas hipotéticas que como tales no son cuestionables, pero que son tan unilaterales y arbitrarias como por ejemplo la reducción alternativa de un cambio de método a factores internos *o* a factores externos.

El presente ensayo no aspira a conseguir fundamentaciones últimas. Se intentará más bien —mediante diferenciaciones antropológicas en el concepto de experiencia y en el concepto de método— posibilitar la articulación entre ambos, establecer correlaciones que se apoyan en la premisa de que historia e historiografía, la realidad y su procesamiento consciente están siempre coimplicados, se justifican recíprocamente, sin ser absolutamente derivable uno de otro.

Las siguientes consideraciones se sirven por tanto de hipótesis histórico-antropológicas[8] que tratan de iluminar la articulación entre los modos de experiencia histórica y la adquisición de conocimiento historiográfico. Cuando irrumpen nuevas historiografías o se originan determinados métodos, este aspecto genético permanece como algo secundario. La intención apunta más bien en una dirección sistemática. Lo que hay que detectar son las condiciones antropológicas de posibilidad de las experiencias y su adquisición metodológica. Pero dado que los presupuestos antropológicos se modifican históricamente en una cierta medida, toda cuestión sistemática está obligada de suyo a la diacronía.

Por eso sería necesario referir el llamado cambio de realidad y su correspondiente cambio de conocimiento a la teoría de la historia que tácita o declaradamente articula siempre a ambas. Pero las teorías de este tipo se modifican igualmente en el curso del tiempo, ya estén contenidas en una crítica racional del mito, en principios filosóficos o en explícitas teorías de la historia. No voy a tematizar ahora este cambio de teoría que incluye igualmente los saltos de experiencia y las innovaciones metódicas. El ensayo apunta más bien a las comunidades formales que pueden estar en la base tanto de todas las experiencias y de su enriquecimiento como de todos los métodos y sus diferenciaciones. La separación del cambio de experiencia y el cambio de método sirve pues a la claridad argumentativa, para arrojar luz sobre sus presupuestos histórico-antropológicos. Estos presupuestos garantizan —tal vez— la unidad de toda la historia que impulsa cada historia concreta.

3. Tres tipos de adquisición de experiencia

Que las historias surgen en primer lugar de las propias experiencias de los participantes y afectados es el presupuesto de su

8. Como los trabajos de Thomas Luckmann, principalmente *Lebensweltliche Zeitkategorien. Zeitstrukturen des Alltags und der Ort des «historischen Bewußtseins»*, Heidelberg, Grundriß der Romanischen Literaturen des Mittelalters, 1986, tomo II, I, págs. 117-126.

narratividad, así como el presupuesto para la narratividad de experiencias ajenas, cuyo análisis domina la moderna historiografía. Toda historia trata, directa o indirectamente, de experiencias, propias o de otros. Por eso cabe suponer que los modos de contar las historias o elaborarlas metodológicamente pueden referirse a los modos de hacer, recoger o modificar experiencias. Cada adquisición y modificación de la experiencia se despliega en el tiempo, de modo que de ahí surge una historia. Si atendemos al valor de umbral de estas adquisiciones y modificaciones, se plantean tres modos de experiencia.

Un primer tipo de experiencia es tan singular como irrepetible. Se trata de la experiencia que se instala por sorpresa: «Las cosas suceden de otra manera y, además, distinta de lo que se pensaba». A esta forma de experiencia se la podría denominar experiencia originaria, pues sin ella no tendría lugar ninguna biografía ni historia. Hace una experiencia quien está en condiciones de dejarse sorprender. Cuando tienen lugar y se imponen, este tipo de experiencias son únicas. Por eso toda experiencia contiene *in nuce* su propia historia. Esa historia está contenida en la adquisición de conocimiento ocasionada por una sorpresa en aquella diferencia temporal mínima entre el antes y el después o entre el demasiado pronto y el demasiado tarde que constituyen retrospectivamente la historia de una experiencia. Se trata de un modo de experimentar que es vivido o sufrido de nuevo por cada hombre, consciente o inconscientemente. No quiero decir que este tipo de experiencia deba ser asignado a la persona singular, pues normalmente son varias o muchas personas las que se sorprenden, pero en cualquier caso este modo de experimentar impresiona a la persona singular. Por eso tiene sentido que los enfoques metodológicos de los historiadores remitan a las experiencias completamente personales que han tenido y sin las que no cabe entender sus innovaciones.

Pero las experiencias no surgen sólo en la medida en que han sido hechas, sino igualmente en la medida en que se repiten. Ésta sería la segunda posibilidad de adquirir experiencia. Las experiencias también se recogen y son el resultado de un proceso de acumulación en la medida en qne se confirman o se asientan corrigiéndose eutre sí. Como sentencia el dicho: «Lo que no experimentamos de jóvenes lo experimentamos de mayores».[9] Un hombre experimentado ya no se deja sorprender tan fácilmente, pues sabía antes —por experiencia— lo que le esperaba o, al menos, lo que podía esperar. El espacio temporal mínimo de la primera adquisición de experiencia se extiende a los períodos que configuran la vida, la modifican o estabilizan en el itinerario que va desde el nacimiento hasta la muerte, pues ninguna experiencia puede traducirse inmediatamente. Cuando pensamos en el círculo de personas que son afectadas por tales estabilizaciones de las experiencias a medio plazo, siempre son los hombres individuales los afectados por dichas experiencias. Pero cabe suponer que los espacios de tiempo de las experiencias son en gran medida específicos de una generación.

Estos espacios de tiempo específicos de una generación se siguen del hecho biológico de que toda vida individual está marcada por la diferencia temporal entre los padres y los hijos. Existe una tensión entre educación y emancipación, entre experiencia ofrecida y experiencia propia, que caracteriza a toda historia individual. Las distintas experiencias biológicamente escalonadas —condicionadas temporalmente, según los años de nacimiento— adquieren su carácter común en el marco de sus unidades sociales. Duran y cambian con las unidades generacionales que nacen y mueren. Las experiencias almacenadas se quiebran o se acrecientan además por los acontecimientos políticos padecidos o realizados. Los movimientos de la experiencia política son percibidos y procesados de distinta manera según la edad o la posición social. Pero también es cierto que los acontecimientos políticos evocan en todos algo común mínimo por encima de las diferencias de edad, de modo que se puede hablar de unidades generacionales políticas por encima de la generación biológica y social. Esa impronta común se mantiene hasta que muere la generación temporalmente escalonada. A diferencia de las sorpresas úuicas que, por supuesto, también pueden afectar a muchos al mismo tiempo, la confirmación y el fortalecimiento de las experiencias remiten a ex-

9. *Die Deutschen Sprichwörter,* rennidos por Karl Simrock, Francfort del Meno, 1846, reimpresión en Dortmund, 1978, con un epílogo de Hermann Bansinger, pág. 97, nº 2.105.

periencias semejantes de los contemporáneos (de no ser así no podrían apenas acumularse).

Por eso, además del hecho de ser personalmente afectado, existen también umbrales y plazos de experiencia que, una vez institucionalizados o superados, establecen una historia común. Son extensivos a todos los hombres que conviven ya sea en familias, grupos profesionales, habitantes de una ciudad, soldados de un ejército, ciudadanos de un Estado o miembros de una clase social, creyentes o no dentro y fuera de la Iglesia, miembros de comunidades políticas de todo tipo, ya sean partidos, sectas, sindicatos, fracciones, camarillas, estados mayores, círculos, gremios o comunidades. Toda comunidad constituida por la trayectoria vital, el azar o la organización ayuda a estabilizar las experiencias realizadas. Por eso, desde el punto de vista temporal, cabe hablar de unidades generacionales políticas y sociales cuyo rasgo común consiste en hacer, almacenar y regular experiencias únicas o repetidas, o padecer los mismos acontecimientos.

Desde la vida política se pueden mencionar algunos ejemplos. Piénsese en las transformaciones constitucionales que fueron provocadas o culminadas por guerras y guerras civiles, en la guerra del Peloponeso, en el tránsito de la República romana a la monarquía de Augusto, en el paso del Imperio Romano a los territorios posteriores, en la Reforma o en las revoluciones modernas, que podrían llamarse clásicas, de los holandeses, los británicos, los americanos, los franceses o los rusos y los numerosos pueblos de su imperio continental.

El ensamblaje de las diversas experiencias generacionales incluye al mismo tiempo a vencedores y vencidos, aunque sean percibidas y procesadas de distinto modo, y en la medida en que puedan ser procesadas. Incluso las generaciones biológicamente distintas pueden ser marcadas por experiencias relativamente comunes que nunca serán recuperadas por las posteriores salvo mediante analogía. Por eso, desde el comienzo de la historiografía y hasta hoy es obligado el recurso a las fuentes primarias para hacerse cargo de lo específico no sólo de las experiencias únicas, sino también de las generacionalmente acumuladas. Desde Heródoto se sigue esta regla, o al menos está implícita en el trabajo secundario de los historiadores. Volveremos sobre ello.

Las experiencias son únicas —en la medida en que son hechas y repetibles— en la medida en que son acumuladas. En consecuencia, toda historia tiene un doble aspecto, que es constituido por la experiencia y que puede ser derivado de ella. Tanto los acontecimientos singulares, sorprendentes, evocan experiencias que dan lugar a historias, como las experiencias acumuladas ayudan a estructurar a medio plazo las historias. Hay condiciones y procesos específicos de una generación en los que se solapan las historias personales, pero que también remiten a espacios de tiempo más amplios que configuran un espacio de experiencia común. Sea lo que sea «el espíritu de una época», es aquí donde se encuentra. Por eso subrayó Clarendon aquel aspecto de la historia que era «más útil» que la historia personal: «Más útil para la posteridad».[10]

Nuestra doble perspectiva temporal sobre las posibles experiencias permite establecer una primera conclusión. El cambio de experiencia, que *in situ* es siempre único, se efectúa igualmente en distintos niveles temporales, a saber: en el juego cambiante de los acontecimientos que producen nuevas experiencias concretas y espontáneas o que, más lentamente, acumulan experiencias, las confirman o reaccionan a modificaciones en la red relativamente constante de las condiciones dentro de las cuales son posibles los acontecimientos. En la medida en que las experiencias y su cambio generan historias, estas historias están vinculadas a ambos hechos: que los hombres hacen experiencias únicas y que articulan sus experiencias generacionalmente. Por eso es legítimo estructurar las historias más allá de las crónicas que registran los regímenes o los acontecimientos políticos. Y por eso recurrirá la moderna historia social a realidades comunes concretas que abarcan temporalmente unidades de experiencia generacionales.

Pero el cambio de experiencia también puede llevarse a cabo, en tercer lugar, en el largo plazo, a paso lento o poco a poco, sin que nadie se sienta afectado e imprevisiblemente, de modo que desplaza las experiencias generacionalmente asentadas o adormecidas. El depósito de experiencias acostumbradas se modifica a corto o medio plazo.

10. Edward Clarendon, *Selections of the History of the Rebellion and Civil Wars*, ed. por G. Huehns, Oxford, 1955, pág. 7.

Ejemplos una y otra vez discutidos son la disolución del Imperio Romano por los pueblos germánicos invasores o la contemporánea sustitución o transformación de los cultos paganos por la cristianización. A pesar de todas las experiencias originarias de carácter personal o generacional, todo el sistema social se transformó, lo que sólo metafóricamente puede ser experimentado como derrota o —desde el punto de vista de la historia de la salvación— como expectativa de una futura redención. Otro ejemplo es el surgimiento del sistema económico mundial que, partiendo de Europa, ha llegado a abarcar todo el tejido social del globo, tanto desde el punto de vista de la política interior como de la política exterior. Estos procesos a largo plazo, que actúan en todo conflicto o contribuyen a provocarlo, permanecen presentes como una experiencia de trasfondo aunque sólo seamos conscientes de ellos gracias a la investigación histórica.

Siempre se trata —dicho de una manera genérica— de un cambio de sistema que va más allá de una persona y de una generación y del que sólo somos conscientes retrospectivamente gracias a la reflexión histórica, lo que —tal como ha subrayado siempre Karl Ferdinand Werner— desde Orosius ha sido denominado como un ataque victorioso sobre el futuro. La transmisión oral de los abuelos a los nietos no alcanza para percibir los cambios a largo plazo. La adquisición y el cambio de experiencia que hemos descrito anteriormente eran sincrónicos hasta tal punto que permanecían en las generaciones contemporáneas. Este tercer caso de cambio de sistema a largo plazo es estrictamente diacrónico, se inscribe en secuencias que rebasan a una sola generación y escapa a la experiencia inmediata.

Puede afirmarse que este tipo de experiencia ajena que se transforma en experiencia es la experiencia «histórica» en un sentido estricto o específico. El pasado inmediato se ofrece tanto para explicar la peculiaridad del presente como para extraer la diferencia específica de la historia anterior. Desde el punto de vista antropológico se trata en ambos casos de la incorporación de experiencias ajenas al dispositivo de experiencias propias. Un cambio de sistema semejante, recogido antaño en experiencias míticas, sólo puede ser captado mediante determinadas técnicas de investigación histórica. Nuestra tercera forma de cambio de experiencia, la de a largo plazo, no es en absoluto perceptible sin los métodos historiográficos. Con ello anticipamos el siguiente apartado. Un cambio de experiencia que va más allá de una generación y que tiene que ver con factores que se sustraen de la propia experiencia sólo puede ser procesado por métodos análogos a la experiencia. En esta medida casi se podría decir que se trata de una experiencia histórica que desafía a todas las experiencias primarias.

Ya se trate de historias paganas que aparecen en una perspectiva cristiana, de historias cristianas que son reinterpretadas con las medidas de la racionalidad ilustrada, de experiencias de lo extraño introducidas en la propia comprensión o de que toda la historia sea interpretada desde la experiencia del condicionamiento económico, la participación de la ciencia histórica sigue siendo constitutiva para traducir los cambios de experiencia de largo plazo en la propia experiencia.

Pero sería equivocado creer que los cambios de sistema a largo plazo sólo han sido tematizados metódicamente a partir de la modernidad, es decir, desde el descubrimiento de la Edad Media y desde el cambio acelerado de experiencia que tuvo lugar con la industrialización. Muchas cosas hablan a favor de la hipótesis de que el descubrimiento de un pasado completamente distinto es la experiencia peculiar de nuestra propia historia hermenéutica y social. La periodización de toda la historia en Antigüedad, Edad Media y Modernidad fue llevada a cabo por el Humanismo y continuada por los modernos criterios para clasificar la producción, de modo que la historia parte de las tribus cazadoras y recolectoras para pasar desde la agricultura y las culturas desarrolladas a la civilización técnico-industrial. También es cierto que esta periodización hipostatiza un espacio de experiencia suprageneracional que se estabiliza a largo plazo más allá de los siglos y los milenios y que sólo se habría modificado silenciosamente.

Pero si se atiende a los presupuestos antropológicos de tales perspectivas a largo plazo cabe afirmar que estas perspectivas han caracterizado a la historiografía desde sus comienzos y no sólo a partir de la modernidad. Incluso cuando Heródoto abordaba el gran tema de sus historias —las experiencias únicas y generacionales de la lucha entre los persas y los griegos— como si fueran to-

davía un asunto de su época, sus investigaciones se extendían dos o tres generaciones hacia un pasado que sólo podía elaborar críticamente por medio de una experiencia ajena y mediada. El mismo reto de hacer historia —tan racional como fuera posible— de los mitos y leyendas le obligaba a incluir experiencias precedentes, mediante la narración o la interpretación.

En su Introducción, Tucídides construyó expresamente un cambio estructural profundo de la historia helenística, que abarcaba varios siglos y que —por la acumulación de poder de los atenienses— habría posibilitado finalmente la gran guerra.

El método genuino de Tácito de representar los horrores de la época imperial se basa en la reflexión expresa acerca de su diferencia respecto de los siglos precedentes de la República romana.

Joaquín de Fiore desarrolló la doctrina de las tres épocas que se solapan, lo que implica necesariamente unidades de experiencia, así como cambios de experiencia a largo plazo. Éstos son ejemplos suficientes de la época premoderna.

Si se aceptan las tres modalidades de experiencia aquí desarrolladas y formalizadas puede concluirse que las historias están posibilitadas tanto por los espacios de tiempo a corto y medio plazo como por los de a largo plazo.

La presión de la experiencia bajo la que están y actúan los hombres tiene una distinta profundidad en cada época. Cabe suponer que esto tiene efectos retroactivos sobre los métodos historiográficos que correspondan a los tres modos de experiencia aludidos. Y es que los métodos que utiliza un historiador para traducir las experiencias históricas en narraciones y en ciencia son siempre actuales, se refieren a la experiencia actual, han de acreditarse en ella, aunque el asunto que se ha de transmitir quede en el pasado. De ahí el sentido de plantearse la estructura temporal de la experiencia propia de algunos métodos.

4. Registrar, continuar y reescribir la historia: observaciones metodológicas mínimas

Si se observan las estructuras temporales de la experiencia histórica de acuerdo con los modos de su narración, su representación escrita y su elaboración metodológica, pueden registrarse —sin detrimento de las teorías de los géneros— tres tipos: registrar, continuar y reescribir la historia. Registrar es un acto único, continuar acumula los tiempos y reescribir corrige a ambos para hacer surgir retrospectivamente una nueva historia. De acuerdo con ello, podrían establecerse tres tipos ideales de historiografía en correspondencia con los tres modos de adquisición de experiencia. No obstante, ha de advertirse previamente que una correlación así de simple no hace justicia a las limitaciones efectivas de las tres magnitudes temporales: corta, media y larga duración. Lo que caracteriza más bien a la unidad de toda historia es el hecho de que estos tres modos de experiencia, pese a la unilateralidad de su ponderación, comparecen en todos los tipos de historiografía. Son precisamente los aspectos comunes mínimos de toda metodología que no puede renunciar al registro único, a la escritura acumulada y a la reescritura una y otra vez evocada. Por supuesto que en el curso del tiempo se modifican las circunstancias y, con ello, también su tratamiento metodológico. Pero nuestra mirada se dirige a aquellas condiciones antropológicas duraderas que posibilitan los métodos históricos y caracterizan su concordancia formal.

El registro de la historia

Lo primero que se plantea es caracterizar el registro mismo como el proceso primario. Por medio de la narración o la escritura se constituye una historia de la que pasan a formar parte las experiencias inmediatas de los historiadores. De ahí también la preponderancia de la llamada historiografía del tiempo reciente o, por decirlo con Fritz Ernst, la crónica del presente, que mantuvo una prioridad teórica hasta el siglo XVIII.[11] La novedad que toda historia pretende no necesita ninguna justificación adicional para

11. Fritz Ernst, «Zeitgeschehen und Geschichtsschreibung», en *Welt als Geschichte* 17 (1957), págs. 137-189 y Reinhart Koselleck, «Das achtzehnte Jahrhundert als Beginn der Neuzeit», en Reinhart Herzog y Reinhart Koselleck (comps.), *Epochenschwelle und Epochenbewußtsein*, Munich, 1987, págs. 269-282.

tematizar historiográficamente lo hasta entonces imprevisto y sorprendente. Por eso no debe asombrar que desde Heródoto o Tucídides se subraye especialmente el carácter extraordinario de los acontecimientos sobre los que se informa y que ese tópico pueda ser invocado con convicción una y otra vez. En este sentido, el axioma historicista de la unicidad pertenece a las experiencias originarias que constituyen todas las historias cuando se las considera dignas de ser recordadas.

La imposibilidad de recuperar lo experimentado como único funda inmediatamente la historiografía. El honor o la vergüenza de los hombres atrapados en sus historias, sus hazañas y sus sufrimientos son conservados en la memoria. El tema fundamental sigue siendo la adquisición de la experiencia que ha de ser recordada. Aquí reside el lugar histórico de los métodos historiográficos en el sentido general del concepto. Las experiencias pueden también ser transportadas a las narraciones sin hacerse más preguntas; éste suele ser incluso el caso normal de la vida cotidiana. Únicamente se puede hablar de métodos cuando las cuestiones planteadas ponen en marcha procedimientos de investigación para adquirir conocimientos que no podrían obtenerse sin esos procedimientos. Desde la antigua historiografía hay dos preguntas que —implícita o explícitamente— se plantean: ¿qué ocurrió y cómo se llegó a ello?[12] Sólo así la experiencia única sobrevive a su causa y puede traducirse en conocimiento. Para ello se necesitan los caminos mínimos de la indagación, que van más allá de la mera noticia o conocimiento.

Heródoto y Tucídides inauguraron caminos de investigación que, sin menoscabo de las nuevas experiencias que desde entonces se han ido introduciendo en la historiografía, han conservado hasta hoy su fuerza y validez. Hay que mencionar especialmente el método que hoy denominamos *oral history*, sin el que no cabe transmitir experiencia ni objetividad alguna. Si las afirmaciones de los testigos han de ser yuxtapuestas —como gustaba a Heródoto— o si deben ser ponderadas para obtener una mayor credibilidad, si los testimonios escritos —o las inscripciones, como en Heródoto y Tucídides— son contrastados, si como hizo Robert-

12. Cicerón, *De oratore*, II, 15, 63.

son en el siglo XVIII,[13] se envían cuestionarios o si las técnicas de encuesta oral agrupan, como se hace actualmente, los recuerdos de una generación, que son confrontados con los diarios y las cartas disponibles, en principio todos los métodos son iguales a la hora de traducir experiencias en conocimientos. La colección de datos —¿qué ocurrió?— apunta concretamente a lo ocurrido una vez y se sirve de métodos generales adecuados para recoger la unicidad de un acontecimiento, ya se quiera —como Tucídides— describir simplemente cómo fue[14] o se pregunte uno —al igual que Ranke— cómo ocurrió realmente.[15]

La ordenación metodológica va desde la encuesta a los testigos visuales y la interrogación a los testigos orales hasta el examen de los testimonios escritos. Esta diversa profundidad temporal es atendida tanto por Heródoto como por Beda o por los historiadores actuales. Hay condiciones antropológicas para la obtención del conocimiento que se construyen a partir de experiencias personales y que, una vez descubiertas, ya no se pueden abandonar. Esto es lo que caracteriza a la metodología.

Para conocer el aspecto único de los acontecimientos es necesario dar un paso más y volverse a preguntar por qué sucedió así y no de otra manera. Esto conduce —dicho de manera moderna— a formular la hipótesis que consiste en preguntarse no sólo cómo ocurrió propiamente, sino cómo fue posible. Detrás de cada pregunta «¿cómo sucedió?» se esconde la pregunta acerca de cómo pudo suceder.

13. Véase Manfred Schlenke, *William Robertson als Geschichtsschreiber des Europäischen Staatensystems*, tesis doctoral (manuscrita), Marburgo, 1953 (gracias a la indicación de Georg G. Iggers).

14. Tucídides, II, 48; véase Luciano, *Hist. conscrib.*, 39 y 41.

15. Leopold von Ranke, *Geschichten der romanischen und germanischen Völker von 1494 bis 1514*, Leipzig, 1872 (2ª ed.), pág. VII. Allí se encuentra también la clásica distinción entre el «qué» y el «cómo»: «La representación estricta de los hechos, por muy limitada y fea que sea, es sin duda la ley suprema. Una segunda era para mí la evolución de la nnidad y del curso de los acontecimientos». Que la afirmación de Ranke es nna traducción de la de Tucídides «*ego de hoion te egigneto lexo*» es algo que ha sido puesto de manifiesto por Konrad Repgen, «Über Raukes Diktum von 1824; "Bloss sagen, wie es eigentlich gewesen"», en *Historisches Jahrbuch* 102 (1982), págs. 439-449.

Así puso en juego Heródoto el argumento acerca de cómo habría terminado la guerra de los persas si los atenienses no hubieran participado, estableciendo así que su intervención fue decisiva para la guerra. Metodológicamente es el mismo argumento que Montesquieu utilizó cuando se preguntaba por qué una única batalla decidió una guerra. Recondujo el asunto a las condiciones que posibilitaron que una única batalla pudiera producir el cambio.[16] La pregunta por la posibilitación de una realidad experimentada como única conduce consecuentemente a la distinción entre justificaciones a largo plazo y motivos coyunturales que hacen explicable un acontecimiento. Toda la obra de Tucídides está caracterizada por este doble enfoque. No sólo describe causas y consecuencias en el plano de las cadenas de acontecimientos manteniendo su singularidad; también confronta los acontecimientos únicos y sorprendentes con sus presupuestos duraderos, a largo plazo, que observa en la patología del poder humano y que deberían explicar por qué fue así y no de otro modo.

Este doble enfoque es utilizado también por Heródoto con otras justificaciones. En él encontramos, por ejemplo, un modelo análogo de explicación cuando informa desde Egipto de que Helena no fue secuestrada y llevada a Troya, sino a las costas del Nilo.[17] «Si Helena hubiera estado en Ilión, habría sido devuelta a los griegos»: a favor de ello hablarían todos los motivos racionales. Así que los troyanos no podían devolver a Helena para evitar la guerra, pero los griegos no les creían a fin de poder cumplir su venganza. De modo que la guerra fue inducida por un fantasma. La verdadera razón, antes que cualquier otro motivo, estaba en la ceguera de los hombres que los dioses habrían de castigar.

Cuando un historiador transforma las experiencias sorprendentes —sean de terror o de felicidad— en conocimiento, se ve obligado a proporcionar justificaciones duraderas a medio o largo plazo para la explicación de experiencias únicas. El análisis de los

16. Heródoto, *Historia*, VII; Montesquieu, *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence*, ed. a cargo de Henri Faguet, París, 1951, cap. XVIII, pág. 475 (trad. cast.: *Grandeza y decadencia de los romanos*, Madrid, Alba, 1998).

17. Heródoto, *Historia*, II, 113-121.

acontecimientos obliga a formular hipótesis, la formulación de hipótesis obliga a explicaciones que confrontan la realidad con su posibilitación. De este modo aparece en el juego de los argumentos la distinción temporal entre singularidad coyuntural y razones a largo alcance, sin la que ninguna historia puede ser conocida. Esta distinción sobrevive a cualquier cambio de paradigma.

Estos diversos estratos temporales de las modalidades de la experiencia encuentran su correspondencia en la elaboración metodológica. La imprevisibilidad de todo acontecimiento único solamente puede ser representada si también comparecen las experiencias acumuladas a medio y largo plazo o las de tipo casi duradero. Sólo así puede responderse metodológicamente a las preguntas sobre el qué y el cómo pudo suceder. La separación formulada a partir de Heródoto y Tucídides entre acontecimientos únicos y sus condiciones duraderas constituye una constante antropológica de todo método.

La introducción de derivaciones causales a lo largo de la cadena de los acontecimientos, de condiciones a largo plazo o contextos de sentido duraderos para explicar la singularidad de las experiencias originarias forma parte de una antropología formal de la historia. La variedad de estratos temporales, el hecho de que las experiencias sean únicas pero que también se acumulen, se traduce siempre en los métodos que reconstruyen los hechos y se preguntan cómo fueron posibles. Se trata de las condiciones metodológicas mínimas sin las cuales lo novedoso y lo sorprendente de toda historia no pueden traducirse en conocimiento histórico. Por eso podía Heródoto extraer la justicia inherente en todas sus historias; por eso podía interpretar Tucídides la unicidad de la guerra del Peloponeso por él descrita como *ktema es aiei* por haber desvelado la naturaleza humana; por eso puede apelarse desde entonces a las historias únicas como *exempla* para los casos siguientes.

Se perfila así un método que sobrevive al motivo por el que fue desarrollado. Un método que puede autonomizarse de sus condiciones de partida, ser formalizado y transmitirse separado de ellas. Los análisis de casos únicos que se sirven de la interrogación a los testigos y la exégesis de las fuentes apelan siempre a experiencias repetibles para justificar el caso particular, para comprenderlo o simplemente extraer su sentido.

Esta circunstancia histórico-antropológica se acredita de distinta manera a lo largo del cambio de experiencia que tiene lugar en el curso de la historia. Donde más se manifiesta es allí donde se pregunta por los fundamentos últimos que fortalecen lo único y sorprendente. Entonces aparecen, sobreponiéndose unas a otras o separadas nítidamente, instancias que contribuyen a asegurar la repetibilidad de las experiencias. Sean los dioses o un *fatum* que gobierna sobre ellos (Heródoto, Polibio) o el deseo humano de poder (Tucídides, Maquiavelo, Lord Acton) o la fortuna (Polibio, Tácito, Otto von Freising, Maquiavelo, Voltaire) o el Dios de los cristianos, al que se reducen todas las anteriores explicaciones de la duración para remitir la continna reproducción de la finitud humana a la eternidad[18] (san Agustín, Beda, Otto von Freising); sean las fuerzas que actúan a largo plazo, como ideas o principios (Herder, Humboldt, Ranke), potencias estables (Jacob Burhardt), condiciones de la producción, constantes jurídicas, determinantes económicos o institucionales o movimientos coyunturales que se desarrollan por encima de los hombres (Ferguson, Smith, Marx), o combinaciones modernas y elaboraciones teóricas de datos de experiencia acumulada: metodológicamente siempre se trata de interpretar las experiencias primarias de sorpresa única y novedad en orden a su posibilitación a largo plazo.

Aunque las explicaciones últimas aquí esbozadas se han ido modificando fundamentalmente según se tratara de griegos, romanos, cristianos o científicos modernos que se entendían a sí mismos como investigadores, se mantiene la estructura formal de procesamiento metodológico de la experiencia. Ésta se basa en la refracción temporal de toda experiencia primera que —con mayor o menor conciencia— es analizada para comparar lo único y lo duradero. Aquí reside el aspecto común mínimo de toda investigación histórica y que nos permite hablar también de la unidad de la historia, sea cual sea el modo concreto en que las experiencias se hayan instalado, acumulado, venido abajo o transformado.

18. Véase para ello el análisis textual de la historiografía medieval de Gert Melville, «Der Zugriff auf Geschichte in der Gelehrtenkultur des Mittelalters. Vorgaben und Leistungen, eu Grundiß der Romanischen Literaturen», págs. 157-228.

La continuación de la historia

Con el curso diacrónico de la historia se acumulan —consideradas las cosas desde la mera cantidad— las adquisiciones de experiencia que se han ido haciendo necesarias. Pero de esto no se sigue en absoluto un necesario incremento de experiencia. Los hombres son olvidadizos y tienden fácilmente a hacer valer sus propias vivencias como únicas fuentes de su experiencia. Para poder hablar de incremento de experiencia se necesita el método histórico que ordene sistemáticamente el curso diacrónico. Presupuesto mínimo para ello es una ampliación del tiempo que se abarca retrospectivamente y que, de este modo, se hace objeto de reflexión.

El caso más simple es, por supuesto, la transcripción e inventario de historias existentes para añadir las nuevas que se vayan produciendo. Las crónicas están conducidas por este procedimiento, aunque muchas veces hayan sido cuestionadas desde el Humanismo con argumentos más sistemáticos. De todas maneras, en la ingenua transcripción debe apreciarse que el saber experiencial no se ha modificado en lo fundamental; sigue siendo la posibilitación repetitiva de casos particulares. Por eso era razonable que la historiografía fuera considerada durante más de milenio y medio como un caso de retórica, según las reglas habituales de una representación y narración verosímil.[19] La subordinación de la historiografía a la retórica puede valer precisamente como estabilizador de las experiencias historiográficamente procesadas. Los asuntos que se van a representar —una vez representados de modo correcto— son en cuanto tales aproblemáticos. Aunque las reglas de la representación tienen que ser consideradas como del mismo rango que los métodos históricos para elaborar la experiencia, la mirada ha de dirigirse aquí hacia aquellas prestaciones cognoscitivas que se siguen o son provocadas por la fijación de la historia.

Con independencia de lo que se piense de su tono pedagógico, Polibio dio un paso hacia adelante al tematizar la unidad de histo-

19. Véase actualmente, sin plantear ni responder a la cuestión de la verdad metodológica, al provocativo Hayden White, *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore/Londres, 1982.

rias geográficamente diferentes, gracias a la expansión romana.[20] Personifica expresamente este avance cognoscitivo como la ganancia de experiencia de su generación, pero lo entiende para modificarlo metodológicamente. Dispone los espacios de acción más dispares en un contexto general que se escapa completamente de toda experiencia individual. La historia se monta en un plano superior. Desde entonces la geografía, cabe concluir, no es sólo un presupuesto de toda historia, sino que se convierte en su elemento integral. Aquel avance cognoscitivo llevado a cabo metodológicamente puede encontrarse una y otra vez en la historia de la ciencia. Recuerdo ahora la transposición de la historia aditiva de los estados europeos de Spittler en la historia más omniabarcante del sistema estatal europeo y sus imperios coloniales escrita por Heeren.

Desde entonces está metodológicamente disponible el hallazgo cognoscitivo de Polibio, consistente en referir las historias en apariencia disparatadas a sus propias e inmediatas experiencias primarias. Esta posibilidad cognoscitiva forma parte hoy de los presupuestos implícitos de numerosas historias particulares que desde el siglo XVIII sólo se pueden entender adecuadamente en un contexto global. Muchas experiencias primarias a corto o medio plazo están insertas —sin que haya a menudo una reflexión metodológica— en unas condiciones geográficamente lejanas, como en la economía, sin la que muchas de nuestras experiencias primarias no son pensables. El principio metodológico de hacer historia únicamente como «historia universal», practicado por Polibio y Poseidonio,[21] es desde entonces realizable y, dada la creciente presión de las experiencias universales, de obligado cumplimiento.

Con ese aspecto geográfico del establecimiento de contextos está íntimamente relacionada la necesidad de sincronización. Lo que ya Heródoto aportó implícitamente de modo sutil al comparar entre sí las diversas dinastías,[22] era para Polibio un método

20. Polibio, *Historia*, I, 3-4; V, 31; VIII, 4.

21. Christian Meier, «Geschichte, Historie», en Otto Brunner, Werner Conze, Reinhart Koselleck (comps.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache*, tomo 2, Stuttgart, 1975, pág. 605.

22. Hermann Strasburger, *Herodot als Geschichtsforscher*, Zurich/Munich, 1980, especialmente las págs. 39 y sigs.

consciente. Con la experiencia acumulada de los distintos espacios históricos aumentó la exigencia de desarrollar una datación metodológica unitaria —piénsese en el último Dionisio el Exiguo y en Beda—, hasta que finalmente, con Scaliger, se estableció una cronología natural absoluta astronómicamente asegurada y común a todas las culturas heterogéneas del globo. Aquí también se puede decir que el descubrimiento de culturas ordenadas por cronologías distintas sólo se transformó en conocimiento histórico a partir del momento en que fue establecida la cronología y se especificó metodológicamente como una ciencia auxiliar.

Pero hay que mencionar más conocimientos traducidos metodológicamente que presuponen un mínimo de historias ya transcurridas y diferenciables por yuxtaposición o sucesión. Sólo así es posible realizar comparaciones que ponderan la experiencia propia y la ajena.

Lo más habitual y lo más intentado en una asombrosa continuidad hasta hoy es la comparación constitucional. En la disputa sofística,[23] Heródoto utiliza argumentos que pueden seguirse desde Platón y Aristóteles hasta Polibio y Roscher[24] en todas las historiografías que se sirven de comparaciones. Cabría afirmar directamente que aquí nos encontramos ante el clásico caso de repetibilidad de experiencias una vez hechas y de ciertas evoluciones previsibles.

Nuestra determinación de la diferencia antropológica —la novedad sorprendente de toda historia concreta sólo puede traducirse en conocimiento cuando es referida a experiencias a medio o largo plazo— encuentra aquí su aplicación válida en la historia universal hasta hoy. Los desarrollos mínimos que cabe divisar cuando se recorre la historia posibilitan comparaciones de las que no dispondríamos de otro modo. Una vez adquiridos, estos resul-

23. Heródoto, *Historia*, III, 80-82.

24. Valga como ejemplo de la analogía estructural aquí desarrollada consistente en referir constituciones concretas a experiencias a medio y largo plazo: Wilhelm Roscher, *Umrisse zur Naturlehre des Cäsarismus*, Leipzig, 1988, y *Umrisse zur Naturlehre der Demokratie*, Leipzig, 1890. Por eso Marx se burlaba de él como «Wilhel Thukydides Roscher» (*Das Kapital*, tomo 1, Berlín, 1955, pág. 225; tomo 3, cap. 7, observación nº 30 [trad. cast.: *El capital*, Madrid, Alba, 1999]. Debo esta indicación a H. D. Kittsteiner).

tados suponen un verdadero crecimiento cognoscitivo y son transferibles. Cabría incluso suponer que todas las modernas tipologías —como por ejemplo la doctrina de Max Weber acerca de los tipos ideales, heurísticamente tan fecunda— pueden reducirse a la misma figura fundamental.

Pero con la continuación de la historia no sólo se posibilita la comparación y la repetibilidad estructural de historias similares o análogas; a ella también se deben las reglas de sucesión puramente diacrónicas, es decir, las que corresponden a la experiencia acumulada. El principio aristotélico de que pequeñas causas pueden tener grandes efectos —introducido argumentativamente en la historiografía por Polibio y Tácito—[25] fue invocado con énfasis en el siglo XVIII por Bayle, Voltaire o Federico el Grande[26] para explicar cataratas de acontecimientos a medio plazo. La ironía se hizo así método.

Me resisto un poco a mencionar aquí la interpretación medieval de la historia, pero no deja de resultar interesante la afirmación de que el sentido plural de la Escritura ha posibilitado metodológicamente leer los textos tanto en orden a su unicidad como para contextos que trascienden el tiempo. En primer lugar justifica la durabilidad de la providencia divina que concede sentido a los casos concretos. De acuerdo con esto pudo Condorcet desarrollar un procedimiento análogo para compendiar en un *tableau* la pluralidad de los progresos concretos pero heterogéneos: «Aquí el cuadro comienza a apoyarse en gran parte sobre el séquito de hechos que la historia nos ha transmitido: pero es necesario elegirlos en la de diferentes pueblos, acercarlos, combinarlos, para extraer de ellos la historia hipotética de un pueblo único y formar el cuadro de sus progresos».[27] En ambas ocasiones se utiliza un procedimiento que interpreta el sentido plural de una fuente escrita para situar el caso particular en un contexto más amplio. Ya se trate del reconocimiento de la providencia divina, de la interpretación progresiva de avances concretos o de cambios sociales estructurales, la experiencia es procesada por medio de métodos analógicos que iluminan el caso particular sobre la película de contextos a largo plazo, sin que por ello se anule el caso particular. La historia se constituye, por el contrario, a partir de esa doble lectura.

25. Aristóteles, *Política*, V, 1303 a; Polibio, *Historias*, III, 7; Tácito, *Anales*, 4, 32.

26. Pierre Bayle, *Dictionnaire historique et politique*, t. 4, Amsterdam, 1730, pág. 789: «La mayor parte de las revoluciones estatales no han tenido por principio más qne una bagatela», t. 2, pág. 321 b. Véase además Reinhart Koselleck, *Vergangene Zukunft*, Francfort del Meno, 1979, págs. 161 y sigs. (trad. cit.).

27. Condorcet, *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* (1793), Wilhelm Alff, Francfort del Meno, 1963, pág. 38 (trad. cast.: *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, Madrid, Editora Nacional, 1980).

En los casos mencionados se trataba de que, con el crecimiento empírico de los tiempos, eran desarrollados métodos para hacer justicia al creciente entrelazamiento espacial —desde la historia universal hasta la historia mundial— y a su concordancia temporal. De este modo surgieron —cuasi sincrónicamente— comparaciones, analogías y paralelismos con vistas a las posibles repeticiones e instrumentos de investigación que permitieran descubrir regularidades diacrónicas de los procesos concretos o del curso general de la historia. Es cierto que tales procedimientos estaban muy relacionados con concepciones previas de tipo filosófico, teológico o con determinadas ideas de filosofía de la historia. Pero muchos de los procedimientos mencionados han aprobado el test de la traducibilidad, repetibilidad y fiabilidad. Representan un verdadero crecimiento cognoscitivo que se evaporaría si no fuera acompañado por una mínima metodología, gracias a la cual se dispone para una potencial duración. Nunca se puede justificar suficientemente por qué un conocimiento histórico comparece en un determinado momento pero una vez constituido permanece a disposición. Los conocimientos de Tucídides pueden complementarse, pero no se pueden superar. La comparación constitucional de Heródoto fue muchas veces precisada y enriquecida, pero nunca completamente abandonada. En este sentido está permitido hablar de progreso en el conocimiento, que no podría registrarse sin la aplicación repetida de conocimientos anteriormente adquiridos. El progreso en el procesamiento metodológico de experiencias históricas no consiste en el llamado cambio de para-

digma, sino en que precisamente un cambio de paradigma, que intenta procesar las experiencias nuevas, está referido a la utilización reiterada de procedimientos ya obtenidos.

Pero la historia no se escribe, transcribe o continúa sólo una vez recogiendo todos los conocimientos adquiridos mediante el perfeccionamiento de los métodos; con la misma frecuencia la historia es reescrita, constituida de nuevo con una crítica retrospectiva. De este modo aumenta enormemente el peso de la prueba metodológica, pues sin ella no se puede justificar por qué la historia hasta entonces transmitida o escrita era en realidad completamente distinta de lo que se había transmitido o escrito.

La reescritura de la historia

La reescritura de la historia es tan única como la primera escritura de una historia. Es innovadora en tanto que se sitúa en consciente oposición frente a la historia hasta entonces transmitida o escrita. De ello se puede deducir generalmente que corresponde a un cambio de experiencia simultáneo de una nueva experiencia. Y conforme a nuestra triple clasificación temporal de adquisiciones de experiencia a corto, medio o largo plazo (y las pérdidas de experiencia correspondientes), cabe esperar que los procedimientos metodológicos puedan ser referidos a los tres tipos de experiencias. La determinación de los hechos, así como su fundamentación, deben articularse nuevamente, o al menos de otro modo; si no, se trataría de una continuación de la tradición anterior.

Ahora bien, no es pensable ni posible una reescritura de la historia sin transcribir o continuar, sin retrotraerse a los estados de experiencias ya fijados en otro momento. Esto no sólo vale para las crónicas medievales, sino también para toda la historiografía hasta hoy. No todo puede ser «revisado». Pero allí donde se revisa han de emplearse necesariamente nuevos métodos. Con frecuencia se esconden en nuevas expresiones de las que se deducen implicaciones metodológicamente innovadoras (como por ejemplo la historiografía simbólica de la Alta Edad Media). Otras veces no se lleva a cabo la transcripción porque el informe dado procede de libros y no de las fuentes primarias de un participante, de un testigo ocular, o al menos se apoya en una experiencia que capacita al historiador para plantear las correspondientes cuestiones.[28] El volver a retomar experiencias primarias supuestamente verdaderas forma parte desde la antigüedad de las tareas básicas de la historia en orden a distinguir la verdad del error. Pero desde el punto de vista puramente cognoscitivo no se trata aquí de una reescritura, ya que la búsqueda de unas experiencias primarias auténticamente transmitidas se atiene todavía en última instancia al informe de testigos inmediatos —convenientemente interrogados— cuyo relato es digno de ser transcrito. En este planteamiento metodológico, válido hasta hoy, se contiene, como ya se ha dicho, el mínimo de continuidad del que ningún historiador desde Heródoto puede prescindir sin perder su credibilidad.

La reescritura de la historia remite, por el contrario, a un cambio de experiencia que, sin su reflexión teórica, se hubiera perdido para nuestro actual conocimiento. Que los tres modos de experiencia temporal son afectados por ello, o podrían serlo, es algo que ya Tucídides testimonia. Mientras que la serie de historias particulares de las que informa Heródoto está vinculada a un sentido religioso, Tucídides lleva a cabo un riguroso cambio de perspectiva. En su arqueología a largo plazo plantea —aparentemente como Heródoto— una variedad de preguntas de tipo económico, técnico, demográfico, político, arqneológico, semántico y cultural, pero sólo para estructurar —casi se podría decir que de manera procesual— toda la prehistoria helenística hasta la guerra de los persas. Tucídides no concebía el pasado aditivamente, como Heródoto, sino como unidad diacrónica eu la que se entrelazan los más distintos factores. La «Ilustración» griega que él representa redujo el sentido religioso mediado por el mito a un sentido que sólo es eficaz en virtud de la creencia de los participantes, en un escenario gobernado por diversos factores históricos. De este modo, el pasado que todavía Heródoto concebía religiosamente es liberado para una reconstrucción hipotético-argumentativa de acuerdo con las medidas de la propia experiencia de Tucídides. En su arqueología se contienen los presupuestos a largo plazo recién descubiertos, únicamente gracias a los cuales es posible la historia del presente.

28. Polibio, *Historias*, XII; crítica a Timeo.

Pero también la acumulación de experiencia a medio plazo, que habría de distinguir generacionalmente a Tucídides de Heródoto, testimonia su cambio de método. El quinquevirato entre la guerra de los persas y la del Peloponeso es interpretado por la oposición entre las constituciones de las *polis* y por las diferentes percepciones de los ciudadanos, por el equilibrio entre la política interior y la política exterior de las ciudades-Estado, para sacar a la luz el verdadero motivo de la guerra gracias a una teleología inmanente: la acumulación de poder imperial por parte de los atenienses a la que correspondió un miedo creciente de los espartanos.[29]

Finalmente hay que observar un singular cambio de experiencia del mismo Tucídides. Volveremos a su fracaso como general. Strasburger valora especialmente la visión personal específica de Tucídides, que consiguió destacar innovadoramente lo político y sólo lo político en medio de aquella generación tradicional.[30] Es el efecto de desencanto consecuente que Tucídides introduce, al menos en el espacio argumentativo, contra todos los conceptos tradicionales de la moral y del derecho, descubriendo así una verdad histórica —lo humanamente posible— válida para todos los acontecimientos históricos.

Se trata de aquel realismo que está vinculado a su nombre hasta hoy, fortalecido por las traducciones de Valla y de Hobbes, así como por su recepción en el realismo político de la primera modernidad. Por mencionar un ejemplo: su reinterpretación del tiranicidio —los asesinos se habían convertido en héroes de un culto legitimado de forma democrática— muestra el procedimiento desenmascarador que Tucídides asegura metodológicamente como su aportación más específica. Heródoto había subrayado de manera especial los sueños, oráculos, formas de culto, chantajes, corrupciones (sobre todo al informar sobre el papel de la nobleza

29. Véase Christian Meier, *Die Entstehung des Politischen bei den Griechen*, Francfort del Meno, 1980, especialmente la parte C: «Das Politische und die Zeit». También del mismo autor: «Die Entdeckung der Ereignisgeschichte bei Herodot», en *Storia della Storiografia. Rivista Internazionale* 10 (1986), págs. 5-23.

30. Hermann Strasburger, «Die Entdeckuug der politischen Geschichte durch Thukydides», en Haus Herter (comp.), *Thukydides*, Darmstadt, 1968, págs. 412-476.

dirigente y de las ciudades vecinas) sin destacar especialmente la participación de los dos asesinos de Hiparco. Pero Tucídides da el paso decisivo al despojar al asesinato de la función heroica que había sido públicamente transmitida y que Heródoto no había cuestionado. Tucídides despolitiza el asesinato en la medida en que lo remite a motivos de celo homosexual. La política se realiza —dicho de manera moderna— entre los extremos de las precondiciones naturales y la ceguera ideológica. Quien se mete en política debe poder ser desenmascarado. Heródoto nunca llegó tan lejos a la hora de hacer valer la «Ilustración» frente a las viejas experiencias.[31] Todos los testimonios, replica Tucídides, no son igualmente dignos de ser tomados en cuenta. Jerarquiza las fuentes para obtener de la historia su conflictividad inmanente, a veces trágica. Con independencia del modo como leamos hoy a Tucídides,[32] sigue siendo el caso típico de reescritura metodológicamente reflexiva de las noticias históricas anteriormente dadas que no resistían a sus propias experiencias. Aunque su recepción haya fluctuado o haya sido selectiva, su método de desenmascaramiento y desencanto sistemáticamente justificado se convirtió en una orientación de toda reescritura.

Tanto retrospectivamente —en el análisis estructural diacrónico de su arqueología— como desde el punto de vista generacional —al procesar las nuevas experiencias políticas de los diversos sujetos y sus expresiones lingüísticas durante el quinquevirato o en la formulación de las experiencias absolutamente personales de la guerra del Peloponeso—, Tucídides ha reescrito la historia anterior y lo ha hecho como nadie antes que él.

Podría incluso afirmarse que la misma determinación de los hechos realizada mediante la interrogación oral a los testigos y el control de las fuentes escritas ya pretendía una reescritura de todo lo dicho y escrito anteriormente, al tiempo que lo llevaba a cabo con conciencia metodológica. Por eso su obra —no sólo en virtud de su traducción de las experiencias adquiridas en conocimiento históri-

31. Heródoto, *Historia*, V, 55-56; VI, 109, 123 y sig.; Tucídides, I, 20; VI, 54, 59.

32. Las simpatías y antipatías por la interpretacióu que Tucídides hace del tiranicidio son recogidas críticamente por Hans Jürgen Diesner, «Peisistratidenexkurs und Peisistratidenbild», en Hans Herter (comp.), *op. cit.*, págs. 531-545.

co duradero— constituye un *ktema es aiei* también desde el punto de vista metodológico. Esto nos lleva a otro asunto antropológico que permite metodológicamente el cambio de experiencia a corto y medio plazo, así como el cambio de perspectiva a largo plazo.

Tucídides nos ha enseñado por qué la historia puede ser reescrita. Puso de manifiesto que la determinación de los hechos no es lo mismo que aquello que se dice y transmite acerca de ellos. Mostró además que la pregunta por qué algo ha sucedido así y no de otra manera sólo puede responderse dialógicamente, introduciéndose en la perspectiva de los participantes. Dicho de otra manera: Tucídides fue el primero en conocer la contradicción que aparece siempre entre la historia efectiva y su interpretación verbal, hasta el punto de que precisamente esa distinción es constitutiva para la experiencia de la historia. Transmitir esto fue su gran aportación metodológica, en la medida en que hizo elocuente la facticidad de los acontecimientos únicamente en el discurso de los participantes. Es cierto que este enfoque —hasta hoy insuperable— tiene detrás un procesamiento específico de la experiencia de la política griega en el siglo V, en el que mostró el juego de dependencias y relaciones entre la religión y la ilustración sofística, el Imperio Persa y las ciudades-Estado, las libertades ciudadanas y la pluralidad constitucional, las fundaciones coloniales y las alianzas, el poder económico y moral, el derecho y el interés.[33] El beneficio metodológico que Tucídides obtuvo de ello estriba en la determinación permanente de la diferencia entre hacer y decir, entre *logoi* y *erga*.[34]

La estabilidad antropológica de todas las premisas históricas que Tucídides trataba de mostrar reside —visto el asunto desde la perspectiva metodológica— en la tensión reflexiva que impera entre decir y actuar, entre hablar y opinar, entre lenguaje y realidad, de tal modo que sólo así, y de ningún otro modo, se constituye la historia. En la medida en que Tucídides escribe su historia de la guerra del Peloponeso, ya la ha «reescrito»; sus condiciones a largo plazo, las estructuras a medio plazo y las a corto plazo, los acontecimientos únicos. Ha articulado la experiencia antropológica originaria de que existe un hiato entre todos los acontecimientos que constituyen una historia y lo que acerca de ello se dice cuando se articula esa historia. Tucídides hizo de este hiato el tema metodológico de su guerra del Peloponeso en la medida en que confrontó los discursos —monológicos o dialógicos— y los acontecimientos recogidos en las crónicas sin deducir absolutamente unos de otros. Gracias a este método nos entregó una explicación antropológica duradera para la pregunta de por qué la historia puede ser reescrita. Lo que deja a sus propios textos abiertos para futuras interpretaciones no es sólo el hecho de que haya tomado partido por unos o por otros —por los atenienses bajo Pericles, por ejemplo—. Su aportación innovadora consistió más bien en haber establecido la diferencia entre las secuencias de acontecimientos y el discurso —antes, durante y después— como el presupuesto de toda historia. Y de este modo señaló implícitamente una condición necesaria para la reescritura de toda historia, un presupuesto para la elaboración de cualquier experiencia histórica.

33. Meier, *Die Entstehung des Politischen*.

34. Véase acerca de esto el clarificador estudio de James Boyd White, *When Words Lose Their Meaning. Constitutions and Reconstitutions of Language, Character and Community*. Chicago/Londres 1984, especialmente el cap. 2: «The Dissolution of Meaning. Thucydides' History of his World».

Si se rastrea la historia de los métodos aplicados en el curso del tiempo hasta el método histórico-filológico, éstos pueden interpretarse como desarrollos de las premisas antropológicas advertidas por Tucídides. La historia de los métodos es la historia de la renuncia a los llamados discursos inventados, algo que se impondría finalmente desde el siglo XVIII: la premisa de que ni siquiera la fuente escrita mejor editada y comentada es idéntica a la historia cuyo conocimiento pretende el historiador. La diferencia establecida por Tucídides entre lenguaje e historia, que él mismo había tematizado expresamente mediante sus discursos, no es superable por ningún método filológico. Y es que este método apunta a la crítica textual, a la constitución del texto y a la interpretación, sin adquirir con ello ningún criterio —lo que fue expresamente subrayado por Niebuhr—[35] acerca de cómo se constituye la historia misma que de él se deriva.

35. Barthold Georg Niebuhr, *Römische Geschichte*, tomo I, Berlín, 1811. Prólogo: «La historia de los primeros cuatro siglos de Roma es reconocidamen-

El mínimo de continuidad que un historiador debe mantener, en la medida en que recurre a testimonios orales inmediatos de las acciones y los acontecimientos (o de su representación), no basta para garantizar la verdad de la historia así atestiguada. Gracias a la multivalencia lingüística, esa historia siempre puede ser leída, apropiada o reescrita de otra manera. Tucídides nos ha mostrado dónde las palabras ya no alcanzan, cómo se invierte su sentido en las guerras civiles, de qué modo los argumentos pueden modificar las situaciones y confundirlas.[36] Polibio se dio cuenta de hasta qué punto los verdaderos motivos de un suceso no son idénticos a los motivos o a los pretextos que los hombres aducen.[37] Tácito se aplicó metodológicamente a mostrar que lo real es constituido por la percepción de los afectados, de tal modo que la realidad está contenida tanto en los rumores y miedos, en las disposiciones de los que actúan y padecen, como en los acontecimientos así transmitidos. La ilustración cristiana, en su certeza de Dios, pudo interpretar los textos paganos —mitos, fábulas e historias, igualmente— desde la perspectiva del engaño y el autoengaño, más sarcásticamente aún de lo que lo habían hecho los mismos críticos paganos. La diferencia entre lenguaje y realidad sigue siendo inagotable, como para procesar metodológicamente nuevas experiencias en cualquier momento. Por eso podía Bodino invitar al lector de escritos históricos a que leyera los textos desde el

te incierta y falsificada. Sería absurdo censurar por ello a Livio [...] La calidad de su narración es lo que le justifica [...] Pero nosotros tenemos otra idea de la historia [...] Hemos de emprender un trabajo completamente distinto de la narración, necesariamente equivocada, de aquello que el historiador romano elevó a la categoría de fe de la historia. Debemos ocuparnos de separar la poesía de la falsificación y afilar la mirada para reconocer los trazos de la verdad, libres de todo encubrimiento. La identificación de la fábula, la destrucción de la mentira es lo que basta al crítico: sólo quiere desenmascarar una historia engañosa y se contenta con proponer algunas suposiciones, mientras que la mayor parte del asunto permanece en ruinas.

»Pero el historiador necesita algo positivo: debe al menos descubrir con verosimilitud el contexto y ofrecer una narración más creíble, en lugar de aquella que sacrifica a su convicción».

36. Tucídides, III, 82.

37. Polibio, *Historias*, III, 6.

punto de vista de los intereses recién descubiertos y las situaciones sociales que se ocultan bajo las afirmaciones de los autores.[38] Por eso podía Niebuhr interrogar a todas las fuentes acerca de qué daban a conocer contra la intención narrativa de su autor desde el punto de vista lingüístico o político.

En suma: todo el afán moderno de crítica de la ideología para escribir también nuestra historia está contenido en el presupuesto antropológico de que el lenguaje y la historia, el discurso y la acción, no coinciden plenamente. Todo texto dice al mismo tiempo más y menos, en todo caso algo distinto, de lo que pudo haber sido efectivamente el caso. En esta incoincidencia descansa la pluralidad de justificaciones posibles. Por eso pudo mostrar Tucídides —contra Heródoto— que escribir la historia es reescribir.

Ahora bien, sería absurdo pretender adjudicar a Tucídides todas las consecuencias metodológicas de la crítica de las fuentes, máxime cuando, desde la tabuización de los bellos discursos en favor de las pretensiones modernas de objetividad, se arrinconó su procedimiento dialógico para procesar la experiencia (lo que no debería entenderse como un progreso cognoscitivo).[39] Habría que recordar que Tucídides no era un relativista escéptico, sino

38. Julian H. Franklin, *Jean Bodin and the 16th Century Revolution in the Methodology of Law and History*, Nueva York/Londres 1966 (2ª ed.), especialmente las págs. 137 y sigs.; Erich Hassinger, *Empirisch-rationaler Historismus. Seine Ausbildung in der Literatur Westeuropas von Guicciardini bis Saint-Evremond*, Berna/Munich, 1978; Fritz Wagner, *Die Anfänge der modernen Geschichtswissenschaft im 17. Jahrhundert*, Bayerische Akademie der Wissenschaften, Phil.-Kl., 1979, 2.

39. Ranke, sabio discípulo de Tucídides, fue capaz de producir, mediante la introducción de discursos originales y cartas, la tensión que siempre surge entre la interpretación lingüística *in actu* y la acción misma, únicamente a partir de la cual se genera una historia. Véase por ejemplo el capítulo 4 en el libro II de su *Preußischen Geschichte* (Leopold von Ranke, *Werke*. Gesamtausgabe der Deutschen Akademie: *Zwölf Bücher Preußischer Geschichte*, tomo 3, editado por Paul Joachimsen y Georg Küntzel, Munich, 1930, págs. 165-185), en donde todas las dimensiones de la experiencia inmediata a medio y largo plazo que he ido definiendo son magistralmente relacionadas por Ranke y al mismo tiempo se tematiza el juego entre la interpretación de los participantes y los acontecimientos que no se agotan en ellas.

que quería hacer notar, en las quiebras del lenguaje, una característica común del hombre en tanto que ser que actúa, y que da lugar a aporías irresolubles. Pero lo que aquí nos interesa no es el caso irrepetible de este historiador único, sino la posibilidad antropológica de la reinterpretación de toda historia. Tucídides nos señaló un presupuesto metahistórico en la medida en que mantuvo la diferencia entre discurso y acción como eje metodológico de su obra.

En vistas al procedimiento mismo del manejo de las fuentes, se ofrecen ahora tres posibilidades que podrían dar lugar a una reescritura. En primer lugar, podrían aparecer nuevos testimonios. Con ello el historiador posterior se ve obligado a elegir, lo que conduce, *nolens volens*, a la reescritura. Es la propia experiencia profesional del historiador lo que le obliga a la crítica de las fuentes, algo que desde el Humanismo fue crecientemente refinado y sistematizado.

En segundo lugar, puede ser que nuevas cuestiones contribuyan a buscar y encontrar nuevos testimonios. En ese caso la tradición que había sido hasta entonces registrada y continuada unilateralmente aparece bajo una nueva luz. Apartarse de fuentes puramente narrativas y fijarse en documentos, actas e inscripciones es algo que las ciencias de la antigüedad y la historia del derecho[40] han llevado a cabo progresivamente desde el Humanismo, lo que supone un enriquecimiento metodológico al que ya no se puede renunciar. Se trata de una conquista que acrecienta los tan invocados criterios de autenticidad. Aquí descansan aquellos progresos que perviven en los motivos liberales y políticos de la escuela histórica alemana, y que han contribuido a inaugurar nuevos caminos científicos.

En tercer lugar, los testimonios de que se dispone pueden ser leídos e interpretados nuevamente, ya sea para volver a descubrir el supuesto sentido originario, ya sea para deducir de ellos afirmaciones que los autores no pudieron pretender decir. Basta con recordar el descubrimiento de las falsificaciones —desde Valla, una continua ocupación del historiador— para sacar a la luz intenciones ocultas,[41] o las contradicciones en la Sagrada Escritura puestas de manifiesto por Richard Simon para deducir de ello la inevitabilidad

40. Notker Hammerstein, *Jus und Historie,* Gotinga, 1972.

41. Véanse las prevenciones político-teológicas —todavía no acreditadas metodológicamente— contra el Acta de Constantino por parte de Otto von Freising,

de la tradición y la autoridad eclesiástica —lo que no le protegió ni del veredicto de herejía de la Iglesia católica ni de los calvinistas, en los que buscó refugio inútilmente—. El carácter contradictorio del propio texto —como, por ejemplo, la doble historia de la creación de los primeros seres humanos— constituía un escándalo que sólo podía resolverse mediante explicaciones exteriores al texto o por una adquisición de experiencia posterior. Todas las experiencias modernas del condicionamiento económico del cambio social y político únicamente pueden ser verificadas en el pasado inmediato si se leen fuentes políticas o religiosas contra la corriente.

En la praxis actual estos tres procedimientos de utilización del testimonio escrito son empleados y combinados al mismo tiempo. Pero desde el punto de vista diacrónico cabe suponer que se trata de un progreso cognoscitivo acumulativo. La ampliación de las fuentes llevada a cabo en su momento por Ranke y la intensificación de su exégesis condujeron a concepciones que no fueron contradichas, sino ampliadas por la nueva interpretación que Marx hizo de otras fuentes estadísticas y económicas. Lo que hizo fue precisamente recomponer metodológicamente experiencias distintas de las de Ranke. En este sentido sabemos más acerca de nuestro pasado y, metodológicamente, lo sabemos mejor, de lo que podían conocerlo las generaciones anteriores.

Por otro lado no se puede negar que los progresos cognoscitivos también llevan consigo pérdidas. Un ejemplo especialmente grave es la renuncia, ya mencionada, al estrato de experiencia formulado lingüísticamente, perspectivista, que Tucídides ha transmitido. Dicho estrato encuentra hoy su correspondencia sobre todo en novelas como las de William Faulkner o Christa Wolf, o en *Schlachtbeschreibung*, de Alexander Kluge, que siempre pueden ser leídas como textos históricos. Puede que la llamada historia de las mentalidades avance en una línea de recuperación de un tipo de experiencia que desde el punto de vista puramente meto-

en Walter Lammers (comp.), *Chronica sive Historia de duabus civitatibus,* tomo 4, 3, Darmstadt, 1960, pág. 306, y Horts Fuhrmann, «Konstantinische Schenckung und Sylvesterlegende in neue Sicht», en *Deutsches Archiv für Erforschung des Mittelalters* 15, 1959, págs. 523-540, como testimonio brillante de nna demostración filológica, de crítica textual, metodológica, para aclarar una falsificación.

dológico ya había sido conseguida por Tucídides o Tácito. Y es que las mentalidades, aunque incluyan modos de comportamiento, sólo se descubren por medio de la experiencia del mundo y el entorno posibilitada específicamente por el lenguaje.

De acuerdo con sus contenidos cognoscitivos cabe afirmar que los tres tipos mencionados de utilización de testimonios escritos se corresponden con las transformaciones específicas de la experiencia desatadas por el descubrimiento de nuevas fuentes o por nuevas lecturas de viejas fuentes. Vamos a esbozarlo con unas explicaciones a lo largo de las épocas, de tal modo que apunten a un cambio de sistema o umbrales entre las épocas desde el punto de vista de la economía de la experiencia. Cuando la experiencia se eleva de nuevo a concepto, lo que se sigue de ello es que al mismo tiempo todo el pasado es reescrito, o al menos puede ser reescrito, para explicar las condiciones de surgimiento de la nueva experiencia. Por eso al cambio de experiencia de Tucídides se pueden añadir cambios análogos a lo largo de la historia.

Debido al texto dogmático de la Biblia fue posible sincronizar (aunque fuera como «falsas») todas las demás historias paganas y concebirlas como una unidad cuya homogeneización teológica alcanzaba más de lo que los autores paganos hubieran podido imaginar. Por eso se pudo interpretar de nuevo la caída heterogénea y sucesiva del Imperio Romano sin tener que suspender la continuidad de la cadena generacional. Ésta llegaba hasta la historia de la creación y el pecado original, que era lo que concedía su sentido a la unidad del género humano. Gracias a los textos de la revelación, había aquí una experiencia cristiana suprapolítica que habría de reaparecer en las posteriores teorías de la historia universal, como por ejemplo en Voltaire y sus herederos.

Otra modificación de la experiencia tuvo lugar en el sistema de las ciudades-Estado italianas y en las grandes potencias europeas que sobre ellas actuaban y llevó al redescubrimiento de un mundo político genuino. Este mundo inspiró los grandes y pequeños paralelismos de Maquiavelo en virtud de los cuales la historia antigua y la moderna resultaban legibles desde sus presupuestos sociales comunes y sus posibilidades de comportamiento político semejantes.

En la descomposición de la Iglesia universal hubo otra modificación de la experiencia que puede retrotraerse a los distintos

modos de leer la Biblia. Se llegó a interpretaciones contrapuestas de la Biblia e incluso a entender todos los textos del lenguaje humano como fuentes de la revelación histórica, aunque sólo fuera para relativizar los textos eclesiásticos dogmatizados. Es el nacimiento de la hermenéutica moderna a partir de la herencia de la teología y de la cada vez más controvertida historia del derecho, y que condujo a la institucionalización de los métodos filológicos. Desde entonces todas las nuevas interpretaciones retrospectivas de la historia universal tienen los caminos abiertos. Incluso la aportación específica de nuestro procedimiento hermenéutico —introducirse interpretativamente en la extrañeza y alteridad del pasado para poderlo percibir— no tiene más remedio que traducir ese pasado en el propio lenguaje. En esa medida también aquí aparece la constante antropológica de que toda reescritura de la tradición anterior está obligada a introducirla, aunque sea hermenéuticamente, en la propia experiencia.

Otra modificación de la experiencia remite a la emancipación de los intereses particulares. Este despliegue justificó en un primer momento la autonomía de los estados contra los mandatos religiosos, después la autonomía de los ciudadanos frente a los vínculos corporativos y finalmente proporcionó una legitimación a la expansión industrial y colonial. Todas las explicaciones funcionales que remiten el cambio de experiencia en la modernidad a la defensa de intereses o al aumento de las necesidades económicas permiten desde entonces interpretar nuevamente de manera retrospectiva toda la historia en orden a explicar —análogamente a la arqueología de Tucídides— las condiciones de la experiencia propia del mundo moderno.

Con independencia del método que se utilice, aunque sean métodos estadísticos, se trata siempre de encontrar modificaciones o presupuestos duraderos a largo plazo para poder entender la especificidad de las propias sorpresas. Las tablas estadísticas del siglo XVIII eran a la vez prueba de una providencia divina e instrumento de planificación del poder estatal.[42] Am-

42. Horst Dreitzel, «J. P. Süßmilchs Beitrag zur politischen Diskussion der deutschen Aufklärung», en Herwig Birg (comp.), *Ursprünge der Demographie in Deutschland*, Francfort del Meno/Nueva York, 1986, págs. 29-141.

bos aspectos, tanto el de las condiciones diacrónicas de los acontecimientos que escapan de la experiencia propia espontánea como el intento de influir activamente en los acontecimientos mediante su diagnóstico, caracterizan todavía hoy a los métodos estadísticos.

Una vez que estos procedimientos se configuran, pueden ser aplicados retrospectivamente a todo el pasado, lo que ningún historiador —excepto quizá Tucídides— había pensado antes del siglo XVII. Donde no hay ninguna fuente estadística, las fuentes disponibles son procesadas estadísticamente para reescribir el pasado. Y esto se hace con un éxito empíricamente constatable. Piénsese en la prosopografía o en los ricos análisis demográficos gracias a los cuales se incrementa el conocimiento de una clase, ya sea regional, confesional, de historia de la medicina o en cualquier otro campo, o en las reconstrucciones familiares —no sólo de la nobleza, sino también de los estratos inferiores—, o en los análisis lingüísticos que permiten advertir el cambio en el lenguaje más allá de los textos concretos hermenéuticamente analizados.

Si se intenta deducir un resultado de la reescritura diacrónica, se ofrecen —como ya se planteó anteriormente—[43] dos respuestas unilaterales: toda la historia, tanto del presente como del pasado, puede reducirse a las experiencias primarias de las generaciones que viven en cada momento. En ese caso la historia no sería otra cosa que la historia reescrita en cada momento, en la medida en que puede confirmarse por la propia experiencia. Esta respuesta no sería falsa, pero sí insuficiente. El resultado sería un relativismo consecuente, que reivindica el carácter absoluto de la propia interpretación, pero que —por experiencia— habrá de ser necesariamente superada.

La otra respuesta dejaría el peso de la prueba en la historia inmanente de los métodos. Sin duda los métodos que una vez se formulan son examinables racionalmente, cabe abandonarlos o corregirlos, de modo que gracias a las especificaciones y modificaciones metodológicas se lleva a cabo un progreso cognoscitivo acumulado. Las alternativas de lo falso y lo correcto hay que formularlas con más nitidez y exactitud. Tampoco esta respuesta sería falsa, pero igualmente insuficiente.

43. Véanse pág. 63 y sigs. de este volumen.

El presente ensayo apunta a una articulación antropológica en la que no coinciden absolutamente la historia de los métodos y la historia de la experiencia. Los modos de la experiencia humana preceden formalmente a todas las adquisiciones concretas de experiencia. Sólo así pueden hacerse experiencias concretas, acumularse y ser modificadas. En la medida en que se reflexiona conscientemente sobre este hecho puede llegarse a métodos que lo desarrollen racionalmente. La pretensión formalizable de todos los métodos probablemente corresponda a los modos formalizables de la adquisición de experiencia.

El curso de la historia descansa sobre el hecho de que las experiencias que una vez se hicieron son potencialmente repetibles, no sólo por su reelaboración metodológica, sino porque los mismos modos de experiencia se repiten estructuralmente —de otro modo la historia sería inconcebible—. Lo que de hecho cambia es mucho menos de lo que las sorpresas subjetivas de los afectados permiten suponer. Son los métodos los que permiten repetir las experiencias realizadas en otro momento y es el cambio de método el que elabora las nuevas experiencias y las traduce.

Desde un punto de vista antropológico hay por tanto estructuras duraderas y a largo plazo en las que están contenidas y conservadas las condiciones de posibilidad de las historias particulares. Estas condiciones —los motivos por los que algo pudo suceder así y no de otro modo— hay que definirlas en primer lugar teóricamente, metahistóricamente, para utilizarlas después en la práctica, pero pertenecen a la historia real del mismo modo que las sorpresas únicas desde las que se despliegan las historias concretas. La historia discurre siempre en distintos ritmos temporales, que se repiten o se modifican lentamente; por eso también las experiencias de los hombres se conservan, modifican o quiebran. Se comprende que la historia haya atendido principalmente a la unicidad diacrónica de todos los acontecimientos, ya que todo hombre hace sus propias experiencias —tan única como sea o parezca ser cada persona—. ¿Por qué no ha de ser también todo acontecimiento tan único como la experiencia individual? Pero

aquí hay un error igualmente unilateral. Cada historia incuestionablemente única esconde en sí estructuras que la posibilitan, procesos dentro de espacios de juego limitados que se modifican con una velocidad distinta de la de los acontecimientos. Si se observa esta pluralidad de estratos temporales, entonces toda historia se manifiesta como el espacio de la posible repetición; nunca es sólo diacrónica, sino, en función de su percepción y experiencia temporal, igualmente sincrónica. Ésta es una lección de Tucídides que hay que hacer efectiva con nuestros métodos especializados. Por eso voy a plantear finalmente un intento en esa dirección. Muchas de las modificaciones epocales de la experiencia hasta ahora discutidas que obligan a reescribir la historia precedente fueron percibidas y elaboradas metodológicamente por los vencidos. Esto permite suponer que aquí reina una constante antropológica cuyo criterio formal consiste en su repetición sincrónica.

5. La historia de los vencedores, una historiografía de los vencidos

Es un principio de experiencia acreditable que a corto plazo la historia la hacen los vencedores, a medio plazo probablemente se mantenga así y a largo plazo no hay quien la controle. Nuestra última serie de ejemplos, referida a reinterpretaciones del pasado a largo plazo, puede ponerlo de manifiesto. El cambio estructural de la arqueología de Tucídides, la providencia divina, los comportamientos maquiavélicos, los intereses socioeconómicamente condicionados, las constantes o las tendencias: frente a todas estas realidades a largo plazo el hombre puede reaccionar activamente, pero terminan sustrayéndose a su disposición. Tematizarlas no puede ser el interés fundamental de los vencedores. La historia de éstos está construida sobre el corto plazo, se concentra sobre aquella cadena de acontecimientos que, gracias a su acción, les han proporcionado la victoria. Y cuando apelan a tendencias a largo plazo, a la providencia divina, a un camino inevitable hacia, por ejemplo, el Estado nacional, el socialismo real o la libertad, para legitimar históricamente la victoria, esto lleva con facilidad a deformaciones del estrato del pasado —piénsese en la historia de la

civilización de Guizot[44] o en la historia de Prusia de Droysen—[45] que difícilmente soportarían una mera crítica ideológica textual. El historiador que está a favor de los vencedores está fácilmente inclinado a interpretar los éxitos obtenidos a corto plazo mediante una teleología *ex post* a largo plazo.

Ocurre lo contrario entre los vencidos. Su primera experiencia es que las cosas han salido de manera distinta a lo que pretendían o esperaban. Cuando reflexionan, entran en una situación de necesidad justificativa para explicar por qué todo ha sucedido de otra manera y no como lo habían pensado. De este modo puede ponerse en marcha una búsqueda para comprender, y tal vez explicar, a largo plazo los motivos de la actual sorpresa. Muchas cosas hablan en favor de la hipótesis de que precisamente a partir de sus impresionantes experiencias únicas surge una visión a largo plazo y de mayor fuerza esclarecedora. Puede que la historia —a corto plazo— sea hecha por los vencedores, pero los avances en el conocimiento de la historia —a largo plazo— se deben a los vencidos.[46]

La hipótesis de que las concepciones más profundas acerca de la historia proceden de los vencedores no permite por supuesto deducir que toda historia escrita por los vencidos sea por ello más productiva. Tras 1918 los alemanes se indignaron con el parágrafo 231 del Tratado de Versalles, que les culpabilizaba, y desencadenaron una discusión moralizadora acerca de su inocencia que les impidió hacerse cargo de los motivos más profundos y a largo plazo de su derrota. Por comparación, el análisis autocrítico que Hip-

44. François Guizot, *Histoire générale de la Civilisation en Europe*, 1827, París, 1842 (5ª ed.) (trad. cast.: *Historia de la civilización en Europa*, Madrid, Alianza, 1990).

45. Gustav Droysen, *Geschichte der Preußischen Politik*, 5 partes en 14 tomos, Leipzig 1855-1886.

46. Por lo que se me alcanza, únicamente los judíos y los griegos consiguieron, por oposición a todas las representaciones oficiales de los éxitos alcanzados, asimilar también las derrotas y obtener conocimientos de ellas. Puede que esto ayude a explicar el modo en que la historiografía europea ha aprendido a reflexionar metodológicamente acerca de su historia, un aspecto en el que también habría que mencionar la historiografía islámica, la de Ibn Khalduo por ejemplo, que cabe entender a partir de la misma herencia.

polyte Taine realizó sobre las condiciones de la derrota francesa de 1871 era mucho más reflexivo, precisamente a causa de su temática planteada a largo plazo y desde una perspectiva psicológico-antropológica, a saber, *Les origines de la France contemporaine* en la Ilustración y en la Revolución: «Yo he escrito como si mi tema hubiera sido las revoluciones de Florencia o de Atenas».[47] El punto antihistoricista de su comparación potencial con otras revoluciones remite a nuestra hipótesis. La experiencia de haber sido vencido contiene oportunidades cognoscitivas que sobreviven a sus motivos, precisamente porque el vencido está necesitado de reescribir, a causa de la suya, también toda la historia. Así se explican numerosas innovaciones metodológicas e interpretaciones novedosas de la historia, tras las que están derrotas completamente personales y modificaciones de la experiencia específicas de una generación.

La primera experiencia política de Heródoto fue el destierro de su familia por el tirano Ligdamis de Halicarnaso. Y también la ampliación del imperio marítimo ático constituyó para él una experiencia imperiosa que, tal vez para elaborarla, le llevó a Atenas, de donde pasó a la colonia ática de Turioi. Es cierto que no suele contársele entre los vencidos, pero, como ha mostrado Christian Meier,[48] estaba de parte de los que se veían cuestionados durante el acelerado cambio de experiencia que tuvo lugar en el siglo V de la era clásica. Que las antiguas grandes ciudades fueran ahora pequeñas y las entonces pequeñas hubieran aumentado, que la felicidad es inconstante, esa máxima experiencial que precede a sus historias puede ser igualmente entendida como una respuesta permanente que habría extraído de todas sus historias particulares.[49]

Tucídides vino poco después para separar como general a Atenas de su aliada Amfípolis y por ello fue desterrado veinte años. «Estuve en ambas partes», añadía lacónicamente.[50] Tras la primera sorpresa de que los hechos hubieran sucedido de distinta manera de como habría querido, se le impuso una visión de las cosas que le permitió reconstruir toda la guerra desde la lejanía, desde el punto de vista de ambas partes. Tucídides supo utilizar metodológicamente aquel mínimo de objetividad que enseña a concebir una historia únicamente desde la experiencia de todos los participantes. Que en toda historia se contiene más de lo que puede pensar el protagonista particular, que está gobernada por fuerzas que actúan a largo plazo, es algo que Tucídides fue capaz de reconocer y plantear a partir de su obligada distancia. Era la distancia reflexiva del vencido y exiliado. En tanto que ateniense, pertenecía finalmente a los perdedores. Por eso, debido a la elaboración de aquella experiencia concreta, cabe todavía hoy leerlo como un contemporáneo. Hay incluso historias que resisten a la crítica ideológica, que están blindadas metodológicamente, porque han convertido experiencias primarias en algo inconfundible e insustituible.

47. Hippolyte Taine, *Les origines de la France contemporaine. La Révolution,* tomo 1: *L'anarchie,* París, 1893 (17 ed.), pág. III (trad. cast.: *Los orígenes de la Francia contemporánea*, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1996).

48. Meier, *Entstehung des Politischen*, pág. 434.

49. Heródoto, *Historia*, I, 5.

50. Tucídides, V, 26; IV, 102-108.

Polibio, llevado como rehén a Roma, tuvo que pasar a través de la absoluta alienación como vencido antes de aprender a identificarse con el vencedor hasta el punto de poder describir su elevación a potencia mundial, pero desde una perspectiva que era obligadamente interior y exterior al mismo tiempo, de un modo que no habían podido hacer nunca los romanos victoriosos.[51]

Es cierto que, desde el punto de vista empírico, muchas razones de tipo psicológico, social o religioso aconsejan que un historiador, como exigía Luciano,[52] escriba su historia *apolis,* para articular cercanía y lejanía tanto desde el punto de vista espacial como temporal. Pero ser vencido es una experiencia específica, que no se aprende ni intercambia, una experiencia histórica genuina que, como en los casos mencionados, posibilitaba un método que confería duración a la experiencia obtenida.

Esto vale también para los historiadores romanos. Salustio, el discípulo espiritual de Tucídides, se retiró cuando ya no podía actuar como político en los conflictos irresolubles de la guerra ci-

51. Plutarco alaba más tarde a Polibio porque Clío había llevado a plenitud la obra del autor con ayuda de su destierro. Véase Renate Zöpffel, *Untersuchungen zum Geschichwerk des Philistos von Syrakus,* tesis doctoral, Friburgo, 1965, pág. 65.

52. Luciano, *Hist. conscrib.*, 41.

vil para investigar como historiador los motivos de la decadencia. En Tácito se encuentra la experiencia originaria de una situación de guerra civil abierta y enmascarada. Como testigo juvenil del año de los cuatro emperadores (68-69), como senador en el sistema de terror de Domiciano, Tácito remite a los límites de lo humanamente posible que, no obstante, siempre pueden ser ampliados y traspasados. De qué modo la mentira se convierte en costumbre, el miedo y el valor en delito, y actúan sobre actores y espectadores para incrementar y perpetuar el terror, experiencias de este tipo son las que Tácito, gracias a su método sutil, ha traducido en un conocimiento de profundidad generacional. «*Reperies qui ob similitudinem morum aliena malefacta sibi objectari putent*.»[53] Ésta fue la sabiduría de uno que estaba atrapado inexorablemente por las circunstancias, de alguien vencido existencialmente.[54] Por eso cabe apelar a su experiencia en situaciones análogas, sin perder en actualidad o en verdad. Por eso Lipsius fundamentó su sistema político sobre los anales y las historias de Tácito (que clasificó de este modo) para mostrar cómo salir de la confusión de las guerras de religión sin tener que citar a la controvertida Biblia. La experiencia transmitida por Tácito había hecho también previsibles los umbrales que rebasarían las confesiones fanáticas. No sólo se ganaron nuevos conocimientos, sino que se hicieron posibles en la medida en que cabía apelar a conocimientos a largo plazo. Era posible justificar históricamente respuestas racionales, políticas.

El ciudadano romano san Agustín también perteneció a los vencidos. Cuando en el año 410 una tromba de fugitivos se desplazó de la Roma conquistada por Alarico al norte de África, cayó en la cuenta de que la cristianización victoriosa del Imperio romano ya no podía asegurarse. La respuesta que san Agustín encontró es tan única en su momento como históricamente duradera. Por

53. Tácito, véase n. 25; *Anales*, 4, 33. Véase recientemente Albrecht Dihle, *Die Entstehung der historischen Biographie,* Heidelberg, 1987 (Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie. Phil.-hist. Klasse [1986], 3), pág. 46.

54. Véase la introducción a las historias de Viktor Pöschl, Stuttgart, 1959 y Reinhart Koselleck, «Revolution», en *Geschichtliche Grundbegriffe*, tomo 5, pág. 69.

medio de su doctrina de los dos mundos buscó la salvación más allá de toda la historia, relativizando escatológicamente los intentos de autoorganización terrenal, algo que enseñó a interpretar con tanta sobriedad. Es cierto que su primera elaboración de la experiencia política de la catástrofe era teológica y sólo indirectamente histórica. Pero su interpretación contenía también para el futuro la oportunidad de soluciones institucionales —en la formulación dual de *sacerdotium* e *imperium*—, y enseñó a leer todo el pasado —dicho de manera moderna— sobre la finitud estructural del poder humano y la socialización. Quien ya no comparta su método de exégesis bíblica puede no obstante asumir los principios de experiencia histórica que en él se contienen.

En el umbral de la modernidad se encuentran tres vencidos que enseñaron a reescribir el propio tiempo y el pasado mediante concepciones que siguieron siendo ejemplares para la posteridad. De la obra de Commynes se ha comprobado que hasta finales del siglo XIX hubo 123 ediciones. Creó el nuevo género de las memorias en las que se perfilan las experiencias insólitas de un mundo que se está generando políticamente a sí mismo. Estas experiencias fueron traducidas en conocimiento duradero mediante reflexiones acerca de la conquista del poder, su expansión y sus límites (todavía entonces puestos por Dios). Tras la anexión de Borgoña por parte de Luis XI aprendió a juzgar a Francia «estereoscópicamente».[55] Pero sus memorias las escribió únicamente a partir del destierro de la corte francesa. El mismo destino sufrieron Maquiavelo, expulsado de Florencia por los Medici en 1512, y Guiccardini en 1530, como exiliado y proscrito de la república provisional de Florencia. Ambos perdieron sus posiciones destacadas en la diplomacia, el ejército y la administración, después de haber buscado inútilmente una salida republicana moderada a la crisis permanente de su ciudad-Estado. Ambos escribieron sus grandes obras en el destierro y encontraron motivos que escapan al control directo. Tematizaron el cambio de los comportamientos sociales, las mentalidades y las formas de constitución, visibles en

55. Fritz Ernst, «Philippe de Commynes», en Gunter G. Wolf (comp.), Fritz Ernst, *Gesammelte Schriften,* Heidelberg, 1985, págs. 263-288, para esto véase pág. 279.

la creciente implicación de la política interior y la política exterior. Lo que comenzó siendo escepticismo forzado por unas circunstancias se hizo método, y así se convirtieron en profesores de la política moderna y de la historiografía política correspondiente.[56]

Nuestra experiencia específicamente moderna de que no sólo cambian los acontecimientos, sino también los presupuestos de esos acontecimientos, las estructuras mismas —y esto de modo evidente, no sólo retrospectivamente, sino ya en la percepción inmediata—, condujo a un perspectivismo temporal de toda la historia, ahora reflejado conscientemente en los métodos. No sólo la recurrente mutabilidad de todas las cosas, la *mutatio rerum*, sino el cambio en cuanto tal se convirtió en el gran tema de la historia. Desde entonces hay un nuevo tipo de vencidos: los que se ven superados por la historia o por el progreso, o los que se han puesto como tarea hacerse con ese proceso o superarlo. Desde entonces no sólo la vinculación a una posición política se traduce en una visión de la historia —como más o menos ha ocurrido siempre—, sino que la determinación de la situación social y económica juzga acerca de quién se queda atrás y quién se adelanta. Es la historia «burguesa» en el horizonte de la primera experiencia del progreso y de sus consecuencias. Haberlo comprendido y haber extraído metodológicamente por primera vez las consecuencias es un mérito de los escoceses.

Es muy plausible la hipótesis de que el gran cambio de método que llevaron a cabo los historiadores sociales escoceses sólo era posible al sotavento de Inglaterra. Trataron de explicar el cambio estructural, a largo plazo, que podía observarse en el tránsito de la Inglaterra comercial al industrialismo. Los escoceses vivían comparativamente en una organización arcaica de clanes, cuyos representantes habían sido incorporados en 1707 al parlamento inglés. Antes y después de la sangrienta derrota de los Estuardo en 1745-1746 se encontraban en un clima de sospechas jacobitas, al tiempo que disponían de unas instituciones teológicas y filosóficas muy desarrolladas, especialmente las universidades, desde donde podían observarse estos procesos con la distancia de los que no participan inmediatamente en ellos.

Desde la perspectiva de quienes se quedan atrás, el adelanto de Inglaterra fue la experiencia primaria de Kames, Hume, Robertson, Ferguson, Smith, Millar, Stewart, de modo que elevaron la diferencia temporal a punto de partida metodológico de sus nuevas historias. En una utilización consecuente de todos los innovadores históricos del pasado, agotando viejos y nuevos informes de viajes, los escoceses buscaron presupuestos jurídicos, económicos, religiosos, morales, culturales, en definitiva, «sociales» para, mediante sn análisis, derivar a partir de un mínimo de constantes naturales un máximo de cambio evidente. Dado que es difícil encontrar fuentes inmediatas para este tipo de cuestiones —que hacen de la historia política y sus acontecimientos un epifenómeno del cambio estructural—, los escoceses elaboraron hipótesis y conjeturas en su argumentación. La configuración de una teoría se convirtió en postulado del método. ¿De qué otra manera podían verificarse en el pasado o en el presente las «experiencias» que no son inmediatas ni originarias sino por medio de la hipótesis teórica de una «historia natural de la sociedad burguesa»? El recurso a la «naturaleza» de las modificaciones sociales e institucionales permitía también proceder sistemática y comparativamente remitiendo la confirmación empírica y de fuentes a una ulterior investigación científica. Desde entonces se ha hecho posible bosquejar escalonadamente y con un futuro abierto toda la historia con ayuda de teorías económicas y sociológicas, pero también políticas e incluso antropológicas.[57]

56. Rudolf von Albertini, *Das florentinische Staatsbewußtsein im Übergang von der Republik zum Prinzipat*, Berna, 1955; un título que remite con razón al paralelismo básico de la historia romana que fue introducido por ambos exiliados en sus métodos. Véase Gisela Bock, «Machiavelli als Geschichtsschreiber», en *Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken* 66, 1986, págs. 153-191. En la pág. 187 se advierte de que «la técnica del discurso ficticio tal vez le acercó más a la verdad histórica que a mucho historiador posterior la moderna técnica de la cita».

57. Véase Hans Medick, *Naturzustand und Naturgeschichte der bürgerlichen Gesellschaft. Die Ursprünge der bürgerlichen Sozialtheorie als Geschichtsphilosophie und Sozialwissenschaft bei Samuel Pufendorf, John Locke und Adam Smith*, Gotinga, 1973, y Hans Medick/Zwi Batscha, «Introducción a Adam Ferguson», *Versuch über die Geschichte der bürgerlichen Gesellschaft*, traducción de Hans Medick, Francfort del Meno, 1986; Michel Foure, «Le Scottish

Baste ahora con dejar planteada la cuestión de hasta qué punto la aportación metodológica específica de la escuela histórica alemana es análoga a la contribución de los escoceses. Lo que sí puede afirmarse es que Niebuhr y Wilhelm von Humboldt, los iniciadores teóricos y empíricos del método filológico reflexivo, no pueden ser entendidos sin el ejemplo del precedente británico y de la Revolución francesa. La política y la economía que se extienden del oeste hacia el este obligan a la inteligencia alemana a una reflexión. Cabe dudar de que el recurso únicamente a las fuentes aseguradas lingüísticamente haya sido suficiente para asegurar un conocimiento racional. En todo caso, Niebuhr se entendió a sí mismo como vencido, le fue «como a Tácito».[58] Y ambos, Humboldt y Niebuhr, fracasaron —pese a todas sus grandes aportaciones administrativas y políticas— como hombres de Estado. Sus obras innovadoras de historia e historia de la lengua, de las constituciones, del derecho y de la economía, pueden interpretarse como compensaciones de una obligada renuncia.

La experiencia primaria de la historiografía francesa sigue siendo por el contrario la gran revolución y sus renovadas arremetidas. Toda la historia francesa tras 1789 podría clasificarse —decreciendo poco a poco— según quién ordena las fases de la revolución y pertenece así a los vencidos o a los ganadores provisionales. Medida en estas quiebras temporales, la figura más destacada es Tocqueville,[59] que había aceptado plenamente como aristócrata la decadencia de su estamento privilegiado. De él procede la primera interpretación a largo plazo de la revolución, cuyos argumentos no fueron más que confirmados por los acontecimientos revolucionarios, hacia una creciente organización administrativa de una sociedad cada vez más igualitaria. La revolución se convirtió en aceleradora de las tendencias que la empujaban, lo que los vencedores provisionales experimentaron como su éxito y los vencidos como «historia».

De manera inversa puede leerse a Marx. Interpretó el desarrollo de la historia como un camino hacia la victoria de la clase hasta entonces sometida, mientras que el vencedor provisional sería completamente superado por la clase proletaria. Pero a pesar de todas las premisas histórico-filosóficas que sostenían sus interpretaciones, sus escritos específicamente históricos, sobre la Revolución de 1848-1849 y sobre la Comuna, los escribió *en tanto que* ganador, aunque no *como un* ganador. Partiendo de la derrota actual que tenía que asumir como portavoz intelectual del proletariado, trató de averiguar las explicaciones a largo plazo que habrían de asegurar un éxito en el futuro histórico. Por eso terminó desarrollando métodos de crítica de la ideología que trataban de vincular los procesos económicos a largo plazo con la política actual. El método elaborado en aquel momento le sobrevivió, aun cuando el curso efectivo de la historia no discurrió como había esperado.

Enlightenment. Naissance d'une anthropologie sociale», en *Revue de Synthese* 4, 1986, págs. 411-425.

58. «El tiempo desdichado de la humillación de Prusia forma parte de la producción de mi historia [...] Volví a una gran nación, hace tiempo desaparecida, para fortalecer mi espíritu y el de mis oyentes. Nos fue como a Tácito»; Franz Lieber, *Erinnerungen aus meinem Zusammenleben mit B. G. Niebuhr.* Traducido del inglés por el doctor K. Thibaut, Heidelberg, 1837, pág. 199, citado por Franz X. von Wegele, *Geschichte der deutschen Historiographie,* Munich/ Leipzig, 1885, pág. 998. El análisis de Alfred Heuß llega, entre otras, a la siguiente conclusión: «Lo que había sido medio para hacer frente a una situación política y no se había solucionado así, permaneció en sus manos como medio fructífero de conocimiento histórico. Había tenido lugar una transformación. Lo que ya no valía para la actualidad adquirió un valor propio, y aquel Niebuhr "político" dejado en la estacada tenía como historiador una nueva arma en sus manos: había descubierto un principio hermenéutico nuevo, irrenunciable a partir de entonces, para el trato con la historia», en Alfred Heuß, *Barthold Georg Niebuhrs wissenschaftliche Anfänge. Untersuchungen und Mitteilungen über die Kopenhagener Manuscripte und zur europäischen Tradition der lex agraria (loi agraire),* Gotinga, 1981, pág. 455; un elocuente ejemplo de cómo el impacto político que busca justificaciones históricas y analogías conduce a procedimientos cognoscitivos que se autonomizan en la medida en que, *nolens volens,* van más allá de las cuestiones de las que se partía. Sobre la «derrota» de Humboldt como hombre de Estado véase Siegfried H. Kaehler, *Wilhelm von Humboldt und der Staat,* Gotinga, 1963 (2ª ed.), cap. 6.

59. Véase Carl Schmitt, «Historiographie in nuce. Alexis de Tocqueville», en *Ex captivitate salus,* Colonia, 1950, págs. 25-33. Allí también podemos encontrar la despectiva frase de Guizot: *C'est un vaincu qui accepte sa défaite.*

Queda abierta la cuestión de si Max Weber no pertenece también a los existencialmente vencidos. Muchas cosas hablan a favor de la suposición de que era un vencido que no pudo intervenir en la historia real y por ello —casi de manera fatalista— desarrolló teorías que hacen posible un análisis metodológico de los cambios estructurales a largo plazo que van más allá de todas las experiencias particulares.

Basten los ejemplos. Cada historiador podrá considerar como casos únicos a los grandes innovadores en la historia de la comprensión metodológica de las experiencias históricas. Las innovaciones metodológicas serán remitidas al texto mismo o a las capacidades personales de carácter social, psíquico o a otras disposiciones. Tampoco este ensayo ha dejado de poner en juego tales argumentos. Pero la cuestión de los vencidos ha tratado de proporcionar una interpretación antropológica estable. En el hecho de ser un vencido reside un potencial inagotable de conocimiento.

El cambio histórico se alimenta de los vencidos. En la medida en que éstos sobreviven, han hecho la experiencia insustituible de todas las historias: que suelen discurrir de manera distinta a como lo pretenden los afectados. Esta experiencia única no es elegible ni se puede repetir. Pero puede elaborarse buscando los motivos que perduran a medio o largo plazo, es decir, que son repetibles. Esto es precisamente lo que caracteriza a los métodos. Se pueden separar de su motivación inicial y ser nuevamente aplicados. La experiencia que una vez adquirieron los vencidos —¿qué vencedor no pertenece a ellos a largo plazo?— y que convirtieron en conocimiento está siempre disponible por encima de todo cambio de experiencia. Puede que aquí se contenga un consuelo, quizás una ganancia. En la práctica consistiría en ahorrarnos las victorias. Pero contra ello hablan todas las experiencias.

ESPACIO E HISTORIA

Hablar acerca del espacio y la historia y ponerlos en relación significa hacer uso de dos conceptos que son bien conocidos y habituales en el lenguaje ordinario. Ahora bien, desde el punto de vista de la ciencia son todo lo contrario de claros o indiscutidos. Puedo hablar de espacio como una realidad de cuatro dimensiones, puedo definirlo como un campo de fuerzas o como forma de la intuición pura, puedo hablar de espacio vital o de espacio del corazón. Si, por otro lado, defino la historia como narración o como creadora de identidad, si la encuadro como ámbito de investigación de las ciencias sociales, todas estas decisiones previas conducen a muy diversas determinaciones de la relación entre espacio e historia. Que la historia, sea lo que sea, tiene que ver con el espacio o, mejor, que las historias tengan que ver con los espacios, nadie lo negará. Pero la pretensión de generalidad de ambas categorías es tan elevada que no deben ni difuminarse ni sobrecargarse emocionalmente.

Una mirada sobre la literatura especializada aumenta la confusión. En primer lugar llama la atención que la vieja historiografía haya tematizado el mundo de los hombres, sus obras y sus acciones, así como la naturaleza, sin haberlos distinguido suficientemente.[1] Por eso sorprende la analogía cuando en Japón se utiliza la misma expresión para historia y espacio. Desde el siglo XVIII se separan en Europa naturaleza e historia. Al mismo tiempo es historizado el concepto de naturaleza, hasta entonces estático, y sometido a leyes de desarrollo diacrónico. La *historia naturalis*, hasta entonces un caso de la antigua historia omniabarcante, se autonomiza convirtiéndose en historia de la naturaleza, se tempo-

1. Arno Seifert, *Cognitio Historica. Die Geschichte als Namengeberin der frühneuzeitlichen Empirie*, Berlín, 1976.

raliza y es investigada desde entonces con su secuencia temporal y con los métodos de la ciencia natural, que se distinguen de los métodos de las ciencias de la cultura o de las humanidades.[2] Así surge la cuestionable oposición entre naturaleza e historia, que todavía nos ronda, quizás hoy más que antes a causa del desafío de los problemas ecológicos. Falta en este boceto el concepto «espacio». Esto se debe fundamentalmente a que hay muy buenas exposiciones científicas del concepto,[3] pero también a que falta una historia conceptual del concepto «espacio». En esta medida, al hablar ahora de espacio e historia entre consideraciones científicas, me muevo sobre un suelo inseguro, y será en la parte final cuando intente poner en relación el tiempo y el espacio.

I

Comienzo con la primera parte. Desde el siglo XVIII espacio y tiempo son habitualmente referidos el uno al otro, pero no espacio e historia. Las ciencias naturales desarrollan sus propias teorías y procedimientos de medida para analizar el espacio y el tiempo, del

2. Wolf Lepenies, «Das Ende der Naturgeschichte und der Beginn der Moderne. Verzeitlichung und Enthistorisierung in der Wissenschaftgeschichte des 18. und 19. Jahrhunderts», en R. Koselleck (comp.), *Studien zum Beginn der modernen Welt,* Stuttgart, 1977, págs. 317-351, así como Reinhart Koselleck, «Geschichte, Historie», en Otto Brunner y otros (comps.), *Geschichtliche Grundbegriffe,* Stuttgart, 1975, tomo 2, págs. 678-682: «Von der "historia naturalis" zur "Naturgescchichte"».

3. C. F. v. Weizsäcker, *Die Geschichte der Natur,* Gotinga, 1948, 1964 (6ª ed.); Max Jammer, *Das Problem des Raumes. Die Entwicklung der Raumtheorien,* Darmstadt, 1960 (traducción alemana de la edición americana, Nueva York, 1954); Elisabeth Ströker, *Philosophische Untersuchungen zum Raum,* Francfort del Meno, 1965, con una tematización de la dimensión antropológica del concepto de espacio. Sobre la noción de «espacio vital», hay nna breve y clara descripción psicológica y política de la historia del concepto en A. Lang y J. Debus, *Historisches Wörterbuch der Philosophie,* Basilea, 1980, tomo 5, págs. 143-147; para la historia filosófico-científica del concepto de «espacio», véase el mismo diccionarin, Basilea, 1992, tomo 8, págs. 67-111; para una historia psicológica del concepto véanse págs. 111-121, y para una historia del coucepto de espacio político por W. Köster, véanse págs. 122-131.

mismo modo que las ciencias humanas tienen sus propias teorías y procedimientos de medida para manejar el espacio y el tiempo como conceptos históricos. Esta contraposición entre las categorías científicas e históricas del espacio y el tiempo es moderna. A la vieja historia en tanto que ciencia general de la experiencia pertenecía tanto el saber acerca de la naturaleza, como la geografía en sentido estricto y la cronología. Por lo menos hasta Kant y Herder los historiadores declaraban normalmente que su trabajo tenía que ver con el espacio y con el tiempo, refiriéndose así a un espacio histórico y a un tiempo histórico en el horizonte de la propia historización.

La geografía ha entrado desde entonces en una situación precaria, al tener que ser tanto parte de las ciencias de la naturaleza como también —en tanto qoe geografía humana, geografía cultural, etc.—[4] parte de las ciencias sociales y del espíritu. De este modo la geografía sólo puede ser concebida adecuadamente como ciencia interdisciplinar, aunque haya sido clasificada por una historia arrogante como mera ciencia auxiliar.

Consideremos en primer lugar la declaración de los historiadores según la cual el espacio y el tiempo son las premisas de su propia ciencia. Droysen aparece aquí gracias a su propia definición cuando, en la tradición kantiana, define el espacio y el tiempo como «registros de nuestra concepción» y declara que su sistema de signos «como tal» no descansa en el mundo exterior. Así adopta la perspectiva trascendental kantiana. Espacio y tiempo, dice, «se refieren correlativamente en cuanto que su disyuntiva echaría por tierra todo aquello de lo que tenemos noticia por la percepción [...] Las intuiciones absolutamente generales de espacio y tiempo son vacías».[5] Tienen que ser llenadas empíricamente.

4. Hermann Overbeck, *Kulturlandschaftsforschung und Landeskunde,* Heidelberg, 1965 (*Heidelberger Geographische Arbeiten*, editado por G. Pfeifer y H. Graul, cuaderno 14); del mismo autor, *Die Entwicklung der Anthropogeographie (insbesondere Deutschland) seit der Jahrhundertwende und ihre Bedeutung für die geschichtliche Landesforschung,* en *Blätter für deutsche Landesgeschichte,* 91 (1954), págs. 182-244, reimpreso en Pankraz Fried (comp.), *Probleme und Methoden der Landesgeschichte,* Darmstadt, 1978, págs. 190-271.

5. Johann Gustav Droysen, en Rudolf Hübner (comp.), *Historik,* Munich/Berlín, 1943 (2ª ed.), págs. 8 y sigs., así como las págs. 406-415 sobre «naturaleza e historia».

Droysen no utilizó la idea de que los sujetos que intervienen en la historia y sus interacciones tienen sus propios espacios y tiempos, idea que ya Herder había desplegado críticamente frente a Kant. Fue mérito de los hermanos Humboldt, de Ritter, Kapp y Ratzel, haber tematizado la constitución espacio-temporal de las historias empíricas. Encontraron sus herederos en Lamprecht y en colegas que desarrollaron ese concepto en la historia regional, en tanto que proyecto de una historia social empíricamente fundamentable, que trataba de integrar todas las condiciones y factores de una totalidad acotada.[6]

Ante la alternativa formal entre el espacio y el tiempo, una abrumadora mayoría de los historiadores optó por una preponderancia, teóricamente poco fundamentada, del tiempo. Así afirmaba Bernheim que la materia histórica no posibilitaba ninguna separación sistemática. Por eso escribió acerca del método histórico con el subtítulo «filosofía de la historia». Y es que la historia se fundamenta, como decía, en la sucesión temporal. Los acontecimientos, en tanto que modificaciones en el tiempo, se escapan de toda sistemática. El axioma histórico de la unicidad gobierna aunque pueda no parecerlo. Pero es realmente desconcertante su deducción de que una sistemática espacial es mucho menos posible: «La forma de aparición en el espacio, a pesar de su importancia eminente, tiene tan escasa significación para la reflexión histórica que no se puede justificar en ella ninguna separación general, sino que ha de subordinarse a lo temporal».[7] Incluso la historia universal de Helmolt, geográficamente concebida, no ordena la materia espacialmente, sino de acuerdo con las etnias y las culturas, cronológicamente, y no según los espacios.

En 1912 Rieß se suma a este veredicto con su historia positivista. En una de las 400 páginas menciona condiciones geográficas de las constelaciones históricas y concluye: «Pero una metodología seria de la historiografía no debe detenerse en tales presupuestos evidentes del pensamiento histórico». Remite esas evidencias a los geógrafos y los estadísticos.[8] La preferencia por el tiempo frente al espacio es, de entrada, plausible. Primeramente por un motivo general: el historiador se interesa desde siempre por las novedades, por el cambio y las modificaciones, en la medida en que se pregunta cómo se ha llegado a la situación actual que se contrapone a la anterior. A esto se añade un motivo especial: la experiencia única que se ha impuesto en Europa desde aproximadamente 1770 sobre el horizonte del progreso técnico-industrial y su vehemente presión de cambio. Dado que desde entonces no sólo los acontecimientos se superan entre sí, lo que siempre había ocurrido, sino que también se están modificando las formaciones sociales —es decir, las condiciones estructurales de los acontecimientos—, toda la historia puede ser tratada como una secuencia única bajo el primado de la cronología. A este principio de experiencia no corresponde necesariamente un privilegio de la historia de los acontecimientos y por eso en 1986 el congreso de los historiadores puede organizarse sobre el tema «Espacio e historia».

Mi tesis es de entrada la siguiente: tanto el espacio como el tiempo pertenecen, dicho categorialmente, a las condiciones de posibilidad de la historia. Pero también el «espacio» mismo tiene una historia. El espacio es algo que hay que presuponer metahistóricamente para toda historia posible y, a la vez, algo historiable porque se modifica social, económica y políticamente. Este doble uso de la categoría del espacio es lo que ha motivado numerosas ambigüedades que voy a tratar en parte de clarificar.

En primer lugar, la historia de una concepción del espacio como algo autónomo está bien investigada y no tiene sentido repetirla ahora. El camino desde las cosmogonías míticas hasta las cosmologías empíricamente verificadas, el descubrimiento de la globalidad de una tierra entendida hasta entonces como una parte posibilitó una ruptura con el denominado espacio absoluto de Newton hasta su relativización, que comenzó con Leibniz y condujo a Einstein, ya fuera mediante la definición de ese espacio re-

6. Véase Karl-Georg Faber, «Was ist eine Geschichtslandschaft?», en *Festschrift Ludwig Petry,* Wiesbaden, 1968, págs. 1-28, y, del mismo autor, «Geschichtslandschaft —Région historique— Section in History. Ein Beitrag zur vergleichenden Wissenschaftsgeschichte», en *Saeculum* 30/1 (1979), págs. 4-21.

7. Ernst Bernheim, *Lehrbuch der Historischen Methode und der Geschichtsphilosophie,* Leipzig, 1889 (1ª ed.), 1903 (4ª ed.), pág. 46.

8. Ludwig Rieß, *Historik. Ein Organon geschichtlichen Denkens und Forschens,* Berlín/Leipzig, 1912, pág. 69.

latívizado como una magnitud continua o dinámica. Como historiadores, podemos poner esta historia de las representaciones del espacio en la cuenta de la filosofía o de las ciencias naturales, que han tenido una gran influencia sobre la economía y la política pero que no atañen a la historia del espacio, que es el tema de los historiadores de la geografía política o histórica.

El segundo punto de vista: la geografía histórica se ha ido elaborando a partir de los trabajos estadísticos de las unidades estatales de la primera modernidad. En ellos se reconstruyen los pasados espacios de vida y acción de las unidades políticas, jurídicas, económicas, eclesiásticas o sociales en el marco de sus cambiantes condiciones y consecuencias geográficas. Tratan de reconstruir las llamadas realidades del pasado sin tratar de reconstruir las antiguas concepciones del espacio. La cartografía actual del mundo antiguo, por ejemplo, no inserta sus datos en las representaciones antiguas del espacio, sino que las dibuja sobre mapas producidos con los actuales procedimientos de medida, y anota científicamente las modificaciones geológicas o climáticas que el mundo antiguo lógicamente no conocía. En el curso de su autofundamentación, los geógrafos de la historia han desarrollado una continua disputa con sus colegas de las ciencias naturales que estudian la geografía sin considerar la actividad de los hombres. Desde el punto de vista científico esta discusión está más bien obsoleta.[9] Y es que ni la geología natural ni la geografía humana necesitan más justificaciones.

Por ello quisiera entender nuestra propia pregunta por la relación del espacio y la historia de manera bipolar. En un extremo de la escala está la condición natural de toda historia humana, que remite a sus condicionamientos naturales o, en sentido estricto, por decirlo con Ratzel, a las situaciones geográficas. En el otro extremo de la escala aparecen aquellos espacios que el hombre mismo crea, o que se ve obligado a crear, para poder vivir. Entre ambos extremos surge la tensión productiva entre geólogos y morfólogos, por un lado, y geógrafos humanos o planificadores del espacio, por otro.

9. Ahora nuevamente popularizada por Hermann Hambloch, *Der Mensch als Störfaktor im Geosystem*, Opladen, 1986 (Rheinisch-Westfälische Akademie der Wissenschaften, G 280).

Déjenme explicarlo en relación con la historia: las condiciones naturales de la historia humana se basan en aquello que estudian la astrofísica, la geología, la geografía, la biología y la zoología en tanto que ciencias. Todas estas condiciones naturales tienen su propia historia, con líneas de evolución que se calculan por millones. Se trata siempre de historias que se desarrollan sin presuponer la conciencia humana, pero de las que sólo nosotros podemos tener conciencia histórica. Todos los datos que nos ofrecen estas historias naturales hay que definirlos como metahistóricos en relación con la historia humana. Metahistóricas son, por tanto, las condiciones de posibilidad de la historia que no están a nuestro alcance pero que, al mismo tiempo, en tanto que condiciones de nuestra acción, se convierten en desafíos para la actividad humana. Habría que mencionar la tierra y el mar, las costas y los ríos, las montañas y los llanos, todas las formaciones que han surgido geológicamente y sus riquezas minerales. También éstas pertenecen a las condiciones metahistóricas, pues pueden explotarse, pero no se pueden reemplazar. También hay que mencionar el clima y el cambio climático, sin los que son inexplicables tanto el cambio en el mundo vegetal y animal como la génesis de culturas humanas desarrolladas. Todas ellas son condiciones de posibilidad de las historias, condiciones que no están a disposición humana, pero que el hombre puede aprovechar.

En nuestro siglo el clima se introduce, *nolens volens,* en el ámbito de nuestra disposición, como ya había ocurrido crecientemente siglos antes con el mundo de las plantas y los animales. Quizá pronto se convierta nuestro globo en un único zoo, en el que sólo habría que preguntarse quién está tras las rejas, si los animales o los hombres. Los límites de lo disponible y lo indisponible se desplazan enormemente a lo largo de la historia humana, y sería una historia interesante tematizar este asunto como un proyecto común tanto desde el punto de vista de la ciencia natural, como social y político. También sería una contribución a la ecología actual. Desde el punto de vista científico significaría indagar para averiguar dónde se transforman las condiciones metahistóricas del espacio vital humano en condiciones históricas, sobre las que el hombre influye, que domina o utiliza. Todavía hoy los fenómenos meteorológicos pueden provocar hambres catastróficas

o ayudar a decidir batallas. La escala de la relación entre el espacio y la historia se modifica en función de que las condiciones espaciales sean consideradas metahistóricas o históricas.

Esto me conduce al polo opuesto de los espacios únicamente humanos e históricos. Con ello designamos aquel espacio que el hombre se crea, en el que se introduce para cazar animales, del que se apropia, el que habita, trabaja, configura o el que debe abandonar por culpa de los enemigos. Siempre se trata de espacios distintos, que se limitan entre sí o se solapan —especialmente en la modernidad— según las unidades de acción humana tematizadas y según sus radios de acción. Baste con recordar las vías abiertas para la comunicación y el comercio o las peregrinaciones de la Edad Media y de comienzos de la modernidad, que atravesaban distintos espacios políticos y jurídicos, o los espacios no organizados del mar. También quiero recordar la conquista de la tercera dimensión: primero en las minas, luego en las profundidades del mar o en el espacio aéreo universal. Cabe también mencionar las limitaciones económicas o militares de los espacios de acción, cuya creciente imbricación es desafío y tema de nuestra historia universal.

Hay numerosos proyectos científicos que dosifican de manera diversa la dependencia de los espacios respecto de la acción humana o la del hombre respecto de sus condiciones geográficas. Faber nos ha mostrado que en la historia local convergen las cuestiones de los geógrafos y las de los historiadores, más aún: que el proyecto de la llamada historia social total, desde Ratzel, Turner, Vidal de la Blache y Henry Berr, ha encontrado su ámbito de experimentación en la historia local.[10] Se trata, como ya ha sido mencionado, de unidades pragmáticas de investigación suficientemente pequeñas como para poder tomar en consideración todos los factores, desde el clima y la geología hasta la economía y la política. Pero esta limitación regional sólo es fiable científicamente mientras puede justificarse el aislamiento de espacios concretos. Para la modernidad es muy probable que esto ya no valga: aquí todo espacio se ha hecho relativo a la globalidad humana.

Esto me lleva, en tercer lugar, a una observación acerca de la llamada geopolítica que cada vez es más controvertida. Desde el

10. Véase n. 6.

punto de vista de la historia de la ciencia, la geopolítica no ha surgido por casualidad, sino más bien en el horizonte de una interdependencia global de todas las acciones económicas y políticas. Permítanme ahorrarme la restricción ideológica que llevaron a cabo los geopolíticos alemanes de los años veinte y treinta, al igual que la filología y la historia de la misma época, para dirigir la mirada al oeste hacia autores de inspiración naturalista o darwinista como Homer Lea, Mahan, Mackinder o Goblet. Schöller ha reconducido la habitual crítica ideológica al terreno de los argumentos científicos.[11] De modo que sólo me queda mencionar argumentos que introducen las cuestiones espaciales de la geopolítica en el marco de la historia.

Nuestra distinción entre condiciones espaciales metahistóricas y espacios históricos de la organización humana puede ser aquí útil. Hay condiciones espaciales que se deben a la naturaleza y que deben ser tomadas en cuenta como condiciones de posibilidad de la acción en función de su disponibilidad técnica, económica o política. Que Sudáfrica no tenga ninguna costa europea enfrente, como Argelia, modifica fundamentalmente el estatuto de la guerra civil que amenaza en el sur de África. La solución política que De Gaulle adoptó no hubiera sido tan fácil en Sudáfrica. La situación geográfica pertenece a las condiciones del poder desesperado de la minoría blanca de manera distinta a como sucedió a los franceses en Argelia.

Otro ejemplo: la situación geográfica del Canal de la Mancha forma parte de las condiciones que protegieron la configuración del Imperio británico; fueron eficaces por primera vez durante la Armada invencible en 1588 y sólo fueron superadas por la exitosa invasión de Guillermo de Orange en 1688. Hoy ya no valen, con la modificación de las potencias económicas y militares, y sus sistemas balísticos y de armamento atómico. Desde el punto de vista político, el canal se ha convertido hoy en un río. Pero todavía en 1940 la imposibilidad de liberar una zona de desembarco de 30

11. Peter Schöller, «Wege und Irrwege der Politischen Geographie und Geopolitik», 1957, en Josef Matznetter (comp.), *Politische Geographie,* Darmstadt, 1977, con fuentes y artículos representativos de la historia de la ciencia y de sus cambiantes fases.

kilómetros más allá del Canal de la Mancha fue la primera derrota militar de Hitler, y con él de nosotros, los alemanes, lo que condujo a la catástrofe en términos militares. La condición metahistórica del canal se convirtió en un factor histórico, porque, y en la medida en que, se sustrajo a la disposición de uno de los actores políticos, en ese caso la aviación y la marina alemanas.

Tercer ejemplo: el casquete polar móvil sobre el Polo Norte es un factor geográfico que en el espacio operativo de la estrategia de los misiles —y aquí se puede arriesgar la expresión— ha obtenido rango geopolítico. Los submarinos atómicos rusos y americanos operan aquí bajo el hielo para salir a la superficie en caso necesario y poder imponer su potencial de aniquilación desde una posición difícilmente alcanzable.

Cuarto ejemplo: Tucídides explica la larga duración de la guerra de Troya por el escaso número de barcos equipados en la península de Grecia que estaban en condiciones de atravesar el Egeo para conquistar Troya.

Las condiciones geográficas metahistóricas de los espacios de acción humanos modifican su cualidad espacial en función de cómo sean dominables económica, política o militarmente. Formulado teóricamente: es propio de la perspectiva del historiador la conversión de las condiciones metahistóricas, por utilizar la expresión de Ratzel, en espacios históricos. Su utilización implícita o explícita puede verse en toda historiografía. Lo más importante no es utilizar o no la palabra «geopolítica», que sus mentores han desacreditado, sino que hay asuntos históricos que se deben conceptualizar teóricamente. Así por ejemplo, decía Ranke, con razón, que la oposición Asia/Europa —que Heródoto formuló por primera vez de un modo que ha durado hasta hoy— no era una oposición geográfica, sino histórica.[12]

Y una última indicación: Mackinder interpretó en su terminología melodramática la oposición entre el mar y la tierra bajo las condiciones militares y económicas que en 1919 se daban en Europa, cuyos límites potenciales trazaba desde Lübeck hasta Trieste. Ésta sería la zona límite entre el imperio marítimo anglosajón y el imperio ruso por tierra.[13] ¿Se podría decir que este pronóstico se apoya en el puro azar o se trata del diagnóstico de cómo una situación geográfica metahistórica se transforma en una determinación histórica del espacio político? Mackinder exigía entonces al mismo tiempo la evacuación de todos los prusianos orientales dominados por los *junkers* prusianos. Esperaba constituir, a costa de Alemania, una fuerte barrera política en Polonia frente a Asia, concretamente contra la Rusia comunista, moviéndose en unos escenarios teóricos que estaban vedados a los alemanes —con el resultado pronosticado por Mackinder.

12. La cuestión abierta, controvertida e inaclarada acerca de dónde están los límites orientales de la Unión Europea —al sur del Cáucaso o en Crimea, por ejemplo— muestra que las condiciones geográficas deben tomarse en cuenta en los cálculos políticos, que la «geopolítica» mantiene un rango indiscutible.

Déjenme que extraiga dos conclusiones:

1. En el marco de una historia general, la llamada geopolítica trata asuntos que tienen que ver con los determinantes de la libertad humana. Hay numerosos determinantes de tipo social, económico o político que amplían y limitan el espacio de acción. También forman parte de estos determinantes las condiciones extrahistóricas, geográficamente condicionadas, que es necesario incorporar al canon de las cuestiones historiográficas, quizás hoy más que nunca a la vista de la crisis ecológica. El fallo científico —por no decir sinsentido— de los llamados geopolíticos consiste en hacer de estos determinantes que posibilitan la acción leyes naturalistas o fijadas ontológicamente, que supuestamente guían o dominan la historia. La crítica aquí llevada a cabo se dirige no sólo contra la geopolítica o contra numerosos pasajes ambiguos de la importante obra de Ratzel, sino también contra muchos errores análogos en nuestro propio gremio histórico, en la medida en que atribuyen un carácter determinante a condiciones de tipo económico, por ejemplo, que tampoco son demostrables. Ningún acontecimiento se ha introducido más porque se haya definido como necesario.

2. La segunda conclusión es también de tipo general. La geopolítica se entendió a sí misma como ciencia práctica, como asesoramiento político. Aquí sólo se puede añadir: la política alemana es-

13. Halford J. Mackinder, *Democratic Ideals and Reality,* Nueva York, 1919.

tuvo mal asesorada en la época de Hitler. Bajo los criterios racionales de un análisis geográfico e histórico del espacio, junto con todas sus potencialidades geográficas, Hitler no hubiera debido ni siquiera comenzar la guerra. Si la geopolítica de entonces fue un factor decisivo, entonces dicha decisión dependía de unas premisas teóricas falsas, en la medida en que la geopolítica se comprometió a poner las condiciones geográficas a disposición de unos sujetos agentes que ejercían o ejercerían poderes inexorables. Descubrir este error significa fundamentar científicamente la crítica ideológica. Pero de esto no se sigue, por supuesto, que el asesoramiento científico de la política sea falso como tal. La retirada de los geógrafos actuales a la geografía cultural y a la geografía humana, para actuar desde aquí en la planificación del espacio —ya sea para establecer nuevos límites administrativos o fusionar unidades administrativas—, no hace sino confirmar en unas dimensiones más reducidas lo que a gran escala, en el nivel de la Unión Europea, por ejemplo, sigue siendo nuestro desafío.

En resumen: las cuestiones que la geopolítica formuló erróneamente y sus premisas cuasi ontológicas señalan condiciones naturales de las posibilidades de acción humana que deberán seguir incorporándose a todo análisis de condiciones históricas o políticas.

II

Permítanme, en un segundo paso, ajustar temporalmente nuestra pregunta relativa a las condiciones metahistóricas e históricas. Es evidente que todo espacio humano de acción, privado o público, en el ámbito de la interacción inmediata o en el de las interdependencias globales, tiene siempre también una dimensión temporal que ha de ser captada como tal y dominada. Las condiciones diacrónicas que constituyen el espacio de experiencia pertenecen a él tanto como las expectativas que se le vinculan, razonables o inciertas. La cercanía y la distancia, que limitan un espacio de diversas maneras, únicamente son experimentables mediante el tiempo, gracias a cuya inmediata cercanía o a la distancia mediata pueden ser colonizadas o franqueadas. Llamo la atención

sobre este dato antropológico para mencionar la cambiante relación del espacio y el tiempo como contexto en el que fundamentar cualquier interpretación humana. Los trabajos de Simmel, su sociología del espacio, los trabajos de Plessner, Gehlen, Heidegger o Viktor von Weizsäcker plantean al historiador numerosas preguntas que todavía están por responder. La bella expresión «espacio de tiempo» no sería sólo una metáfora de la cronología o de la clasificación por épocas, sino que ofrecería la posibilidad de investigar la remisión recíproca del espacio y el tiempo en sus concretas articulaciones históricas. Quisiera aquí únicamente dibujar un boceto que plantea más preguntas que las respuestas que ofrece. Es una perogrullada decir que las relaciones del espacio y el tiempo se han modificado en el curso de la historia de la humanidad con una aceleración creciente. Esto se pone de manifiesto en las tres curvas exponenciales de tiempo, a las que corresponden otros espacios completamente distintos.

En primer lugar, la diferenciación de la especie humana se lleva a cabo en espacios de tiempo cada vez más breves.[14] Comparados con los cinco mil millones de años de nuestra corteza terrestre y con los mil millones de años de vida orgánica sobre esta tierra, los aproximadamente diez millones de años del hombre descendiente del mono significan apenas un corto espacio de tiempo, y los dos millones de años en los que se encuentran instrumentos por él creados aparecen por comparación mucho más cortos. Las condiciones geológicas y geográficas, las biológicas y zoológicas, todas las condiciones metahistóricas de la determinación del espacio humano, actúan sin duda en ese tiempo de una manera más decisiva que en las fases posteriores de nuestra historia. El hombre sabe aprovechar su medio ambiente sin poder disponer de él. A esto se corresponde el hecho de que los espacios de acción mínimos para una alimentación que alcance a las familias o grupos de cazadores eran mayores —y tenían que serlo— que lo que hoy está a disposición de los grupos humanos concretos en el espacio. Los prehistoriadores calculan varios kilómetros cuadrados de espacio de alimentación por persona durante la Edad de Piedra an-

14. Karl J. Narr, *Vom Wesen des Frühmenschen: Halbtier oder Mensch?*, en *Saeculum* 25/4, 1974, págs. 293-324.

tigua y media.[15] Los determinantes metahistóricos —el crecimiento de las plantas para el recolector o el paso de los animales para el cazador— establecen no obstante límites mínimos que debían ser más amplios y posibilitar mayores espacios de acción que en la fase posterior. Hasta nuestro siglo se extiende el proceso por el cual las culturas de cazadores y recolectores fueron desbancadas por una densificación de los espacios humanos asentados por la agricultura o la industria.

Esto nos lleva a una segunda fase que podría denominarse (contra Bernheim) como el período estructurado de nuestra historia. Medidas con los dos millones de años de historia humana comprobable, las producciones del arte diferenciado y reflexivo, así como la invención de armas mortales hace aproximadamente 30.000 años, tuvieron lugar en un espacio de tiempo comparativamente corto. La introducción de la agricultura y la ganadería hace aproximadamente 12.000 años y el consiguiente despliegue de las culturas desarrolladas hace unos 6.000 años remiten —comparados igualmente con la prehistoria— a medidas de tiempo que se abrevian todavía más rápidamente, dentro de las cuales lo nuevo se establece —lo nuevo que para nosotros se ha convertido en presupuesto estable de la propia vida—. A este espacio de tiempo corresponde la capacidad de organización humana y de estructuración espacial, que han posibilitado cuasi estáticamente —es decir, repitiéndose— las condiciones de todas nuestras historias hasta la llamada primera modernidad. Aquí se configura un modelo estructural que hipostatiza la unidad espacio-temporal de nuestras culturas avanzadas hasta finales del siglo XVIII con efectos que se solapan. La disponibilidad de las condiciones geográficas y de las metahistóricas en general ha aumentado desde entonces enormemente. Se podría decir que las condiciones metahistóricas fueron crecientemente integradas en la historia —con límites, sin duda, que hasta la primera modernidad no pudieron ser rebasados—. Los ríos fueron regulados, se construyeron canales y diques, se planificó y realizó el abastecimiento hidrológico, se trazaron vías de comunicación por encima de los mil kilómetros, se hicieron navegables los mares interiores y las costas. La

15. Karl J. Narr (comp.), *Handbuch der Urgeschichte,* Berna, 1966, tomo 1, pág. 236.

densidad de la organización del correo, el transporte y la información alcanzó su mayor efectividad en los grandes imperios orientales, que ya no fue superada por los romanos o los mongoles bajo el mandato de Gengis Kan. Con esto no se excluye que haya habido perfeccionamientos, pero siempre dentro de un espacio de posibilidad finito y limitado. Las velocidades con que eran recorridos los tramos construidos o mejorados seguían naturalmente condicionadas. Incluso la invención del carro no podía sobrepasar el máximo propio de sus caballos o bueyes. Cuando los correos de caballería alcanzaron los 200 kilómetros por día se llegó a una cumbre que duraría hasta la época preindustrial. Y si Cicerón había de calcular unas tres semanas para que su carta llegara al destinatario en Atenas, con el mismo tiempo tenía que contar un comerciante hanseático para hacer llegar sus noticias desde Danzig a Brujas o un comprador florentino para enviar su telegrama a París. Las mercancías, también las enviadas por mar —un procedimiento más rápido y seguro, pero también más arriesgado—, necesitaban el doble, el triple o el cuádruple que las noticias. Ahora bien, podemos añadir que los hombres de este espacio de tiempo también tenían tiempo para sí mismos, y podrían así hacerse cargo de este espacio desde el punto de vista organizativo y jurídico. Las relaciones entre el tiempo y el espacio se estabilizaban generalmente en un nivel que podía ser destruido por la guerra —entonces se hacían necesarios los rodeos o las vías de comunicación eran seccionadas para proporcionar a las tropas un espacio de tiempo análogamente estructurado—, pero el nivel mismo no fue superado durante aproximadamente 5.000 años. Es el tiempo de los grandes imperios que se consideraban a sí mismos el centro de la tierra. Ni el compás, ni la imprenta ni la pólvora que los chinos conocían les motivó a abrirse al Pacífico.

Esto nos lleva a una tercera fase. Cuando circunscribimos la mirada a los aproximadamente 6.000 años de nuestras culturas avanzadas, también reconocemos una curva de tiempo exponencial. En estos marcos tiene lugar, desde hace unos 200 años, aquella aceleración que caracteriza nuestro mundo vital.[16] El mundo

16. Wolfgang Zorn, «Verdichtung nnd Beschlennigung des Verkehrs als Beitrag zur Entwicklung der "modemen Welt"», en R. Koselleck (comp.), *Studien zum Beginn der modernen Welt,* Stuttgart, 1977, págs. 115-134.

configurado por la ciencia, la técnica y la industria ha puesto en marcha procesos de aceleración que modifican radicalmente las relaciones entre el espacio y el tiempo o que, mejor dicho, las han hecho fluidas. Mencionaré únicamente el incremento de la población mundial de los aproximadamente mil millones y medio en el siglo XVII a los seis mil millones en el año 2000; paralelamente se lleva a cabo, partiendo de Europa y gracias al desarrollo de la ciencia y la técnica, una densificación que ha hecho de nuestro globo un espacio de navegación cerrado; el globo como espacio de navegación: ¿metáfora o realidad? Ésta es la pregunta que se nos exige contestar.

Dejen que mencione finalmente algunos puntos de vista que caracterizan la modificación de la relación entre el espacio y el tiempo en nuestra tercera fase. Fueron los estados europeos los que, por continuar con nuestro ejemplo, construyeron y aceleraron poderosamente, ya antes de la Revolución industrial, la red de comunicaciones. La velocidad de viaje pudo duplicarse en las carreteras antes de que, gracias a los ferrocarriles, el día se convirtiera en una hora y la noche en día. El clíper duplicó la velocidad de navegación tiempo antes de la máquina a vapor. La red de comunicaciones se hizo más espesa, cada vez se podían alcanzar más lugares mediante el correo postal.[17] Se regularon los ferrocarriles para que estuvieran en su sitio a la hora; más tarde la precisión sería de minutos. Las medidas del tiempo fueron unificadas, el derecho reguló las tasas, las aduanas y los sueldos de los funcionarios de correos y de los transportistas. En el París del siglo XVI sólo había tres coches, uno para el rey, otro para la reina y otro para un señor noble que era demasiado gordo para montar a caballo. Pero la red de comunicaciones estaba abierta a todos, al menos a quienes tenían dinero para pagarlo. Al final terminó por posibilitarlo la conjunción de estos factores: extender el poder, aumentar los controles y observar mejor a cualquiera. Este complejo, que

17. Véase el todavía imprescindible H. Stephan, *Geschichte der preußischen Post von ihren Ursprüngen bis auf die Gegenwart,* Berlín, 1859 (reimpreso en Glashütten/Taunus, 1976). Más extensamente en Schweiger-Lerchenfeld, *Das neue Buch von der Weltpost. Geschichte, Organisation und Technik des Postwesens von den ältestens Zeiten bis auf die Gegenwart,* Leipzig, en torno a 1900.

también tenía sus presupuestos y condiciones económicas, puede considerarse como paradigmático de lo que cabría denominar una desnaturalización del espacio geográfico dado; es un proceso que desde entonces incluye a todas las unidades estatales de nuestro globo.

Pero, como consecuencia de la Revolución industrial, las cosas no quedaron ahí. Las magnitudes óptimas de los agentes se han modificado absolutamente. Las unidades óptimas de acción pueden ser mayores o menores según su densidad organizativa interna. Es sabido que Portugal en el siglo XVI, Holanda en el XVII e Inglaterra en el XVIII, el XIX y aún en la primera mitad del siglo XX pudieron ser potencias mundiales con un gran despliegue exterior al tiempo que se intensificaba su poder interior.

Hoy, en vez de los estados aislados, se enfrentan bloques continentales que tienen a su disposición la única decisión militar posible: grandes espacios de cuya economía depende la mayor parte del resto del mundo. *Cuius regio, eius oeconomia*. O mejor: *cuius oeconomia, eius regio.*

Así se plantea una cuestión que hace referencia a nuestro globo en su conjunto. Aunque la vida corriente de los habitantes de la tierra dependa completamente de las organizaciones estatales —pienso en los demócratas chilenos, en los sindicalistas polacos, en los palestinos de Israel o en los negros de Sudáfrica—, en muchos aspectos todos los espacios estatalmente organizados se han vuelto mucho más permeables que antes. Dicho de otra manera: Estado y soberanía ya no coinciden como en la fase de arranque de nuestra moderna aceleración.

Para la mayor parte de los estados una autarquía económica —lo que fue antaño el ideal del mercantilismo— sería su ruina. Un retorno a lo que hemos descrito como segunda fase de la historia universal se pagaría con infinitas catástrofes. Esto significa que la interdependencia económica está instalada en el globo aun cuando existan organizaciones políticas diversas. Lo mismo vale para otros aspectos: la unidad del mundo ya se ha producido desde el punto de vista de la técnica militar en virtud de la colonización del espacio aéreo por los aviones, misiles y satélites. El aire es, como el agua para Justiniano, propiedad de todos: esto supone un tipo de condicionamiento para la acción que bien puede

definirse como global. Aunque las rampas de lanzamiento sigan estando en el suelo o los barcos en el agua, los objetivos alcanzables son ubicuos.

De este modo los elementos han modificado su cualidad histórica. El espacio marítimo está hoy crecientemente territorializado por el derecho internacional, ya sea para explotar las riquezas que están por debajo del agua modificando las zonas de control, para utilizar la flora marítima, o para conservar y cultivar los bancos de peces oceánicos como animales domésticos, de modo que pueda asegurarse la alimentación. Pero aunque el agua sea completamente territorializada en el siglo XXI, en el sentido de una adscripción jurídica a las potencias territoriales, el aire nunca lo será pese a todos los derechos supremos que puedan invocarse. El aire remite más que todos los demás elementos a la unidad de nuestro espacio vital, cualquiera que sean los límites políticos actuales o posibles. Una última indicación: el aire es también el portador de nuestro sistema de información por radio, televisión y satélites. Con ellos se produce una reducción espacio-temporal que no solamente caracteriza a nuestra vida cotidiana frente a la pantalla, sino también, y más aún, a la política. Los acontecimientos y las noticias acerca de esos acontecimientos coinciden crecientemente hasta identificarse. En la Venecia de 1500 llevaban años sin querer darse cuenta de que los portugueses ya habían realizado el viaje directo a la India:[18] una amenaza económica de primer rango que podía ser temida e ignorada como una catástrofe. Tales ignorancias voluntarias en la percepción ya no son posibles hoy en día. Vivimos bajo una elevada presión perceptiva que obliga a los políticos a escapar hacia el futuro en la medida en que el espacio se encoge.

Esta necesidad de planificar previamente es más imperiosa en la medida en que hay que tomar inevitablemente decisiones inmediatas tras la irrupción de acontecimientos en el mismo segundo en que se produce su noticia. Chernobil es sólo un pequeño caso modélico de la interdependencia de nuestro espacio global en el que estamos condenados a vivir.

18. Alberto Tenenti, «The sense of space and time in the Venetian world of the fifteenth and sixteenth centuries», en J. R. Hale (comp.), *Renaissance Venice*, Londres, 1973, págs. 17-46, 29 y sigs.

Con lo anteriormente dicho he esbozado tres curvas exponenciales de tiempo a las que corresponden espacios de vida y acción completamente distintos. La primera se refería a grandes superficies donde las condiciones naturales eran dominantes. En la segunda fase las condiciones metahistóricas fueron poniéndose crecientemente a nuestra disposición, los determinantes naturales de la libertad humana y los espacios políticos de acción fueron recuperados y transformados históricamente. Surgieron ciudades, imperios y finalmente estados con espacios de acción que había que organizar óptimamente y cuyas condiciones naturales no podían por supuesto ser anuladas. De hecho hubo imperios que sucumbieron a causa de su expansión.

Finalmente dibujamos una tercera fase: la aceleración de nuestro propio espacio de tiempo que ha convertido al globo en una unidad de experiencia. Cómo vaya a ser configurado en tanto que unidad de acción es un asunto de la política, no de la geografía. Pero recordar que las condiciones naturales de nuestra vida siguen presentes en mayor o menor medida es uno de los mensajes más nobles de la historia, que siempre ha concebido la naturaleza y el mundo humano como unidad.

ACONTECER TEMPORAL Y ESTRUCTURAS DE LA REPETICIÓN

CONTINUIDAD Y CAMBIO EN TODA HISTORIA DEL TIEMPO PRESENTE.* OBSERVACIONES HISTÓRICO-CONCEPTUALES

I

La historia del tiempo presente es una bella expresión pero un concepto difícil. De entrada parece ser un concepto sencillo y claro. Apunta a nuestra propia historia, a la del presente, de nuestro tiempo, como se dice. La expresión es habitual, el sentido claro. Si no, no habría ninguna comisión ni comunidad de trabajo para la historia del tiempo presente, ningún instituto de historia del tiempo presente, cuyo nombre se hubiera impuesto por su fácil utilización telefónica o por sus pretensiones de generalidad. El nombre originario decía: Instituto Alemán para la Historia de la Época nacionalsocialista.[1] Este nombre específico derivó en un concepto formal general cuyo contenido se iba rellenando de nuevo, según lo que fuera experimentado y definido nuevamente como historia del tiempo presente, como por ejemplo la historia de la República federal o de la guerra fría.

Con esta posible concreción del concepto general mediante contenidos nuevos aparece la primera dificultad. ¿Por qué ahora esta historia del tiempo presente y no aquélla o ya no aquélla? ¿Dónde hay que poner los límites entre lo que pertenece a ella y lo que ya no? ¿A qué se debe el que historia del tiempo presente, en un sentido específico, sea nuestra propia historia y no la historia

* Lo que en alemán se denomina «historia del tiempo» (*Zeitgeschichte*) viene aquí traducido como «historia del tiempo presente». Esta advertencia es necesaria para entender algunos juegos de palabras que el autor realiza al hacer coincidir «tiempo» con «tiempo presente». (*N. del t.*)

1. Hellmuth Auerbach, «Die Gründung des Instituts für Zeitgeschichte», eu *VZG 18*, 1970, págs. 529-554.

anterior? ¿No tenía razón Alsted cuando hace unos trescientos años definía la historia del siguiente modo: *«Historia omnis chronica est, quoniam in tempora fit»*?[2] Toda historiografía es crónica, representación a lo largo de la cadena temporal, dado que la historia se realiza en los tiempos. Por eso antes se distinguía entre los tiempos antiguos y los tiempos nuevos, de los que se informaba, pero todas las historias se daban en los tiempos, *tempora.* No hay ninguna historia sin relación con el tiempo. ¿De qué modo se especifica entonces la historia del tiempo presente? Al caer en la cuenta de esto que podía calificarse como banal,[3] aparece una segunda dificultad.

Si suponemos que toda la historia tiene que ver con el tiempo presente —lo que ningún historiador discutirá—, entonces cabe decir, de acuerdo con la convención del lenguaje: al hablar de historia del tiempo presente nos referimos a la historia de nuestro propio tiempo, a la «crónica del presente», por citar a Fritz Ernst.[4] De este modo parece que nuestro problema se presenta en un nivel acotado. Pero ¿qué significa «presente»? Se pueden encontrar dos respuestas extremas.

En primer lugar, el «presente» puede indicar aquel punto de intersección en el que el futuro se convierte en pasado, la intersección de tres dimensiones del tiempo, donde el presente está condenado a la desaparición. Sería entonces un punto cero imaginario sobre un eje temporal imaginario. El hombre es siempre pasado en la medida en que no tiene un futuro ante sí. Y cuando ha dejado de ser tanto pasado como futuro, entonces está muerto. La actualidad se convierte en una nada pensada que siempre nos indica nuestra pertenencia tanto al pasado como al futuro. Se convierte en aquel momento que continuamente se escapa. «En la

2. Johann Heinrich Alsted, *Scientiarum omnium Encyclopaedia,* Lyon, 1649 (3ª ed.), tomo 4, págs. 37, 65.

3. Eberhard Jäckel y Erns Weymar (comps.), *Begriff und Funktion der Zeitgeschichte: Die Funktion der Geschichte in unserer Zeit,* Stuttgart, 1975, págs. 162-176.

4. Fritz Ernst, «Zeitgeschehen und Geschichtsschreibung», en G. G. Wolf (comp.), *Gesammelte Schriften,* Heidelberg, 1985, págs. 289-341.

vida nada es presente», como tradujo Goethe a Byron en cierta ocasión.[5]

Pero quien apele a Goethe puede encontrar en él también lo contrario, como en los aforismos acerca del tiempo. «Debéis gozar siempre el presente / no odiar especialmente a ningún hombre / y dejar el futuro a Dios.»[6] Esto nos lleva a la segunda respuesta extrema.

Así como el presente desaparece entre el pasado y el futuro, la idea también se puede invertir hasta el extremo: todo tiempo es presente en sentido propio. Pues el futuro todavía no es y el pasado ya no es. Sólo hay futuro como futuro presente y pasado como pasado presente. Las tres dimensioues del tiempo se anudan en el presente de la existencia humana, en su *animus,* por decirlo siguiendo a san Agustín. El tiempo sólo está presente en una continua retirada: el futuro en la *expectatio futurorum* y el pasado en la *memoria praeteritorum.*[7] El llamado ser del futuro o el del pasado no son otra cosa que su presente, en el que se presentan.

Nuestro experimento mental, que nos ha conducido a dos respuestas extremas, no ha resuelto la pregunta acerca de qué es entonces propiamente el «presente», cuando hablamos de historia del tiempo presente. Las dificultades no hacen sino duplicarse cuando el presente se hace con todas las dimensiones del tiempo (nuestro segundo extremo) o cuando desaparece en favor del pasado y el futuro, como una tensión continua en la que todo presente está en la medida en que fluye (nuestro primer extremo). La definición, aparentemente precisa, de la historia del tiempo presente a partir de la idea del presente no nos saca de este dilema: todas las historias son historias del tiempo presente y, preguntados por sus dimensiones temporales, respondemos que toda historia se refiere a un presente que, o incluye todas las dimensiones o sólo puede ser entendido por relación al pasado y al futuro, en el que

5. Citado según Frauz Freiherr von Lipperheide, *Spruchwörterbuch,* Berlín, 1907 (8ª reimpresión), pág. 264, monólogo del *Manfred* de Byron. Goethe, *Gedichte,* editado por Karl Eibl, Francfort del Meno, 1988, tomo 2, pág. 554.

6. Goethe, *Lebensregel, Sämtliche Werke. Briefe, Tagebücher und Gespräche,* tomo 8, ed. por Waltrand Wiethölter, Francfort del Meno, 1994, pág. 422.

7. San Agustín, *Confessiones,* XI, 28 (37).

todo presente se disuelve. Desde el punto de vista teórico, el uso convencional del lenguaje es insuficiente, por no decir equívoco.

Una salida podría apuntarse si pensamos nuestro experimento hasta el final. Si todas las dimensiones del tiempo están contenidas en un presente que se despliega, sin qne podamos remitir a un presente concreto porque continuamente se escapa, entonces las tres dimensiones del tiempo tendrían que ser a su vez temporalizadas. Esta posibilidad fue establecida por Heidegger en *Ser y tiempo,* Raymond Aron y Reinhard Wittram la adoptaron y Luhmann la desarrolló formalmente.[8] En correspondencia con las tres dimensiones del tiempo hay —temporalizadas— tres series de posibles combinaciones.

Hay en primer lugar, como ya ha mostrado nuestro experimento mental, un pasado presente y un futuro presente, que corresponden a un presente pensado como algo que desaparece puntualmente o como abarcador de todas las dimensiones.

En segundo lugar hay, si todo presente se tensa hacia adelante y hacia atrás a la vez, un presente pasado con sus pasados pasados y sus futuros futuros.

En tercer lugar hay, consecuentemente, un presente futuro con su pasado futuro y su futuro futuro. Con ayuda de estas categorías se pueden concebir formalmente todas las determinaciones históricas del tiempo sin estar atrapados en la confusión de conceptos como historia del tiempo presente. La duración, el cambio y la unicidad de los acontecimientos y sus consecuencias pueden determinarse de este modo. Lo que tiene *duración* alcanza, por ejemplo, desde un presente pasado (no desde un pasado pasado) hasta el futuro presente, quizás hasta el futuro futuro. El *cambio* puede igualmente establecerse como el tránsito desde un pasado pasado a un presente pasado (piénsese por ejemplo en las instituciones feudales y su disolución en el curso de la secularización o en la liberación de los agricultores) o desde el futuro pasado de mundos anteriores hasta nuestro pasado presente (piénsese por ejemplo en

8. Raymond Aron, *Introduction à la Philosophie de l'Histoire,* París, 1948, pág. 183; Reinhard Wittram, *Zukunft in der Geschichte,* Gotinga, 1966, pág. 5; Niklas Luhmann, *Weltzeit und Systemgeschichte: Soziologie und Sozialgeschichte,* ed. por Peter Chr. Ludz, Opladen, 1972, págs. 81-115.

las utopías de la Revolución francesa, cuyas esperanzas todavía están presentes). La *unicidad* se deriva de la sucesión de los presentes con sus pasados y futuros que se modifican. No hace falta introducir más ejemplos para reflejar la relación entre el tiempo y la historia. Desde el punto de vista formal, el caleidoscopio de las posibilidades históricas está suficientemente determinado.

Con ello tenemos un primer resultado. Toda historia fue, es y será historia del tiempo presente. Duración, cambio y unicidad pueden introducirse en la correspondiente relación de las dimensiones temporales. En el nivel de nuestra formulación teórica podría afirmarse razonablemente lo siguiente: la llamada historia del tiempo presente no se distingue en modo alguno de las otras historias que han tenido lugar y que han sido contadas.

Pero, cabría objetar, los tiempos mismos se modifican, también los tiempos tienen su historia. De otro modo no se podría hablar en absoluto de épocas que se distinguieran claramente entre sí. Quisiera hacer frente a esta objeción en un segundo paso en el que procederé historiográfica y no formalmente.

II

¿Qué nos dice la historia del término, el concepto y los temas a los que se ha referido la expresión «historia del tiempo presente»? El asunto es viejo, por supuesto; la expresión «historia del tiempo presente» aparece en Alemania en el siglo XVII, se afianza en torno a 1800 y, según podemos suponer, el concepto no ha dejado de modificarse desde entonces. Nuestro problema formal de qué es la historia del tiempo presente tiene su propia génesis en la historia de la lengua y las modificaciones del concepto son aplicables retrospectivamente a los tiempos anteriores a la aparición de nuestro término.

La historia de la expresión comienza, según lo que se sabe, con el uso que de ella hace el poeta barroco Sigismund von Birken, y tiene que ver con sus consideraciones teóricas acerca de la relación entre poesía, teología e historiografía. La historia del tiempo presente aparece en un himno suyo de 1657 al emperador Matthias: «Las historias del tiempo presente manifiestan / cómo destacaba

su sabiduría / tanto en sus desgracias / como en las del imperio».[9] La significación es clara. Se trata de historias en las que intervino el emperador, que gobernó entre 1612 y 1619, y de las que el cantor informa por saberse particularmente obligado a ello en tanto que poeta de la historia. Especialmente es invocado el futuro pasado, ya que el mérito específico del monarca consiste precisamente en la protección frente a la desgracia amenazante, en el rechazo de algo que podía haber sucedido pero no sucedió.

El asunto aludido por la nueva expresión ya se había dado antes y desde entonces de modo invariable: las historias de los que viven en el mismo tiempo y sus propias informaciones o las informaciones acerca de ellos. Es siempre, por tanto, una historia de la contemporaneidad. Historia del tiempo presente es, en este sentido, una bella transcripción de *historia sui temporis*, y esto han sido siempre las historias de nuestro ámbito cultural desde su fundamentación científica. En este sentido Heródoto dedicó un tercio de sus historias a la gran guerra de Persia, de la que le separaba apenas una generación, en este sentido fue Tucídides un puro «historiador del tiempo presente», al igual que Polibio y Tácito. Pero también los «Hechos *(praxeis)* de los apóstoles» y las guerras gálicas y la guerra civil de César pertenecían a este tipo, como las *Memoiren* de Commynes, del cardenal Retz o las curiosidades que escribió Federico el Grande a partir de sus guerras. La línea se puede proseguir hasta las historias de guerra de Churchill, por las que recibió el premio Nobel, o el modélico análisis de Grosser, *L'Allemagne de Notre Temps* (París, 1970), que llegaba hasta el año anterior a su publicación. En este sentido, en parte científicamente y en parte literariamente —pero lo uno no excluye por supuesto lo otro—, «siempre» ha habido historia del tiempo presente y sólo cabe esperar que siga siendo así.

Cabría objetar que, desde Heródoto hasta Churchill, se están metiendo en un mismo saco temas, intereses, géneros y métodos científicos (incluso métodos no científicos) completamente diversos. Pero subrayemos en primer lugar los aspectos comunes.

9. Sigismund von Birken, *Ostländischer Lorbeerhaeyn*, Nuremberg, 1657, pág. 233, citado por E. Jäckel, *op. cit.*, pág. 165. Véase Wilhelm Voßkamp, *Zeit- und Geschichtsauffassung bei Gryphius und Lohenstein*, Bonn, 1967.

En primer lugar se ha tratado casi siempre de conmociones ante un acontecimiento experimentado por los afectados como el punto álgido de toda la historia anterior, ya pertenezcan a los vencedores o a los vencidos, aunque frecuentemente fueron los vencidos quienes estuvieron en mejores condiciones para escribir la mejor historia y la más clarividente. Esto vale tanto para Tucídides como para el Marx del *18 de Brumario*, que escribió como un vencedor, aunque era un vencido.

En segundo lugar, el criterio de autenticidad, de veracidad de la historia, era el haber participado, el interés como testigo, más aún que el haber sido autor. Incluso aunque la historia crítica, sobre todo desde el desarrollo del método filológico, haya aprendido a desconfiar de las opiniones de los autores y también de los testigos oculares: para el hallazgo de la verdad desde el punto de vista de la «historia del tiempo presente» sirven más las historias contemporáneas que las posteriores compilaciones o composiciones. El falso testimonio de un contemporáneo sigue siendo una fuente inmediata, aun cuando posteriormente sea desenmascarado.

En tercer lugar: la indagación que trata de averiguar los intereses o las cegueras de los testigos, que se pregunta por su credibilidad o sinceridad, incluso por su inevitable mendacidad, ya pertenecía al oficio metodológico de Tucídides o Tácito, sin nuestra metodología histórico-crítica.

Cuarto: era propio también de la historiografía genuina de los contemporáneos la ponderación de los distintos testimonios, en analogía con los procedimientos judiciales, un elemento de la historia antigua desde Heródoto, el inventor y —si se quiere— el maestro insuperable de la *oral history*.

La importante distinción entre testigos oculares inmediatos y testigos orales mediatos, a la hora de sopesar el grado de fiabilidad, fue descubierta ya por Heródoto. Incluso el desciframiento de los mitos, tal como lo emprendió Hecáteo para medir su relación con la realidad, podría compararse con el método de Vico o con el desciframiento de los rumores, tras los que puede estar escondida la realidad, pero que, en tanto que rumores, son también realidad. De Tácito todavía hoy es posible aprender que el contenido de realidad de los rumores políticos puede estribar en

las disposiciones psicológicas de los receptores y de sus transmisores, y que por eso mismo resultan eficaces.

La lista podría alargarse para encontrar enfoques comunes, metodológicamente más o menos sofisticados, en todas las historias del propio mundo de experiencia, desde la antigüedad hasta hoy. En este sentido, la «historia del tiempo presente» era y es siempre actual, o al menos pensable, a pesar de todas las oscilaciones, restricciones o especificaciones a las que se ha visto sometida a lo largo del tiempo. En esta medida la historiografía contemporánea se refiere siempre a experiencias y métodos de procesamiento de acontecimientos contemporáneos, propios de una generación, es decir, a la sincronía. Este hecho fue elevado a la categoría de concepto en Alemania desde el siglo XVII con la expresión «historia del tiempo presente».

Pero con la misma expresión «historia del tiempo presente» se delimitó una segunda significación, la diacronía, que también en el siglo XVII se caracterizaba como «historia del tiempo presente». En 1691 Stieler registra en su diccionario[10] *Zeitgeschichte/Chronologica*, o sea, historia del tiempo en un sentido específicamente diacrónico como doctrina de la sucesión del tiempo, ya sea entendida como ciencia auxiliar o como historia real, que no se deduce del mero texto.

No es en absoluto casual este doble aspecto de que la expresión, en el momento en que apareció, fuera utilizada tanto sincrónica como diacrónicamente. De acuerdo con nuestras consideraciones iniciales, está claro que no puede haber una pura historia del tiempo presente en el sentido de mera historia del presente, que al menos ha de recurrir al presente pasado y a su pasado: primero la historia y luego su narración (lo que no excluye que también haya historias que únicamente consistan en su narración).

El recurso a la secuencia temporal —subjetivamente, del hoy hacia el pasado; desde el punto de vista de la exposición escrita, del comienzo hacia hoy— forma igualmente parte del concepto de «historia del tiempo presente», de acuerdo con su sentido ini-

10. Caspar Stieler, *Teutscher Sprachschatz*, Nuremberg, 1691, Sp. 1747, citado por E. Jäckel, *op. cit.*, pág. 165.

cial. Como se dice todavía en el *Léxico* de Schwan:[11] *Zeitgeschichte* = «*l'histoire qui rapporte les événements du temps où l'on est*», o sea, concebida sincrónicamente, pero también *Zeitbuch* (libro del tiempo) = «*die Zeitgeschichte; la chronique; l'histoire dressée suivant l'ordre des temps*», o sea, concebida diacrónicamente. La secuencia diacrónica también forma parte del concepto de historia del tiempo presente desde que se formó el término y es una desidia teórica el hecho de que este aspecto haya sido desatendido.

En el aspecto diacrónico no se trata solamente de la obligación, aparentemente sólo auxiliar, de una datación exacta o de fijar con exactitud la sucesión temporal, tampoco de la crónica narrativa que se cuenta una y otra vez, como en los anales, a la que se van añadiendo cosas nuevas. Estas formas simples, por muy necesarias que sean, ya fueron ampliamente superadas por Heródoto y Tucídides. Heródoto hizo la aportación, entonces impensable, de sincronizar en lo posible los distintos imperios y espacios culturales con sus correspondientes secuencias temporales y situarlos, dicho de una manera más actual, en un horizonte histórico-temporal común, para tratar de descubrir los contextos que condujeron al gran conflicto entre los griegos y los persas. Tucídides escribió su proemio diacrónico para poder derivar desde su génesis la conflictividad y la constelación de poder de la guerra del Peloponeso.

Los análisis sincrónicos y las secuencias diacrónicas pertenecen por tanto con el mismo derecho al concepto de historia del tiempo presente, según la denominación utilizada desde el siglo XVII, y que en torno a 1800 hizo confluir ambos aspectos. Todavía no era la historia del propio tiempo, la de la Revolución francesa, sino el acontecer del propio tiempo en general, a lo que se dio forma conceptual. Por eso era posible, por ejemplo, que Gottlieb Jakob Planck, en su historia del papado de 1805, subrayara siempre que «la historia del papado conduce en cada período a una peculiar historia del tiempo presente, y de ella procede», refiriendo esta tesis a la Alta Edad Media. Planck también se ocupa aquí del

11. Christian Friedrich Schwan, *Nouvelle Dictionnaire de la langue allemande et françoise*, Ludwigsburg, 1800, tomo 2, pág. 676, citado por E. Jäckel, *op. cit.*, pág. 165.

concepto de espíritu de la época, que influye en el papado, del mismo modo que éste en aquél.[12]

La historia del tiempo presente, de acuerdo con nuestros ejemplos, ha sido utilizada como un concepto sistemático cuya formalidad permitía que fuera empleado en cada época, en el presente pasado, en el pasado pasado y en el futuro pasado, por recurrir a nuestra categorización formal. En este sentido investigaba Goethe «aquella historia del tiempo presente», según su propia formulación, que luego dramatizó en el *Götz von Berlichingen*.[13]

Especialmente clara es la definición de Campe en su diccionario.[14] Elevó a la categoría de concepto la pretensión sistemática de que la historia del tiempo presente tenga tanto una significación diacrónica como sincrónica: la historia del tiempo presente es, «en primer lugar, la historia como tal, ordenada según la sucesión de los tiempos (historia cronológica)». No es, pues, únicamente la continuación de la crónica, sino la historia por antonomasia, aquel concepto teórico acuñado entonces por primera vez y que reunía en sí reflexivamente el conjunto de todas las historias pensables. Campe añadía en segundo lugar el aspecto sincrónico, a saber, la historia del tiempo presente: «La historia de un cierto tiempo, especialmente de nuestro tiempo, como también una historia concreta de nuestro tiempo o del tiempo presente». Este aspecto sistemático —que la historia es historia del tiempo presente referido tanto al pasado como al presente— se perdió casi completamente a lo largo del siglo XIX.

La pretensión sistemática llegó en torno a 1800 y no por casualidad. La Ilustración y la Revolución francesa habían producido una transformación de la experiencia que se hacía elocuente en conceptos como «historia en cuanto tal», «proceso», «revolución», «progreso» o «desarrollo». Eran nuevos conceptos dominantes que tenían en común la conciencia de que todo acontecer estaba estructurado temporalmente. Aclarar cómo y de qué modo es lo que condujo a los grandes sistemas del idealismo alemán, desde Kant a Hegel y Schelling. Pero hay también test empíricos para el concepto de «tiempo» que se había vuelto así tan difícil de comprender y que describen el lugar histórico en el que la «historia del tiempo presente» se había convertido en un nuevo desafío. Todo lo que entonces —aproximadamente desde 1800— tenía que durar o modificarse fue legitimado igualmente con el «tiempo»: el tiempo como duración o el tiempo como cambio se hacían valer, según los intereses políticos perseguidos, como títulos incuestionables de legitimación.

12. Gottlieb Jakob Planck, *Geschichte des Papsttums in den abendländischen Kirchen,* Hannover, 1805, tomo 1, prefacio, citado por Peter Meinhold, *Geschichte der kirchlichen Historiographie,* Friburgo/Munich, 1967, tomo 2, pág. 106.

13. Citado por E. Jäckel, *op. cit.*, pág. 166.

14. Joachim Heinrich Campe, *Wörterbuch der deutschen Sprache,* Braunschweig, 1811, tomo 5, pág. 833, citado por E. Jäckel, ibíd., que interpreta la primera definición, desde nuestro actual punto de vista, como un «malentendido».

El diccionario de Grimm muestra hasta qué punto el «tiempo» fue ascendido a concepto interpretativo, específicamente histórico, aunque ambivalente. Con todas las reservas, puede deducirse alguna conclusión razonable a partir de las expresiones referidas al tiempo. El diccionario registra 216 expresiones acerca del tiempo en lengua alemana anteriores a 1750.[15] Se refieren principalmente a las dimensiones vitales de la existencia humana, a su interpretación moral o —siguiendo la Biblia— a su sentido teológico. Entre 1750 y 1850 se añaden 342 expresiones, cuyo centro de gravedad descansa en los ámbitos de la política y la sociedad. «Espíritu del tiempo» es una de las expresiones más destacadas de esta serie. Una de las cosas que subraya hasta qué punto teníamos una necesidad lingüística de conceptualizar experiencias del tiempo de carácter histórico es el hecho asombroso de que desde 1850 (hasta 1956) sólo se registran 52 nuevas expresiones.

Otro dato empírico nos ilustra sobre por qué el concepto de «historia del tiempo presente» se convierte en algo tan actual hacia 1800. El abanico diacrónico de las épocas se modifica radicalmente desde lo que llamamos Renacimiento y Reforma. No podemos explicar aquí la compleja historia lingüística de nuestros conceptos epocales. Permítansenos algunas indicaciones sobre la experiencia

15. Jacob y Wilhelm Grimm, *Deutsches Wörterbuch,* Leipzig, 1956, tomo 15, reelaborado por Moriz Heyne, Henry Seedorf, Hermann Tenchert, ND, Munich, 1984, tomo 31, págs. 550-583.

nueva del tiempo que resulta de la tríada Antigüedad-Edad Media-Modernidad y sus umbrales Renacimiento y Reforma.

En la medida en que el mundo cristiano se dirigía hacia el juicio final, se sabía en la última época, en la que no había que esperar nada radicalmente nuevo. Ya se utilizara la doctrina de los cuatro reinos —sobre todo en Alemania— o la de las tres fases de la historia cristiana de la salvación —antes de la ley, bajo la ley, en la era de la gracia—, se vivía fundamentalmente en la última época. En este horizonte de expectativas tensado teológicamente, en la expectativa de la *res novissima,* es decir, del juicio final, podía escribirse la crónica de lo que iba surgiendo de nuevo. La ordenación cronológica se derivaba de los datos biológicos de la vida de los príncipes regentes, sus dinastías o los papas, un esquema de clasificación que todavía hoy no ha quedado completamente fuera de uso. La neutralidad genealógica y biológica correspondía a una época igual a sí misma, que habría de terminar con el final de la historia.

El problema teórico difícil de resolver surge en el momento en que hay una Era moderna, cuyo término o final es desconocido, desde que el futuro es experimentado como abierto, desde que la historia es experimentada como desarrollo, como proceso, es decir, desde finales del siglo XVIII. El concepto de una Era moderna como lo siguiente a la Edad Media sólo se fue imponiendo lentamente. Y en cuanto comenzó a imponerse, en el siglo XVII, empezó también a sentirse la necesidad de añadir el concepto de tiempo reciente, en el siglo XVIII, o de distinguir, en el XIX, la «Era moderna» frente a la Era contemporánea. La «modernidad»* como palabra no fue acuñada en Alemania hasta la Revolución de marzo de 1848 y registrada en el léxico desde finales del siglo XIX. La sucesión de las épocas parecía acelerarse en su secuencia «Renacimiento, Reforma, Modernidad, Contemporaneidad». Hubo que encontrar a su vez períodos intermedios para estructurar la llamada historia moderna.[16] La llamada historia del tiempo presente se

* «Modernidad», en alemán, es *Neuzeit,* literalmente, «tiempo nuevo». De ahí se siguen algunas asociaciones del autor, de difícil traducción. (*N. del t.*).

16. Reinhart Koselleck, «"Neuzeit". Zur Semantik moderner Bewegungsbegriffe», en *Vergangene Zukunft,* Francfort del Meno, 1979, págs. 300-348 (trad. cit.).

ha convertido también en uno de esos conceptos conectivos que se atiene al tiempo más reciente, a nuestro tiempo, que promete actualidad por antonomasia.

Desde la Revolución francesa se multiplican los títulos de revistas y colecciones de libros, muchas veces con más de treinta tomos, que aparecen año tras año y que se proponen informar al lector acerca del acontecer actual. Si se quiere agrupar esos escritos bajo un tema común, se trataría de las crónicas tradicionales referidas en este caso a la historia revolucionaria universal que parecía tener su punto de partida empírico en la Revolución francesa. Las breves etapas de la revolución proporcionan una estructura tipológica para la interpretación de los procesos constituyentes, con independencia de bajo qué perspectiva de partido se perciba el acontecimiento.

El concepto de historia del tiempo presente fue aplicado desde entonces a la actualidad sincrónica del pasado inmediato. El concepto se limitó a la modernidad de las historias recientes. Se convirtió en un concepto formal estable que no hacía sino continuar escribiendo la historia de los tiempos recientes. Hay que mencionar aquí *Die Geschichte unserer Zeit*, de Karl Strahlheim, un antiguo oficial del ejército imperial francés, en 33 tomos, 1826-1830, o la *Geschichte unserer Tage*, elaborada por el doctor Mährlen, aparecida tomo a tomo desde la Revolución de 1830.

El concepto de historia del tiempo presente fue desplazado al periodismo, pero también aquí tenía su gran formato. Recordaré a los hegelianos de izquierda Bruno Bauer o Karl Marx, a Heine o a Lorenz von Stein, Michelet y Thiers, cuyos escritos sobre la historia reciente todavía hoy son lecturas recuperables cuando el siglo XIX, como ocurre ahora de manera creciente, es nuevamente reconstruido. Los historiadores profesionales se mostraban entonces más bien escépticos acerca de la posibilidad de trabajar científicamente sobre la actualidad de los acontecimientos. Perthes hizo un gran esfuerzo con el fin de encontrar autores para su historia de los estados europeos, no porque las fuentes fueran escasas para trabajar la historia con métodos histórico-filológicos a partir de los archivos (que apenas eran accesibles), sino porque los movimientos de la política y las modificaciones de la sociedad eran demasiado veloces como para poder arriesgar afirmaciones

definitivas. El carácter no cerrado de la historia, en contraste con la historiografía cristiana o humanística, se había convertido en una objeción contra su elaboración desde el punto de vista de la historia del tiempo presente.

La acelerada historia cotidiana y el lugar seguro de los archivos no parecían ser compatibles. A este propósito hay que recordar que, a la vista de la aceleración de la historia, los plazos de espera de los archivos se han abreviado. Todavía en la revolución de marzo de 1848 los archivos prusianos estaban en principio cerrados hasta los tiempos de Lutero, sólo eran accesibles con un permiso especial, y hacia finales del siglo XIX estaban cerrados los archivos de todo el período de tiempo desde 1700. Investigar en un archivo posterior requería un permiso ministerial. La actualidad de la historia se refería todavía a una duración de cien años. Los archivos mantenían su fuerza explosiva, en el orden político, jurídico o teológico, más allá de doscientos años. El plazo actual de treinta años no satisface todavía las esperanzas de los historiadores de acceder al material de investigación —al margen de los historiadores oficiales de la corte, e incluso éstos pueden ver cómo se pierden sus prerrogativas, como Sybel bajo Guillermo II—. Dicho de otro modo: la actual multiplicación de los temas históricos se extendía, para los políticos del siglo XIX, a toda la llamada modernidad, no a la hoy llamada historia del tiempo presente. Los títulos de legitimación procedentes de las actas no estaban todavía expuestos a un vencimiento tan rápido como hoy, que se abren a los treinta años, asegurando la protección de la personalidad, salvo los archivos económicos y las clausuras políticas específicas, declaradas o secretas.[17]

A pesar de todo, hay que decir en honor de los buenos historiadores que también en el siglo XIX, a pesar de las actas difíciles o inalcanzables, se entregaron intensivamente a la «historia del tiempo presente», casi siempre en lecciones, y ocasionalmente también en publicaciones, como Ranke, Droysen o Sybel, por men-

17. Véase Reinhart Koselleck, *Archivalien —Quellen— Geschichten: 150 Jahre Staatsarchive in Düsseldorf und Münster* (Veröff. d. staatl. Archive des Landes Nordrhein-Westfalen, Reihe C: Quellen und Forschungen, tomo 12), Düsseldorf/Münster, 1982, págs. 21-36.

cionar únicamente historiadores alemanes. Las lecciones editadas póstumamente de Niebuhr o Jacob Burckhardt no solamente son fuentes para entender las concepciones de entonces, sino que su lectura sigue valiendo la pena porque desarrollaron una teoría de los tiempos históricos que les capacitaba para insertar el propio tiempo en una perspectiva a largo plazo y porque enseñaron a distinguir conscientemente ese tiempo propio como cualitativamente distinto de los demás. Niebuhr leyó la época de la Revolución francesa para interpretarla como una época que se acelera a sí misma. De manera similar procedieron Droysen y Jacob Burckhardt; ambos creyeron haber descubierto la peculiaridad del propio tiempo en la sucesión acelerada de los acontecimientos. No es extraño que, a la vista de tal aceleración, el tiempo de la historia provocara nuevas preguntas y dotara a la historia del tiempo presente de una nueva cualidad. La historia del tiempo presente comenzó a adquirir la significación de una nueva y única actualidad, más allá de su antigua posibilidad diacrónica y sincrónica y de su limitación sistemática, una actualidad debida a determinaciones nuevas nunca hasta entonces experimentadas.

III

Hemos examinado anteriormente qué dificultades surgen cuando la historia del tiempo presente no se refiere a toda la historia, sino al período actual. Hablamos también del lugar histórico en el que la historia del tiempo presente fue concebida diacrónica y sincrónicamente, aunque el asunto mismo sea tan viejo como la historiografía. Se subrayó también la novedad de la historia del tiempo presente entendida desde la Revolución francesa como una actualidad que se va modificando. Desde entonces la historia del tiempo presente se constituye de manera diferenciada respecto de todas las demás historias. Esta posición es lo que finalmente quisiera explicitar y poner en cuestión.

El axioma del historicismo de que todo lo único se da en la historia —toda época se relaciona inmediatamente con Dios—, de que la historia no se repite, sino que se encuentra en un continuo desarrollo, este axioma es el epifenómeno de aquella experiencia

primaria de que parecía que la historia se había modificado radicalmente desde la Revolución industrial con una velocidad acelerada: en esta medida, todo era único e incomparable.

Esta experiencia afectaba retrospectivamente a todo el pasado en su conjunto. La historia se habría acelerado en los últimos veinte años —escribe Humboldt bajo la impresión de la Revolución francesa—;[18] sólo a partir de entonces se estaría en condiciones de reconocer, a partir de la distancia obtenida, las peculiaridades de la historia antigua y medieval en su alteridad como presupuestos del propio tiempo. Desde entonces era posible no sólo continuar la historia, sino reescribirla a partir del nuevo punto de vista alcanzado. Que la historia ha de reescribirse continuamente, no sólo porque se descubren nuevas fuentes, sino porque los tiempos mismos cambian, esta observación de Goethe ha sido cumplida y confirmada hasta nuestros días. Para Maquiavelo, que apreciaba su Livio metodológicamente, pero no históricamente, la historiografía no significaba una reescritura, sino el redescubrimiento de algo nuevo en viejas verdades. Para Federico el Grande, que llevaba su Plutarco en el bolsillo mientras conducía la guerra, esta necesidad de reescribir era todavía impensable cuando seguía escribiendo su propia historia. Siempre se ha reescrito para corregir lo falso; reescribir porque la perspectiva cambiante del presente permite descubrir algo nuevo es algo que sólo se hace desde el siglo XVIII. El paso que se da entre 1750 y 1800 se podría caracterizar así: del transcribir y continuar la historia a la reescritura y, finalmente, a la reescritura como imperativo.[19] Desde entonces el tiempo de la historia, la cualidad histórica del tiempo, su irrepetibilidad, su unicidad, ha obtenido una primacía que también caracteriza a la actual historia del tiempo presente.

Muchas cosas parecen hablar en favor de la consideración de que la actual historia del tiempo presente es una historia del presente *sui generis*. Los presupuestos técnicos e industriales de nuestra propia historia han refinado enormemente los instrumentos de

18. W. v. Humboldt, «Das achtzehnte Jahrhnndert», en Andreas Flitner y Klaus Giel (comps.), *Werke*, Darmstadt, 1960, tomo 1, págs. 376-505, 398.

19. En «Cambio de experiencia y cambio de método» ya se ha mostrado que entre Heródoto y Tucídides se registra y efectúa un tránsito análogo.

poder y de aniquilación; mientras que los espacios de decisión se han estrechado radicalmente, el llamado poder de las circunstancias se ha ampliado al globo entero, sobre el que antes vivíamos regionalmente limitados, lo que también ha liberado espacios de juego para la creciente capacidad de acción, anteriormente limitada, de partisanos, resistentes y rebeldes. El axioma de la unicidad parece imponerse más que nunca a nuestra propia historia del tiempo presente como una obligación cognoscitiva.

Los científicos de la economía y de la sociología, y en parte también los politólogos, han contribuido a inaugurar nuevos caminos para la investigación de la sociedad moderna en lo que ésta tiene de incomparable. Mencionaría a Raymond Aron, Hannah Arendt, Schumpeter o Keynes, por recordar los diagnósticos del tiempo presente que han tenido más fuerza innovadora, de lo que ningún historiador hasta el siglo XVIII había sido capaz. Pero este progreso no debería llevarnos a limitar la historiografía del tiempo presente a la historia de los acontecimientos, especialmente a la historia política. Es cierto que hay situaciones únicas, acciones únicas, hombres únicos, y recoger su testimonio sigue siendo una tarea intransferible de los historiadores. Bonhoeffer o el padre Kolbe, por quedarnos en el ámbito de la historia política de las iglesias, mantienen su carácter de testimonios, como *testes indelebiles*, y representan una exigencia para los historiadores. Y nadie puede eximir al actual historiador del presente la tarea de reconstruir las condiciones específicas e inexorables en las que ocurrió lo imprevisible, el 30 de enero de 1933 o el 20 de julio de 1944.

Pero el concepto teóricamente ambicioso de historia del tiempo presente, como lo hemos conocido en Campe hacia 1800, nos debería recordar que pretende abarcar algo más que trabajar científicamente la mera secuencia de los acontecimiento actuales, personas y acciones. Hay dimensiones, de carácter diacrónico y sincrónico, que se inscriben en distintas profundidades temporales y acerca de las cuales algunos historiadores todavía tienen hoy mucho que enseñarnos, porque la historia se repite estructuralmente, lo que con frecuencia se olvida al acentuar la «unicidad». Quisiera mencionar ahora algunos ejemplos que dan testimonio del pasado pasado como un presente pasado.

El diálogo Melier de Tucídides acerca del poder y el derecho sigue siendo, *mutatis mutandis*, una llave para la situación en la que se encontraron Hácha frente a Hitler en 1939 o Dubcek frente a Brezniev en 1968. —Las fuentes cristianas o su contribución al antisemitismo moderno siguen siendo un tema de larga duración histórica y como tal ha de ser tratado, por ejemplo, por la teología moral. Aunque sus «representantes» se hayan protegido de errores históricos concretos, sigue teniendo sentido dirigir esta pregunta a las Iglesias. Es un asunto que tiene precedentes y que es potencialmente repetible. —La biografía colectiva de la élite burguesa en la Francia de la revolución y bajo Napoleón, su capacidad de adaptarse a los acontecimientos que contribuyó a desencadenar, pero no pudo controlar, con los que colaboró y posibilitó, pero de los que no se benefició, sigue siendo un modelo de experiencia que también enseña a poner en un contexto plausible los doce años bajo Hitler, el tiempo anterior y posterior. Se trata de procesos sociopsicológicos que recorren la historia de los acontecimientos. La combinación de cobardía y arrogancia tal vez se pueda reconocer mejor en el año de los tres emperadores de Tácito que cuando se vive bajo la necesidad de justificación, como les pasa a los alemanes desde 1945, y se refleja en memorias sospechosas. De Tácito se pueden deducir analogías para el presente, que ponen de manifiesto una repetibilidad estructural, en orden a iluminar aspectos de la actualidad de hoy. —O la confesión literaria de Ernst Jünger de que en las trincheras de la Primera Guerra Mundial se asesinó a prisioneros simulando que se trataba de suicidios, algo que los aliados únicamente imputaban a los alemanes. Esta confesión fue igualmente recogida por los historiadores ingleses poco antes de que desapareciera la generación de 1914, a partir de 1945, después de que las dimensiones del asesinato masivo y planificado hubieran facilitado el reconocimiento de acciones asesinas espontáneas de otras dimensiones mucho más reducidas.[20]

¿Qué muestran estos ejemplos? Hay en todas partes fenómenos recurrentes. El tiempo apremia y sana, aporta cosas nuevas y recupera lo que sólo se distingue desde la distancia. En nuestra

20. John Keegan, *Die Schlacht*, Munich, 1981, págs. 52, 235 y 331.

historia del tiempo presente hay estructuras que no pertenecen únicamente a nuestra historia del tiempo presente. Hay constelaciones repetibles, efectos a largo plazo, actitudes arcaicas que perviven, regularidades en la serie de los acontecimientos, acerca de cuya actualidad un historiador del tiempo presente puede informarse a partir de la historia. Y es que, como se dijo, la historia del tiempo presente, elevada a la categoría de concepto, es más que la historia de nuestro tiempo presente. Sólo cuando sabemos lo que se puede repetir en cualquier momento, aunque no siempre igual, podemos ponderar lo que hay realmente de nuevo en nuestro tiempo. Tal vez menos de lo que solemos suponer. Este poco es lo importante.

LAS ESCLUSAS DEL RECUERDO Y LOS ESTRATOS DE LA EXPERIENCIA. EL INFLUJO DE LAS DOS GUERRAS MUNDIALES SOBRE LA CONCIENCIA SOCIAL

Toda persona conoce en su biografía cortes, cesuras que parecen abrir un nuevo período de la vida. Se producen modificaciones bruscas de la experiencia que obligan a abandonar el camino de lo acostumbrado, de lo habitual y a abrir nuevas vías. Las experiencias nuevas exigen también que la propia conciencia las asimile. Se cruzan umbrales tras los cuales muchas cosas, quizá todas, parecen completamente diferentes, según el grado en que nos afecten y nos hagan tomar conciencia de ellas. Aunque no tenga que suceder necesariamente así, al elaborar nuestras experiencias cambian también los comportamientos, los puntos de vista y nuestra propia conciencia de ellas.

Las dos guerras mundiales trajeron consigo rupturas en la experiencia tanto para los afectados como para quienes participaron activamente en ellas en una medida que hasta entonces parecía impensable. Por eso no cabe ninguna duda de que la conciencia de todos los contemporáneos de las guerras mundiales quedó de algún modo afectada por ellas. Y si en algún caso no cambió, entonces se impone la sospecha de que la conciencia heredada del período anterior a cada una de las dos guerras era una falsa conciencia. Este principio general también es incuestionable en lo que se refiere a la impresión que produjeron en la conciencia las dos guerras mundiales. Los recuerdos y las narraciones o el silencio y el enmudecer de los supervivientes hablan un elocuente lenguaje.

Si nos preguntamos por la conciencia social, por la conciencia colectiva, la respuesta es más difícil, pues se presupone una comunidad, una mentalidad colectiva que necesariamente se funda sobre experiencias y supuestos comunes de la conciencia. La cuestión que surge entonces es hasta dónde llega la comunidad de los afectados y de los que tomaron parte activa, dónde se marcan

las diferencias según el grado en que hayan sido afectados y cuáles son los distintos presupuestos de las respectivas conciencias. La guerra común no fue experimentada por todos en común. Por eso para poder determinar las semejanzas y diferencias es preciso proceder analíticamente. En primer lugar, hay que distinguir la guerra de sus consecuencias. En la experiencia de los afectados se encuentran inseparablemente unidas: la impresión en la conciencia se produce tanto por la guerra como por sus consecuencias. Aún más: es especialmente en la conciencia donde la guerra y sus consecuencias se hallan unidas. Por eso hay que distinguir analíticamente entre los factores sincrónicos, que actuaron en la propia guerra, y los factores diacrónicos, producidos por las consecuencias de la guerra.

1. Factores sincrónicos de la impresión en la conciencia

I. Las vivencias de la guerra

a) Los significados, comportamientos y actitudes, así como la conciencia afectada por ellos y que reacciona ante ellos, se ven afectados, en primer lugar, por las experiencias inmediatas que han producido los sucesos de la guerra, por las respectivas vivencias. Todas las vivencias se derivan de acontecimientos en los que se ven envueltos los afectados o los actores. Pueden ser tan numerosas como las personas que los han experimentado.

b) Al clasificar los contenidos que pudieron influir en la conciencia, las denominadas vivencias de la guerra presentan puntos comunes que cabe clasificar como situaciones típicas. En todas las vivencias hay semejanzas y aspectos comunes que generan disposiciones similares de la conciencia. Se puede hablar entonces de acontecimientos estructurados o de estructuras de acontecimientos que llevan a configuraciones de la conciencia semejantes. Entre ellos se encuentran la experiencia de las trincheras, las bombas, la vida y la muerte en los campos, el trabajo de aprovisionamiento, e incluso experiencias que revolucionan la administración de las emociones, desde la psicosis colectiva o la histeria de las masas hasta las violaciones de la intimidad que llevaron al extremo de destruir los hábitos de comportamiento sexual de la sociedad civil, la separación de las familias, la pérdida de parientes, la homosexualidad fomentada en el ejército, la invasión del ganador y todo aquello que pueda mencionarse en cuanto a datos sociales y antropológicos. Se trata siempre de acontecimientos singulares ensamblados en una estructura común y que presentan un modo común de influir en la conciencia.

II.

Los acontecimientos y vivencias anteriormente señalados se estructuran en el momento de la guerra, mientras que la conciencia que los elabora tiene una disposición previa. No existe una conciencia que pueda ser considerada como conciencia de la guerra. Existen más bien numerosas condiciones de socialización que influyen en la conciencia ya desde el período anterior a la guerra. Actúan como un filtro previo a los acontecimientos y vivencias propios de la guerra. Son ellos los que determinan el tipo y la manera en que pueden realizarse las experiencias. Las condicionan y limitan al mismo tiempo. Aunque esas disposiciones previas están unidas en la experiencia y resultan difíciles de discernir de ella, también aquí es preciso proceder analíticamente.

a) Una disposición previa difícilmente superable consiste en la pertenencia a una determinada comunidad lingüística. La lengua o el dialecto que cada uno habla ordena las posibles experiencias según las imágenes, metáforas, tópicos, conceptos, y sobre todo según la capacidad de articulación y de expresión que configuran y limitan al mismo tiempo la conciencia. Aunque la experiencia de la guerra modificó algunas disposiciones colectivas del lenguaje, no pueden ser transformadas completamente.

b) Estrechamente relacionados, con la tradición lingüística se encuentran la conciencia religiosa, las propias cosmovisiones y los esquemas ideológicos heredados, por medio de los cuales se liberan, frenan y clasifican los datos de la experiencia. Estas predisposiciones fundan un contenido de conciencia común que puede traspasar las fronteras lingüísticas e incluso las fronteras del enemigo en la guerra.

c) Otro elemento configurador de la conciencia es la respectiva pertenencia a una comunidad de acción política. Hay que señalar

en primer lugar al Estado, en cuanto que éste funda la comunidad de acción política más importante que se ve implicada en la guerra. También hay que incluir a las organizaciones políticas, como los partidos y las asociaciones, así como las Iglesias, cuya pertenencia genera experiencias posibles y mentalidades comunes. Se trata de condiciones de índole organizativa, sobre todo militar, administrativa o propagandista que delimitan el espacio de la conciencia y escapan al control directo de los afectados. Como las lenguas o las ideologías, las organizaciones políticas, especialmente los Estados, tienen sus propias tradiciones que preceden a la conciencia. Hay que distinguir los Estados nacionales, como Francia, de las naciones que se encuentran unidas en un Estado, como Rusia, el Imperio Austro-húngaro o Bélgica, lo cual puede ser decisivo para la disposición de la respectiva conciencia colectiva.

d) Es preciso establecer también diferencias analíticas entre generaciones. A pesar de todas las similitudes, la capacidad de impresión es distinta si la experiencia de la guerra se ha tenido en la primera juventud, la adolescencia, la madurez o a una edad avanzada. Cambia el modo de recepción pero, sobre todo, la historia de los efectos de la guerra debe juzgarse según las vivencias de la guerra que han tenido quienes forman una misma comunidad política pero son diferentes generacionalmente. Los veteranos de 1870-1871 tuvieron en la Primera Guerra Mundial una conciencia distinta que los jóvenes voluntarios, y esto se puede aplicar también, *mutatis mutandis,* al rechazo de la generación de entreguerras. La élite directiva de las SS procedía sobre todo de la quinta posterior a 1900, que consideraban que se habían perdido la Primera Guerra Mundial y cuya mentalidad estaba marcada por la derrota, las guerras civiles posteriores a 1918, la inflación, el fracaso de la democracia parlamentaria y la crisis económica mundial. Existen fronteras absolutas entre las promociones, según hayan participado activamente en la guerra o únicamente la hayan vivido de manera pasiva. Estas fronteras entre los años tienen un peso diferente en la configuración de la conciencia en la Primera y la Segunda Guerra Mundial.

e) Hay que distinguir también según la función que hayan desempeñado el género y la familia. En principio, las mujeres tuvieron que experimentar la guerra de manera diferente a los hombres. En la Primera Guerra Mundial la distancia entre el frente y el hogar era más fuerte, más incisiva y se vivía de manera más consciente que en la Segunda. La Primera Guerra Mundial afectó de manera distinta a los diversos sectores de la población y a las mujeres. La Primera Guerra Mundial sólo fue una guerra total en los asedios y en los submarinos. En cambio la Segunda Guerra Mundial fue total en todos los aspectos: bombardeos, terror, asesinatos masivos, guerra de partisanos, lo que en su conjunto contribuyó a anular la contraposición entre el frente y el hogar, a que los papeles respectivos de uno y otro sexo no fueran tan diferentes y a que su incidencia en las familias fuera mayor. Probablemente los papeles tradicionalmente atribuidos a cada uno de los sexos cambiaron en, y por medio de, ambas guerras más que en cualquier otra circunstancia.

f) Para analizar la respectiva conciencia colectiva hay que distinguir, obviamente, según criterios de clase y estratificación social. La pertenencia a una clase social y económica determinada conduce, de manera abierta u oculta, a configuraciones de la conciencia relativamente homogéneas, aunque pueda haber también variaciones en función de los factores anteriormente mencionados. Existen una serie de variables específicas de los diferentes estratos que generan formas de conciencia peculiares. Por ejemplo, el grado de actividad o de implicación en los acontecimientos de la guerra fue distinto según el entorno social o de clase en el que se vivió la guerra. Cabe señalar aquí circunstancias como el hecho de vivir en la ciudad o en el campo, el lugar que se ocupa en el proceso de producción, la posesión de medios de producción o la escala profesional, que no se pueden identificar con la pertenencia a una clase. Se trata de una red de condiciones económicas y sociales que hacen posible que determinadas vivencias se impriman en la conciencia.

Los seis planos anteriormente señalados pretenden desentrañar aquellos factores que influyen en la conciencia, que subyacen de manera específica en los acontecimientos y vivencias de la guerra y en su elaboración. En realidad todos los factores influyen a un tiempo, aunque cada uno de ellos en una medida diferente. Son necesarias estas distinciones analíticas para poder investigar

los cambios producidos en la conciencia como consecuencia de los acontecimientos y vivencias de la guerra, ya que la modificación de la conciencia producida por la guerra afecta a todos los planos aunque en diferente medida.

III. El tipo de acontecimientos y vivencias anteriormente señaladas y las condiciones de formación de la conciencia colectiva deben distinguirse claramente de aquellos factores específicos condicionados por la guerra, aquellos que únicamente se han podido experimentar en la guerra. Las tareas exigidas por la guerra son de un tipo peculiar y no se identifican con las condiciones estructurales de carácter general en las que se halla inmersa la conciencia.

Por ejemplo, la conciencia se ve afectada de distintas maneras según haya estado dominada por funciones de mando o de obediencia. Las mentalidades de los oficiales, de los suboficiales y de los soldados son diferentes, aunque durante la Primera Guerra Mundial los límites entre ellas fueron mucho más estrictos que durante la Segunda, que en ese aspecto permitió una mayor permeabilidad. Existe también una mentalidad propia de los que se encontraban en centros de planificación o en la ejecutiva de importantes organizaciones bélicas, en la industria de abastecimiento o quienes trabajaban en empresas bélicas o en el sector de la alimentación, es decir, quienes no se enfrentaban de manera directa a la muerte en el frente. Hay además otros ámbitos de actividad forzada, que en la Segunda Guerra Mundial afectaron a un mayor número de personas que en la Primera: la prisión o la condena a trabajos forzados. Dentro de este tipo de factores hay que mencionar aquellas funciones que fueron reforzadas de la Primera a la Segunda Guerra debido al carácter total del ataque, como las policiales, judiciales, o las de la policía política que sirvieron como instrumento del terror y de los crímenes en masa. Se trata de funciones de carácter puramente negativo que produjeron víctimas sin sentido como, por ejemplo, en los campos de concentración. Por otra parte surgieron en este contexto otras actividades que se extendieron e intensificaron enormemente de la Primera a la Segunda Guerra, como la de los partisanos que luchaban contra el enemigo exterior y los movimientos de resistencia en el propio país, que obligaron a replantear todas las lealtades anteriores.

Todas las funciones señaladas, que se desempeñaron específicamente condicionadas por la guerra, influyeron a su vez en las predisposiciones estructurales del sistema social del cual se derivaban. El sistema social en su conjunto, y con él también la formación de la conciencia, se transformó precisamente por medio de esas funciones, si bien de manera distinta y más intensa en cada una de las guerras.

La capacidad de las guerras para influir en la configuración de la conciencia radica, en primer lugar, en los acontecimientos concretos que cada persona encuentra o que ha contribuido a producir. Únicamente por medio de los sucesos y sus vivencias tiene lugar esa primera experiencia propia de la guerra.

Esos acontecimientos bélicos tienen estructuras comunes que han dado lugar a experiencias similares o experiencias repetibles, de tal manera que pudieron producir semejanzas en las mentalidades.

Todos los acontecimientos pudieron convertirse en factores determinantes de las mentalidades en la medida en que previamente se tomó conciencia de ellos de alguna manera. Sólo fue posible tener experiencias de la guerra y tomar conciencia de ellas en la medida en que se apoyaban en experiencias históricas previas. Como ya se ha dicho, la lengua, la ideología, la organización política, la generación, el sexo y la familia, la pertenencia a una clase o estrato social constituyen precondiciones de este tipo. Todas estas predisposiciones han influido en la configuración de la conciencia colectiva en la guerra.

Por otra parte, también las condiciones sociales se vieron afectadas por los sucesos de la guerra. Por ello, una cuestión fundamental es a qué tipo de factores hay que atribuir un mayor peso: si fueron los sucesos de la guerra y sus estructuras comunes los que modificaron la conciencia previa o si fueron más bien las actitudes de conciencia heredadas de la tradición las que determinaron el carácter específico de las experiencias bélicas. Aunque admitamos que se trata de una influencia recíproca, es posible determinar la diferencia que existe entre el peso de las experiencias bélicas y el peso de las condiciones sociales. ¿En qué medida la lengua, la ideología, la organización política, la generación, el sexo y la familia, la clase social han conformado la conciencia de la guerra y en qué

medida los sucesos de la guerra han modificado estos factores? Se puede encontrar una respuesta a esta cuestión si damos un segundo paso analítico que consiste en determinar la capacidad de modificar la conciencia de aquellos factores que únicamente se producen en la guerra y por la guerra y que, a su vez, cambian las condiciones sociales y posibilitan, al mismo tiempo, los sucesos de la guerra. Las guerras provocaron una serie de cambios en la sociedad y en la conciencia que no se habrían producido sin los sucesos bélicos.

2. Efectos diacrónicos de la guerra en la conciencia

Técnicamente la guerra termina con el cese de las armas. Con ello cambia también el estado de la conciencia de esa guerra. A partir de los hechos bélicos surge la memoria de la guerra. Pero la memoria de la guerra no es una magnitud constante que siga actuando permanentemente de forma inmutable. Es, más bien, algo que subyace a las consecuencias de la guerra que, a su vez, conforman, condicionan y canalizan la propia memoria de la guerra, en definitiva, que pueden modificarla. Se olvidan muchas cosas, otras permanecen tozudamente como un aguijón en la conciencia. Algunas cosas se suprimen, otras se ensalzan. La guerra produce consecuencias que actúan como un filtro en la capacidad que tienen los recuerdos de configurar la conciencia. Por eso, a la hora de estudiar las consecuencias de la guerra en la conciencia colectiva hay que distinguir los efectos que la guerra ha producido durante la propia guerra y aquellos que sólo pueden ser considerados como una consecuencia posterior a la guerra. También aquí la realidad es un proceso continuo que sólo puede diseccionarse en el análisis teórico de la cuestión que nos interesa. Ahí radica uno de los problemas metodológicos más complicados a la hora de aislar aquellos efectos de la guerra en la conciencia que únicamente se han producido durante la guerra. ¿Cómo se puede separar la propia guerra y sus efectos inmediatos de la corriente de la conciencia? ¿Cómo se pueden remitir los recuerdos o su ausencia a su percepción anterior durante la guerra? Todos los factores sincrónicos de nuestro primer análisis aparecen de una manera distinta

en sus efectos diacrónicos. Se introducen esquemas de traducción lingüística que reestructuran con carácter retroactivo el marco de la experiencia de la guerra. Nuevos contenidos lingüísticos producidos por la guerra, ideologías, estereotipos y consignas se sobreponen o eliminan el contenido original de la experiencia bélica. A ello se añaden todas aquellas experiencias que los individuos han reunido durante la guerra sin poderlas articular lingüísticamente y que siguen influyendo en los modos de pensar y las maneras de comportarse, sin que la propia conciencia deba o pueda dar razón de ello. Los factores que configuran la conciencia pueden ser, por tanto, variados: proceden del período prebélico, de un pasado anterior o también de las consecuencias de la guerra que continúan modificando la conciencia. Por eso, a la hora de elaborar una historia de las mentalidades resulta difícil determinar dónde se encuentra el umbral que queda definitivamente superado con el cese de las hostilidades.

Una diferencia de mayor alcance aún en la historia de la conciencia radica en el resultado inmediato de la guerra, cuando se ha pasado ya a la situación de paz, en función de que los afectados pertenezcan a los vencedores o a los vencidos. Las guerras son acontecimientos unitarios y, por tanto, han traído consigo numerosas experiencias comunes. Sin embargo, la distinción entre vencedores y vencidos supone una clara diferencia que canaliza de manera distinta la capacidad y el proceso de la conciencia. Existe una gran diferencia entre morir por una causa perdida o por la victoria, también para los supervivientes.

Pero hay que precisar aún más, ya que no toda victoria permanece como una victoria y no toda derrota como una derrota. Hay, por ejemplo, vencedores tanto de la Primera como de la Segunda Guerra Mundial, como Estados Unidos y Gran Bretaña, hay vencedores de la Primera Guerra Mundial que en la Segunda se encuentran entre los vencidos, como Italia o Japón, o al contrario, hay países que en la Primera fueron vencidos y en la Segunda vencieron, como Rusia.

La historia de la conciencia aparece de una manera diferente cuando incluye el propio curso de la guerra. Así, hay perdedores durante la guerra que al final resultan ser los vencedores. Ésta es la situación de las naciones de la monarquía del Danubio y del Im-

perio Ruso que obtuvieron la independencia durante la Primera Guerra Mundial. Lo mismo puede decirse de la Segunda Guerra Mundial: a numerosos países sometidos por Alemania la pérdida de la soberanía estatal durante la guerra condujo más tarde o más temprano a un profundo cambio en la constitución como consecuencia de la victoria. Éste es el caso tanto de Francia como de los estados de la Europa del Este.

Finalmente, hay que mencionar a los países más o menos neutrales cuya identidad política no se mantuvo completamente intacta a lo largo de toda la guerra.

No sólo la victoria o la derrota, sino también la forma de la victoria y de la derrota producen numerosas quiebras en la constitución de la conciencia, hasta el punto de que resulta difícil delimitar unas semejanzas mínimas en la conciencia colectiva. La cuestión de la analogía o las diferencias en la conciencia colectiva hay que seccionarla según un criterio diacrónico en la cuestión de la continuidad y la discontinuidad. A pesar de que existen sufrimientos semejantes que posibilitan establecer comparaciones, las esclusas de la experiencia y sus rupturas impiden una conciencia de la guerra común a todas las naciones europeas. Desde el punto de vista de sus efectos en la historia es importantísima la reformulación de la experiencia de la guerra que tiene lugar a la vista de sus consecuencias inmediatas. El influjo de la Revolución de octubre introdujo en toda Europa nuevas circunstancias que provocaron diferentes reacciones, como las guerras civiles o la inflación, y que produjeron muy distintas corrientes de conciencia en los distintos países y estratos sociales, que modificaron a su vez la conciencia de la guerra pasada. Durante media década más los vencedores de 1918 trataron de mejorar los resultados de sus tratados de paz. Tras la Segunda Guerra Mundial la Guerra Fría entre el bloque oriental y el occidental desempeñó un papel semejante. Numerosas experiencias originarias de la Segunda Guerra Mundial fueron así eliminadas o asentadas en los distintos espacios de conciencia o reelaboradas en un nuevo horizonte de sentido, difícil de conciliar con la experiencia primera.

3. El culto político a los muertos y sus monumentos. Semejanzas y diferencias entre las dos guerras mundiales

Millones de caídos en la batalla, asesinados, aniquilados, muertos en las cámaras de gas, desaparecidos, fallecidos a causa del hambre o las epidemias, millones de muertos de todas las edades y géneros constituyen un hecho crucial en las experiencias originarias de quienes sobrevivieron a él en ambas guerras. Esta circunstancia opera de diferente manera en los distintos países y en cada una de las guerras. Pero el culto a los muertos es una respuesta común para dotar de significado, en la medida de lo posible, a la muerte masiva.

El que muere, muere solo. Pero la matanza masiva organizada genera semejanzas y diferencias en la manera en que se elabora la experiencia y en la capacidad de recuerdo de los supervivientes, que reseñaré a continuación.

Se puede dilatar el sufrimiento, se puede aplazar la muerte, pero la muerte violenta no se puede ir a buscar. La experiencia originaria central que han tenido todos los supervivientes de la guerra es que la muerte no es algo voluntario. Por eso se plantea a la conciencia la cuestión del sentido de la muerte violenta. En las dos guerras mundiales hubo intentos de dotarla de un sentido político o teológico. En qué medida lo consiguieron la prensa, la publicidad y los partidos, el púlpito y la cátedra, y en qué medida encontraron apoyo o rechazo es algo que no se puede dilucidar aquí, ya que el eco de esas voces se deja oír de maneras tan distintas como los sistemas sociales y las naciones de cada uno de los países.

En general se puede anticipar que la gran euforia de la guerra de 1914 no se volvió a producir en ningún país, tampoco en Alemania, con la vuelta a las armas de 1939. Por eso, a pesar de los nacionalismos, cabe apreciar un profundo cambio en la conciencia a este respecto. Y es que la experiencia de las muertes en masa afecta de una manera demasiado profunda como para que pudiera dominarse únicamente por medio de respuestas nacionales.

A continuación es preciso delimitar la cuestión de la función configuradora de la conciencia que ha tenido en Francia y Alemania el culto político a los muertos, especialmente en los monu-

mentos. Lo que se diga respecto a estos países no pretende ser aplicable a todos los demás.

El afán por encontrar un sentido a la muerte violenta es tan antiguo como la capacidad de los hombres de matarse unos a otros. Con la Revolución francesa se produjo un cambio significativo en esta búsqueda de significado. Todo aquel que hubiera muerto por la lucha revolucionaria en pro de la libertad debía ser recordado singularmente en un monumento. Fue entonces cuando surgió el culto político a los muertos, que más allá de un privilegio cristiano transformó la muerte del soldado en un deber nacional. Se trataba de que los caídos murieran por la misma causa de la libertad por la que sobrevivían los que quedaban. Es un nuevo culto mundano que no tiene un carácter religioso, aunque adopte sus formas, y cuyo fin consiste en aunar en un horizonte de significado común el pasado de la muerte con el futuro de los supervivientes. El lugar del más allá cristiano, donde se hallan los muertos, lo ocupa el futuro político. Esta función de los monumentos de guerra —antes sólo había monumentos de la victoria o en memoria de los príncipes y generales del ejército— se ha mantenido hasta la Segunda Guerra Mundial. Es un rasgo propio de la modernidad. Los revolucionarios franceses fueron los primeros en plantear la exigencia de recordar individualmente a cada uno de los caídos, pero también la asumieron las naciones que se sublevaron contra Francia y Napoleón. En la memoria de cada uno de los soldados subyacía el principio democrático de igualdad que se fue imponiendo en toda Europa a lo largo del siglo XIX independientemente de las distintas formas que adoptaran las constituciones. El punto álgido de esta evolución se alcanzó con la Primera Guerra Mundial. Desde entonces los monumentos ya no distinguen entre oficiales, suboficiales y tropa. La igualdad de la muerte se convierte en un símbolo de la unidad de acción política.

En todas las naciones los cementerios de soldados, protegidos por los tratados de paz desde 1871, contienen enterramientos individuales en los que se puede identificar claramente el nombre. Y las tumbas colectivas de los caídos anónimos se refieren a los individuos mediante inscripciones nominales. Y quien no pudo ser encontrado por haber muerto en una aniquilación colectiva por medios técnicos obtenía también su inscripción en los grandes

monumentos a los desaparecidos. En muchos casos casi la mitad de los caídos, o incluso más, eran recordados de esta manera, por ejemplo, en las batallas de Flandes, Somme o Verdún. Ningún nombre podía olvidarse. La función política de los enterramientos de soldados y de los monumentos a los desaparecidos une, por tanto, a cada uno de los ciudadanos caídos con la identidad de la nación, cuya garantía habrá de ser el recuerdo de los muertos. En Francia la administración de los cementerios para soldados estaba en manos del Estado, mientras que en Alemania fue asumida tras la derrota por una organización no gubernamental para el cuidado de los enterramientos de la guerra. Se puede afirmar que tras la Primera Guerra Mundial el sentido patriótico y nacional de los cementerios para soldados se cultivó en ambos países de manera semejante. Aunque esto no excluye que el luto privado de los miembros supervivientes de cada familia encontrara su lugar de recuerdo en esos cementerios más allá de aspiraciones patrióticas.

Tras la Segunda Guerra Mundial el culto a los soldados caídos se debilitó en Francia por el recuerdo de los muertos en la Resistencia fomentado por el gobierno. En cambio, en Alemania el cuidado de las tumbas de los caídos en la guerra se convirtió en una labor humanitaria que alcanzó una gran extensión bajo la consigna «Nunca más otra guerra», lo que no había constituido una motivación tan fundamental en el período de entreguerras.

Algo completamente nuevo en la Segunda Guerra Mundial son los enterramientos colectivos para quienes habían muerto en los campos de concentración. Aunque por su número y su inutilidad militar son equiparables a los muertos en las batallas de la Primera Guerra Mundial, son completamente singulares en todos los demás aspectos, pues se trata del asesinato, del sometimiento, de la aniquilación de personas de ambos sexos, sin la posibilidad de encontrar o atribuirle un sentido. Por ello, los monumentos conmemorativos que sustituyen a los enterramientos no tienen la función de proporcionar un sentido, a no ser la de tematizar la supervivencia.

En los monumentos conmemorativos de los campos de concentración se hace especialmente patente algo que también se puede aplicar a los monumentos a los muertos en los pueblos de Alemania tras la Segunda Guerra Mundial: que la muerte ya no

se entiende como una respuesta, sino sólo como una pregunta, no como algo que confiere sentido, sino como algo que requiere un sentido. Con ello se pone de manifiesto un cambio de mentalidad que también puede apreciarse en la historia de los monumentos conmemorativos tras las dos guerras mundiales.

Entre los monumentos conmemorativos de la guerra en sentido estricto destaca obviamente el monumento al soldado desconocido bajo el parisino Arco de Triunfo. El muerto simbólico, que representa a todos los caídos de la nación, se encuentra en casi todos los países de Europa que participaron en las guerras a excepción de Alemania. No hay en Alemania un lugar central conmemorativo no sólo de la Segunda, sino tampoco de la Primera Guerra Mundial, debido a su constitución federal. En este sentido, la ausencia de un símbolo de la unidad refleja la conciencia nacional alemana nunca completamente homogénea.

En ambos países hay una gran variedad de tipos de monumentos, que tienen puntos semejantes, pero que también difieren en algunos aspectos. Por nombrar algunos, hay monumentos conmemorativos del ejército que rememoran acciones militares que el culto a la tradición ha tomado a su servicio. Se trata de una tradición que en Alemania se interrumpe en 1945 y que sólo reaparece tímidamente en la República Federal. Francia se encuentra con un problema semejante: ofrecer una identificación militar a pesar de haber perdido las guerras civiles o de liberación en Vietnam y Argelia.

Otro tipo igualmente extendido en ambos países es el que surge para la memoria de organizaciones preferentemente de carácter civil. Escuelas, asociaciones de estudiantes, universidades y también unidades más amplias como la de correos o la de los ferrocarriles o asociaciones deportivas y coros han erigido cada una de ellas sus propios monumentos. En general se puede decir que la mentalidad de sus fundadores se podía derivar directamente de las condiciones sociales en las que cultivaban el culto a los muertos, ya fuera como quien había sobrevivido o como quien había nacido posteriormente. Mientras que tras la Primera Guerra Mundial este culto se mantuvo en todas partes, puede decirse que durante el período posterior a la Segunda Guerra Mundial quedó más o menos adormecido. Después de 1945, en muchas ocasiones, estos monumentos parecen ser sólo monumentos conmemorativos de tiempos pasados. Con la desaparición de las generaciones supervivientes, se extingue también el culto a los muertos, con lo cual los monumentos dan testimonio del pasado, pero ya no apuntan al futuro.

Se encuentran también diferentes monumentos conmemorativos de la guerra en los campos de batalla de Francia que en cambio en Alemania no aparecen. En Francia el cuidado de la tradición corresponde en parte al Estado y en parte al ejército, pero también a las antiguas asociaciones de la guerra. Antoine Prost ha realizado un profundo análisis de la evolución de la ideología de dichas asociaciones.

El tipo de monumento conmemorativo de la guerra más extendido es el monumento municipal. No hay prácticamente ningún municipio en Alemania o en Francia que no haya erigido un monumento con sus propios recursos tras la Primera Guerra Mundial. Si cabe registrar un cambio profundo de la conciencia que se haya producido únicamente a causa de la guerra y sólo durante la guerra es en esos monumentos municipales. El culto a los muertos pertenece a la historia de los efectos de la guerra; los muertos pertenecen a la propia guerra. Es posible obtener algunos resultados empíricamente constatables en este nivel inferior de organización social y política. Prost lo ha realizado en el caso de Francia, pero también en Alemania existen algunos estudios al respecto con una aplicabilidad general.

La historia del surgimiento de los monumentos municipales es bastante similar en ambos países y las formas que adoptan los monumentos y el culto se asemejan en muchos aspectos. Todos los municipios tomaron la decisión de sustraer a los caídos del olvido con sus propios recursos. Se fundaron comités y, como la carga financiera era excesiva para comunidades pequeñas, se organizaron cuestaciones en las que por lo general participó principalmente el ciudadano medio con una opción política de centro-derecha. Mientras que en Alemania antes de 1933 el Estado no intervino directamente, el gobierno francés se hizo cargo de hasta el 15% de los gastos, según el porcentaje de muertos por población en una comunidad. Por ello en Francia existe una mayor orientación estatal que en Alemania.

En Francia llama también la atención que los monumentos municipales a la victoria —contra la política oficial— constituyen una minoría. De la mitad a dos tercios de los monumentos tienen un carácter civil o fueron erigidos en señal de duelo. El espectro político abarca aquí desde los católicos conservadores hasta los socialistas, que se sirvieron de dichos monumentos para mantener el recuerdo de la guerra no como un acontecimiento victorioso, sino, sobre todo, para mantener vivo el duelo por los muertos como garantía de la paz. Hay también otro grupo de monumentos patrióticos que se sitúan más bien en la tradición republicana. Un grupo importante de monumentos, aunque comparativamente menor, cultiva expresamente tradiciones pacifistas. En ellos se conmemora a las viudas, los huérfanos o los padres que perdieron a sus hijos. También en Francia las familias, las mujeres y los niños fueron expresamente incluidos como supervivientes en el rito del luto, mucho más de lo que era normal en Alemania.

Si se compara la tipología francesa con los monumentos alemanes, llama la atención una serie de semejanzas, pero también diferencias en la valoración que cabe realizar.

En ninguno de los dos países hay monumentos a la victoria. En ambos hay una serie de monumentos, especialmente del ámbito civil, que pretenden compensar de alguna manera la derrota de la guerra. Aluden a que Alemania había sido, supuestamente, invencible en el campo de batalla. Esos monumentos proceden en su mayor parte de organizaciones conservadoras y se encuentran también en ciudades con una mayoría conservadora. Quedaban así subliminalmente asentadas disposiciones de conciencia que pretendían no aceptar la derrota. De esos monumentos se podía deducir que cabía la posibilidad de una vuelta a las armas, aunque no se hiciera patente de una manera expresa.

Los monumentos alemanes y franceses se asemejan en muchos aspectos, en la medida en que tematizan el propio duelo. Independientemente de las diferencias en los cascos y uniformes, las alegorías son bastante similares. Con frecuencia se expresa con apasionamiento la imposibilidad de racionalizar la muerte o se transforma en símbolos estéticos, como simples piedras o estelas, piedras sillares o cubos, cuyo sentido alegórico apenas se conoce.

Cabe señalar aquí, por supuesto, una diferencia en la mentalidad posterior a la Primera Guerra Mundial. Mientras que en Francia la referencia a la fama, el honor y el heroísmo aparece aproximadamente en el 30% de los monumentos, las inscripciones en recuerdo de los héroes se extendieron en mayor medida en Alemania. También aquí, aunque el centro de gravedad de esas inscripciones pueda apuntar en otra dirección, lo que se pretende es compensar la derrota. En Alemania se nombra también a los compañeros con tanta frecuencia como a los héroes, aunque no en los monumentos municipales. En ellos es más fuerte la tendencia al reconocimiento de la comunidad de hombres que han soportado la Primera Guerra Mundial en el frente. En Alemania aparece la inclusión figurada de miembros de la familia, aunque menos que en Francia. Según lo que manifiestan los monumentos, el dolor adoptó formas distintas. En ambos países la muda desesperación fue superada por la tristeza, pero en Francia se refieren más a la paz ganada, mientras que en Alemania aluden a la lucha pasada. Obviamente, este tipo de discrepancias no puede llevar a realizar arriesgadas afirmaciones de carácter general sobre la mentalidad nacional.

Otro rasgo que diferencia el culto a los muertos en ambos países radica en el rechazo de la participación de las Iglesias en el cuidado de la memoria. En Francia quedó regulado de una manera general mediante la ley de separación entre Iglesia y Estado de 1905. No podía aparecer ningún símbolo cristiano en los lugares públicos y, por tanto, tampoco en los monumentos. Por tanto, en Francia únicamente se podían utilizar símbolos cristianos para el culto a los muertos cuando los monumentos se erigían en territorio de la Iglesia o en los cementerios. Y en esta medida la iconografía de los monumentos franceses ofrece un reflejo exacto de las estructuras sociales que dominaban en cada una de las comunidades. Aquí se hace especialmente patente que la historia de la conciencia que contiene el nuevo culto a los muertos hunde sus raíces en las circunstancias sociales que ya se daban antes del estallido de las guerras. Lo mismo puede decirse de Alemania, aunque no por causa en último término de su pluralidad regional y federal. En las comunidades claramente católicas los monumentos conmemorativos de la guerra trataban con frecuencia de asociarse al culto

cristiano a los mártires y con ello a la simbología de la resurrección. En las comunidades protestantes, en cambio, sobresalen los monumentos que renuncian a los motivos cristianos en favor de la cruz de acero, que, por otro lado, también admite un significado cristiano.

En conjunto se puede decir que los monumentos conmemorativos de la guerra contribuyeron a estabilizar las estructuras sociales y políticas que ya se daban en las comunidades. El camino hacia el recuerdo simbólico de la muerte en masa se superpone a la lucha partidista que tenía lugar en las comunidades. En Alemania apenas pueden encontrarse monumentos puramente pacifistas; en Francia, en cambio, se erigieron con mayor frecuencia, pero también allí constituyen una minoría.

El ascenso al poder del nacionalsocialismo introdujo una cesura en Alemania. Los nazis destrozaron todos aquellos monumentos que consideraban excesivamente pacifistas o derrotistas y potenciaron monumentos triunfalistas con un *pathos* heroico. Como el culto a los muertos fue asumido por el partido, todos los monumentos pudieron cambiar su función en el sentido de la nueva ideología, con el fin de generar una conciencia y una actitud militar en la juventud. No hay ningún análisis sobre la función que desempeñaron los veteranos del frente, cuya mentalidad se asemejaba sin duda a la de los veteranos franceses, aunque no coincidía exactamente. El papel cada vez más importante de las jóvenes generaciones de la posguerra, especialmente de las juventudes hitlerianas, no precisa una investigación más exacta. Por señalar un paralelismo, en Francia los monumentos posteriores a la guerra de 1870-1871, que tenían una marcada connotación revanchista, no fueron erigidos hasta 1890 por la organización privada Souvenir-Français. El propio Hitler desconfiaba del entusiasmo de los alemanes por la guerra que él mismo quería suscitar mediante la propaganda. Su entusiasmo aumentó gracias a las victorias durante la primera mitad de la guerra más que por el comienzo de la misma. Pero en general se puede decir que las mentalidades conservadoras y nacionalistas fomentaron el culto a los muertos en los monumentos de las comunidades alemanas más que en la Francia republicana, que siempre temió por su victoria.

Esto ha traído una serie de consecuencias para el culto en los monumentos tras la Segunda Guerra Mundial. Los caminos en las dos Alemanias transcurren por vías semejantes, mientras que se separan de los de Francia.

El número comparativamente menor de los soldados del ejército francés caídos en la Segunda Guerra Mundial fue recordado por lo general sólo mediante listas en los monumentos de las comunidades. Se incorporaban a un lugar de la memoria que acentuaba iconográficamente la continuidad de ambas guerras. Lo mismo cabe decir también respecto a los numerosos monumentos conmemorativos de la guerra en las comunidades de Alemania occidental. Sin embargo, ya aquí se puede constatar una diferencia. Muchos monumentos en Alemania occidental —y aún más en la Alemania oriental— fueron eliminados por las potencias vencedoras o destruidos en las comunidades en las que la izquierda era mayoritaría. Donde generalmente el cambio fue menor es en la eliminación de las inscripciones. Se borraron las referencias al honor y la gloria, y los héroes se transformaron en muertos o víctimas. Comenzaron a dominar los símbolos cristianos como la base mínima de consenso para la conciencia de la identidad nacional perdida, sin que de ahí quepa concluir que se produjera un ascenso del cristianismo. En Alemania las inscripciones incluían también a los muertos de la sociedad civil y más tarde incluso a los de los campos de concentración. Se recordaban a un tiempo la guerra y el terror. Con ello se unían distintas fuentes de identidad cuyas mínimas semejanzas sólo pueden encontrarse en la desesperada ausencia de sentido. Y en esta medida el culto a los monumentos, que ya apenas se practica, es expresión de una pérdida de identidad y alude a una profunda transformación de la mentalidad.

El caso de Francia es diferente. Allí, De Gaulle estableció que únicamente se erigieran nuevos monumentos para la Resistencia. No se definió como enemigo a Alemania, sino al régimen del terror nazi. Bajo ese lema se logró una nueva homogeneidad nacional que abarcaba desde los comunistas a los conservadores, en la medida en que habían participado en el movimiento por la Resistencia. Se instauró el culto a los muertos al servicio de la recién fundada Cuarta República, dirigido de manera centralizada, pero, al mismo tiempo, practicado por todos los franceses, que buscaban

liberarse de la carga pasada del régimen de Pétain. Los monumentos de las comunidades situaron, por tanto, a ambas guerras en un ámbito de continuidad de la memoria y crearon una nueva base para el futuro con una nueva constitución francesa.

Por lo que se refiere a este aspecto, el culto a los monumentos no ha seguido derroteros distintos en la RDA. Los soviets mantuvieron los monumentos conmemorativos de la guerra, cultivaron el duelo por sus muertos y destacaron su función política como liberadores del fascismo. Y los nuevos monumentos que se construyeron sirvieron para recordar a las víctimas de los campos de concentración y a todas las acciones de resistencia que se inscribían en la tradición del movimiento obrero. También aquí se trata de un proceso de identificación dirigido por el gobierno, que trazó nuevas fronteras en el nuevo espacio de la memoria. Se mantuvo el recuerdo de los muertos de la lucha de clases, de la guerra civil de 1918 y de la resistencia antinazi. Estos monumentos sirvieron para mantener en el recuerdo un nuevo fragmento del pasado político como garantía de un futuro socialista. Por ello los monumentos a los muertos están aquí mucho más fuertemente politizados que en la República Federal. Ahora el culto a los muertos en los monumentos de las comunidades ha caído más o menos en el olvido; el recuerdo se mantiene cada vez más en privado.

Y si en algún lugar ha permanecido despierto en la conciencia el sinsentido de la muerte en la guerra, ha sido por vías no institucionales. Con frecuencia se expresa mediante pintadas en los monumentos conmemorativos de la guerra como: «Nunca más otra guerra». Este tipo de recuerdo de los millones de muertos sin formas culturales obtiene ahora un sentido nuevo: la única exigencia es sobrevivir. Los muertos desaparecen.

FUENTES DE LOS TEXTOS

«Zeitschichten». Primera edición en *Zeit und Wahrheit. Europäisches Forum Alpbach 1994* (Heinrich Pfusterschmid-Hardtenstein [comp.]), Viena, Ibera-Verlag, 1995, págs. 95-100.

«Erfahrungswandel und Methodenwechsel. Eine historisch-anthropologische Skizze». Primera edición en *Historische Methode* (Christian Meier y Jörn Rüsen [comps.]), Munich, R. Olbenburg, 1988 (Beiträge zur Historik, vol. 5), págs. 13-61.

«Raum und Geschichte». Conferencia de clausura de las jornadas de historia de Tréveris, 1986, inédita hasta la fecha. Las notas se añadieron en algunas publicaciones posteriores.

«Stetigkeit alle Wandel aller Zeitgeschichte». Primera edición, con el título de «Begriffsgeschichtliche Anmerkungen zur "Zeitgeschichte"», en *Die Zeit nach 1945 als Thema kirlicher Zeitgeschichte* (Victor Conzemius, Martin Greschat y Hermann Kocher [comps.]), Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, págs. 17-31.

«Erinerungschleusen und Erfahrungsschichten. Der Einfluss der beiden Weltkriege auf das soziale Bewusstsein». Primera edición en *Der Krieg des kleinen Mannes. Eine Militärgeschichte von unten* (Wolfram Wette [comp.]), Munich y Zurich, Piper, 1992, págs. 324-343, con el subtítulo como leyenda. El texto fue leído por vez primera en septiembre de 1984, en el curso de una conferencia organizada por la Academia polaca de las Ciencias cuyo tema era la comparación entre las dos guerras mundiales, pero sus propuestas no se llegaron a publicar.

Reinhart Koselleck
Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia

El nombre de Reinhart Koselleck (Görlitz, 1923) se encuentra hoy estrechamente asociado a la escuela de "historia de los conceptos" *(Begriffsgeschichte)*, que él inició a fines de la década de 1960 junto con sus antiguos maestros —Otto Brunner y Werner Conze— y cristalizó con la confección de tres grandes diccionarios. A partir del análisis de las alteraciones ocurridas en el uso y significado de los conceptos, esta escuela se propuso alumbrar transformaciones históricas más vastas de larga duración, y especialmente el sentido de la mutación cultural que se produjo entre 1750 y 1850 (período que para Koselleck marca la emergencia de la modernidad). Por debajo de tan monumental obra subyace una teoría de la historia o *Historik*, a la que dicho autor define como una "doctrina de las condiciones de posibilidad de historias". Los que aquí se presentan son textos teóricos más recientes, en los que Koselleck plasma la formulación más sistemática hasta hoy de su *Historik*. En ellos retoma su proyecto original de una "crítica de la razón histórica" (un análisis de las condiciones de posibilidad de toda experiencia histórica), reformulándolo parcialmente.

La introducción ha corrido a cargo de Elías José Palti, que recibió su título de doctorado en la Universidad de California en Berkeley. Actualmente es profesor de la Universidad de Quilmes e investigador del CONICET, en Argentina. Es autor de *Giro lingüístico e historia intelectual*, *Aporías. Tiempo, modernidad, historia, sujeto, nación, ley* y *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX*.

ISBN 84-493-1139-X

